

# JACOBIN



LA ERA DE LA INESTABILIDAD



**Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa. [...]**

**Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal.**

— Karl Marx,  
*El 18 de brumario de Luis Bonaparte*

pág. 26

## **«ESTAMOS VIENDO UNA RECONFIGURACIÓN DEL ORDEN MUNDIAL»**

DAVID HARVEY

pág. 54

## **SÍNTOMAS MÓRBIDOS Y OBITUARIOS PREMATUROS**

SAM GINDIN

pág. 72

## **LA CATÁSTROFE MUNDANA**

NATALIA ROMÉ

pág. 90

## **«ES PERFECTAMENTE RAZONABLE NO ESTAR A FAVOR DE PUTIN NI DE ZELENSKY»**

TARIQ ALI

## F DE FRENTE

8

GAMBITO  
DE REY

El gran caos  
del mundo  
capitalista

13

LÍNEAS  
DE SUMINISTRO

Los años  
perdidos

24

LÍNEAS  
DE SUMINISTRO

La teoría marxista  
del imperialismo

11

FUEGO AMIGO

En redes andan  
diciendo/  
Nos escriben

20

MANO A MANO

El sueño chino  
de Xi Jinping

## A LAS ARMAS DE LA CRÍTICA

40

CARNE DE CAÑÓN

Sanciones  
de destrucción  
masiva

50

VUELTA  
A LAS FUENTES

La (nueva) gran  
transformación

44

MISERIA  
DE LA TEORÍA

La crisis  
del imperialismo  
y la guerra  
de Rusia contra  
Ucrania

## C CAPITAL CULTURAL

64

TELÉFONO ROJO

WikiAssange

67

PUNTO DE FUGA

John Carpenter,  
cineasta del  
Apocalipsis

## G LA GUILLOTINA

80

THERMIDOR

El destino  
manifiesto  
de Putin

84

THERMIDOR

El laboratorio  
del imperio

## B BASURERO

102

DEL CAPITAL

La era de la  
inestabilidad

107

DE LA HISTORIA

Una guerra  
con historia

---

**FUNDACIÓN  
ROSA LUXEMBURGO**  
OFICINA CONO SUR



**Democracia**  
**Feminismos**  
**Sindicalismo**  
**Ecosocialismo**

Más información en [rosalux-ba.org](http://rosalux-ba.org)



@fundacionrosaluxemburgo  
buenosaires



@rosalux\_conosur



@rosalux\_conosur

# escriben

ARTE DE TAPA

Gabriel Walther

**Tariq Ali** es editor de *New Left Review*.

**Nicolas Allen** es editor internacional de *Revista Jacobin* y colaborador de *Jacobin Magazine*.

**Fabio Luis Barbosa dos Santos** es profesor del Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad Federal de São Paulo. Su último libro se titula *O médico e o monstro: uma leitura do progressismo latino-americano e seus opositos* (Editora Elefante, 2021).

**Ilya Budraitskis** es un historiador y activista ruso, profesor de la Escuela de Ciencias Sociales y Económicas de Moscú y del Instituto de Arte Contemporáneo de Moscú. Su libro más reciente es *Dissidents among Dissidents* (Verso, 2022).

**Leticia Cappellotto** es historiadora, docente y periodista. Publica relatos, crónicas y artículos en medios de Argentina y España.

**Andreu Coll** es licenciado en Historia y militante de Anticapitalistas (Estado español)

**Daniel Finn** es editor de *Jacobin Magazine* y autor de *One Man's Terrorist: A Political History of the IRA* (Verso, 2019).

**Paolo Gerbaudo** es sociólogo y profesor en el King's College de Londres. Su último libro se titula *The Great Recoil* (Verso, 2021).

**Sam Gindin** es un intelectual y activista canadiense, exdirector de investigaciones del sindicato de trabajadores del automóvil de Canadá. Es coautor de *La construcción del capitalismo global* (Akal, 2015) y *The Socialist Challenge Today* (Haymarket, 2018).

**David Harvey** es un distinguido profesor de Antropología y Geografía en el Centro de Estudios de Posgrado de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Sus últimos libros publicados son *The Ways of the World* y *The Anti-Capitalist Chronicles*.

**Eileen Jones** es crítica de cine en *Jacobin Magazine* y autora de *Filmsuck, USA*. Dirige el podcast «Filmsuck».

**Estefanía Martínez** es estudiante de doctorado en Geografía e investigadora-becaria afiliada al Centre d'Études et de Recherches Internationales (CERIUM) de la Universidad de Montreal.

**Ilya Matveev** es politólogo, profesor e investigador ruso especializado en la economía política de Rusia. Es editor del portal Openleft.ru y miembro del grupo de investigación Public Sociology Laboratory.

**Leandro Morgenfeld** es historiador, investigador y docente de la Universidad de Buenos Aires. Su último libro se titula *El legado de Trump en un mundo en crisis* (Siglo XXI, 2021).

**Martín Mosquera** es el editor principal de *Revista Jacobin*.

**Florencia Oroz** es coordinadora de redacción de *Revista Jacobin*.

**Adrián Piva** es sociólogo, profesor de la Universidad de Buenos Aires y autor de *Economía y política en la Argentina kirchnerista* (Batalla de Ideas, 2015).

**Rafael Poch-de-Feliu** es periodista y escritor español especializado en política internacional, Rusia, Alemania y China.

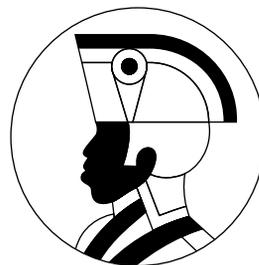
**Natalia Romé** es doctora en Ciencias Sociales y magíster en Comunicación y Cultura por la Universidad de Buenos Aires. Es autora de *For Theory: Althusser and the Politics of Time* (Rowman & Littlefield, 2021).

**Adam J. Tooze** es historiador económico británico y profesor de la Universidad de Columbia. Su último libro se titula *Shutdown: How Covid Shook the World's Economy* (Viking, 2021).

**Lucas Villasenín** estudió filosofía en la Universidad de Buenos Aires, es editor del portal de noticias *La ruta china* e integrante del Instituto Patria.

---

# colectivo



## EDITOR PRINCIPAL

Martín Mosquera

## COORDINADORA DE REDACCIÓN

Florencia Oroz

## EDITOR INTERNACIONAL

Nicolas Allen

## EDITOR ASISTENTE

Pedro Perucca

## TRADUCTOR PRINCIPAL

Valentín Huarte

## COLABORACIÓN EDITORIAL

Pablo Abufom Silva  
Martín Arboleda  
Anahí Durand Guevara  
Franck Gaudichaud  
Hilary Goodfriend  
Emilio Tellez Contreras  
Karina Nohales  
Adrián Piva  
Thea Riofrancos

## RESPONSABLE DE CIRCULACIÓN

Cecilia Cowper

## DIRECCIÓN GRÁFICA

### Y MAQUETACIÓN

Diego Fernández  
Carolina Ocampo

## TIPOGRAFÍAS

Antwerp (Henrik Kubel)  
Hurme (Toni Hurme)  
Mazumbá (Matías Fernández)

## DISEÑO WEB

Diego Cataldo

## CONSEJO ASESOR

Marilena Chaui  
Enrique Dussel  
Verónica Gago  
Álvaro García Linera  
Claudio Katz  
Claudia Korol  
Michael Löwy  
Massimo Modonesi  
Maria Emilia Tijoux

## PUBLICADO POR

Jacobin Foundation

## DISTRIBUYE



siglo veintiuno  
editores

*Jacobin* es una voz destacada de la izquierda radical en el mundo que ofrece un punto de vista socialista sobre la política, la economía y la cultura. La revista impresa se publica trimestralmente.

## SUSCRIPCIÓN ANUAL

ARS 2300  
(digital solidaria)  
ARS 4000  
(digital estándar)  
ARS 3900  
(impresa y digital solidaria)  
ARS 5000  
(impresa y digital estándar)  
USD 12  
(digital solidaria)  
USD 36  
(digital estándar)

Montevideo 31, dpto. 3,  
C1019ABA, Argentina  
jacobinlat.com  
redaccion@jacobinlat.com

©2022 Jacobin América Latina

ISSN: 2718- 6466

Octubre 2022

Se imprimió  
en Latingráfica  
en Septiembre 2022

# de frente

---

¿HAY LUZ AL FINAL DEL TÚNEL?

# El gran caos del mundo capitalista

---

**E**l pasado 7 de julio en el Reino Unido, Boris Johnson renunció al cargo de primer ministro. En Japón, el día siguiente, fue asesinado el ex primer ministro Shinzo Abe. Unas horas después, una insurrección popular obligó a dimitir al presidente de Sri Lanka.

Mientras estos tres hechos se sucedían con diferencia de horas, en Europa seguía desarrollándose la guerra más importante desde 1945, la inflación volvía a golpear las economías desarrolladas después de décadas, surgían indicios de una recesión en la economía internacional (principalmente en Estados Unidos) y distintos fenómenos meteorológicos extremos, como olas de calor, inundaciones y sequías afectaban a distintas partes del mundo. El mundo se torna un lugar cada vez más incierto y sombrío.

La invasión rusa de Ucrania el 24 de febrero de este año es señalada por muchos analistas como un punto de inflexión en la geopolítica global. Sin embargo, bien pensado, lo cierto es que hace varios años que vienen anunciándose «puntos de inflexión» de este tipo: baste pensar en la crisis financiera de 2008, el Brexit, la elección de Trump, la crisis sanitaria y económica desatada por el COVID-19, el asalto al Capitolio del 6 de enero de 2021, y la lista podría seguir.

Una sola crisis podría ser una contingencia pasajera. Pero la sucesión reiterada de grandes conmociones solo puede entenderse pensándolas de manera interrelacionada y en tanto expresiones de causas subyacentes comunes. El desorden mundial tiene su fundamento en una crisis multidimensional del capitalismo comparable a las grandes bifurcaciones en la historia de los últimos dos siglos.

A estos sucesos en el terreno económico y social hay que agregar, además, los puntos de inflexión más silenciosos que afectan a la ecología del planeta (que, además, tienen su propio potencial destabilizador sobre la política y la economía globales). Durante las últimas décadas nos hemos ido acercando a paso acelerado a puntos de irreversibilidad después de los cuales la secuencia de acontecimientos se precipitará y ya no habrá retorno.

Pero la multiplicación de grandes crisis, contra lo que se podría suponer, conduce a cierta «trivialización» de la catástrofe. Cuanto más se adentra el mundo en zonas de fuertes turbulencias, más anodina parece la tan mentada crisis. Como sucedía con el asteroide de *Don't look up*, la perspectiva del «fin del mundo», más que temor o incertidumbre, genera incredulidad y apatía.

Ahora bien, si la sensación de que transitamos hacia un periodo histórico diferente es poderosa, hacia dónde nos movemos sigue siendo una incógnita. Y no solo desconocemos lo que tenemos por delante; tampoco nos queda muy claro qué es lo que dejamos atrás. ¿Se trata del cierre del orden emergido de la década de 1990, el de la globalización triunfante luego de la caída del campo soviético y del reingreso de Rusia y China al mercado mundial? ¿O lo que se está agotando es la etapa del capitalismo neoliberal iniciada en la década de 1970? ¿O concluye la hegemonía estadounidense consolidada en la posguerra? Es demasiado pronto todavía para hacer afirmaciones concluyentes al respecto.

## Apagar el incendio con gasolina

La creciente rivalidad geopolítica es reflejo de un mundo que transita por un borde peligroso. En su interpretación de la Segunda Guerra Mundial, el trotskista belga Ernest Mandel argumentó que el gran conflicto bélico del siglo XX había sido en realidad la superposición de muchos choques simultáneos: «una guerra entre grandes potencias por la hegemonía mundial, una guerra defensiva de la URSS contra la agresión nazi, una guerra de liberación de los países europeos ocupados por las fuerzas del Eje, una guerra civil entre antifascistas y colaboracionistas y una guerra de los países colonizados contra el imperialismo».

En la guerra de Ucrania podemos detectar la simultaneidad de dos conflictos: una guerra de defensa nacional ucraniana contra la invasión rusa y, al mismo tiempo —y considerando el papel central de la OTAN—, un conflicto interimperialista entre Occidente y Rusia. Más allá de la responsabilidad inexcusable de Putin, la invasión a Ucrania no puede comprenderse dejando de lado los intentos de ampliación hacia el este que, desde los años 1990 y violando los acuerdos que siguieron a la desarticulación del «campo socialista» y del Pacto de Varsovia, viene llevando adelante la OTAN.

En este cuadro, la invasión de Ucrania devino rápidamente en una guerra por delegación de Estados Unidos y la OTAN contra Rusia, que anhelan convertirla en un Afganistán eslavo que sirva para debilitar al gigante asiático. La afirmación de Zelensky acerca de querer convertir a la Ucrania de posguerra en un «gran Israel» —una sociedad hipermilitarizada al servicio de la OTAN situada en una frontera hostil— muestra a las claras la inscripción de este conflicto en la competencia interimperialista que opone Occidente a Rusia.

La guerra es, entonces, efecto de la crisis multidimensional del capitalismo. Pero también, y en gran medida contra los deseos de sus protagonistas, se ha convertido en un gran acelerador de la misma. El aumento de los precios de la energía y los alimentos desató una dinámica inflacionaria general de fuerte impacto político. La economía mundial parece ir hacia un nuevo estancamiento. Al mismo tiempo, la invasión permitió revivificar a la OTAN y al liderazgo estadounidense, mostrando nuevamente el papel debilitado y subalterno de Europa, degradada al rol de potencia de segundo orden. Una dinámica de bloques se instala y quiebra en dos el supuesto «espacio liso» de la globalización neoliberal, según la desafortunada expresión de Negri y Hardt.

Pero el árbol está tapando el bosque, porque la verdadera amenaza que se asoma por el horizonte de Occidente es la emergencia de China como potencia mundial. En esta suerte de *revival* de la Guerra Fría en el que parece estar sumido el mundo este último tiempo, los parecidos son engañosos. Porque la URSS era una economía cerrada que se había sustraído de la acumulación capitalista. Hoy en día, al contrario, Rusia y China son tan parte del mercado mundial como lo son Inglaterra o Estados Unidos.

En varios sentidos, el paralelo más indicado para la situación actual es con el período iniciado en 1914, donde las potencias capitalistas se disputaron sus áreas de influencia y dieron lugar a un largo ciclo de crisis, inestabilidad e incertidumbre. Muchas de las características de ese período hoy nos resultarán familiares: ascenso de la extrema derecha, debilidad de los sistemas políticos, crisis del liberalismo, grandes movilizaciones de masas, rivalidad interimperialista...

Ante la Primera Guerra Mundial, Lenin definió la fase del capitalismo imperialista como una época crítica de «guerras y revoluciones». Y, al menos en el corto plazo, su juicio iba a





confirmarse: sus reflexiones serían sucedidas por la revolución bolchevique, el ciclo revolucionario europeo de 1917-1923, la hiperinflación alemana, la Gran Depresión de 1929, el ascenso del fascismo y una nueva guerra mundial.

Sin embargo, la segunda posguerra trastocó profundamente el paisaje, y la historia pareció darle la razón póstumamente a la tesis de Kautsky sobre el «ultraimperialismo»: la tendencia a la concentración internacional de capitales disminuía los choques entre naciones imperiales y presionaba hacia una acción concertada de los Estados.

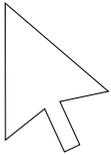
Hasta la caída de la URSS, la unidad de Occidente podía entenderse como una respuesta a la amenaza soviética. Pero luego de 1991 la OTAN no se disolvió ni tampoco reaparecieron conflictos interimperialistas de peso en su interior. Su trayectoria fue de consolidación y ampliación. Incluso Rusia, tras el colapso de la URSS, se mostró preocupada por su integración al capitalismo occidental e intentó ingresar a la OTAN. En el orden que emergió con la caída del bloque soviético, la primacía norteamericana alcanzó una hegemonía sin contrapesos ni paralelos en la historia moderna, subordinando al resto de las potencias capitalistas bajo su égida.

Mucho se discutió en este contexto sobre si la internacionalización productiva había convertido en una reliquia histórica a los grandes choques nacionales y, por lo tanto, a las conflagraciones interimperialistas. La guerra en Ucrania y la perspectiva de una disputa geopolítica de largo plazo entre Estados Unidos y China desmienten aquella conclusión.

## Una alternativa al caos

En el aspecto político, la inestabilidad se expresa en crisis del «extremo centro», caídas de gobiernos y grandes movilizaciones sociales. Desde 2018, todos los años asistimos a múltiples explosiones sociales de gran escala —incluso durante la pandemia— lo suficientemente fuertes como para derribar gobiernos y regímenes políticos, aunque no para edificar una alternativa duradera. La inflación de los alimentos y de los servicios públicos ya fue fuente de grandes conmociones en el pasado reciente, como sucedió con la Revolución tunecina o la egipcia en el mundo árabe o con las grandes revueltas latinoamericanas de los últimos años. Es razonable esperar nuevas luchas en el próximo tiempo, como ya se manifiesta en las movilizaciones obreras contra la inflación que recorren los países centrales por primera vez en décadas.

La utopía cosmopolita de la *pax perpetua* de la globalización neoliberal se marchitó rápidamente. Asistimos a un periodo de crisis general y a la reaparición de grandes confrontaciones interimperialistas. No hay que subestimar el campo subjetivo de disputa que esta situación inaugura. El orden resultó ser un valor muy estimado por la clase trabajadora: el deseo de acceder a una vida con un mínimo de comodidad y seguridad. Pero hoy el capitalismo ya no solo no cumple sus promesas de bienestar material: tampoco ofrece certidumbres para una vida colectiva estable. Y del mismo modo en que los socialistas no podemos resignar la libertad y la democracia a los liberales, tampoco podemos entregar la aspiración a la protección social y al orden comunitario a la extrema derecha. En la izquierda estamos demasiado acostumbrados a una estructura de sentimientos caracterizada por valores románticos mucho más que ilustrados. No haríamos mal en incorporar una cierta dosis de sobriedad en oposición al caos capitalista. En último término, ante la anomia mercantil, la inseguridad laboral y el desorden geopolítico, los socialistas oponemos la necesidad de un nuevo orden. ×



### Criptominería marxista

El mensaje izquierdista está demasiado escondido en las páginas de literatura socialista hoy por hoy muy poco conocida como para ser detectado. Digamos que está al alcance una élite intelectual marxista. Me temo que debido a eso sea muy poco eficaz y poderoso su mensaje, que queda como mensaje subliminal de un cierto subconsciente izquierdista. Hay que escarbar demasiado para encontrar la veta.

—Lorgio Orellana,  
Cochabamba, Bolivia.

### ¿Quién teme al Lobo Feroz?

¿O sea, qué no existe también el fascismo de izquierda? ¿Qué no Hitler con su nacional socialismo era «de izquierda»? Para mí, el estado natural del ser es el fascismo. Se necesita un muy fuerte Estado de derecho, un ejército muy leal a la constitución y al pueblo y muy fuertes instituciones democráticas para que un régimen político cualquiera y un líder populista cualquiera de cualquier signo político no devenga en un fascismo más o menos peor y más o menos exitoso, bárbaro o cruel y duradero. Rusia, Cuba, Venezuela, Nicaragua, Hungría, Siria, Afganistán, Irán, Myanmar, Argentina. A Trump lo detuvieron de milagro.

López Obrador para allá va. No es el capitalismo, ni Estados Unidos el responsable. Es el estado natural del ser.

—Mónica Sáenz,  
Ciudad de México, México.

### Marx, el destructor

Al final de su vida ha dejado más de 100 millones de muertes y decenas de países en destrucción y sufrimiento. Eso para no hablar de que violó y embarazó a su criada y que su hijo murió de hambre y frío en lo que él estaba filosofando.

—Un Angel X el Mundo,  
Miami, Estados Unidos.

## En redes andan diciendo

---

/t.ɪoʊl/, /t.ɪal/: En la mitología escandinava, ser maligno que habita en bosques o grutas. En internet...

### ¿Familiar de los Díaz-Plaja?

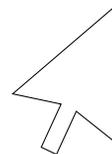
El komunimo deve dezaparezer para zienpre e una plaja maldita.

—Osvaldo Gutiérrez,  
ubicación desconocida.

### Otro cheque perdido en el correo

Financiados por Merkel, podrían hacer maravillas con la guita que le pusieron, pero es una revista incapaz de atraer a algún obrero, plenamente escrita para el academicismo pequebús.

—Maxi Laplagne,  
Ciudad de Buenos Aires, Argentina.



Gracias a Luciana Cadahia y Valeria Coronel por ofrecer una crítica necesaria y, creo yo, productiva en torno a la cuestión decolonial en su artículo «The Department of Decolonialism» del #6 de *Revista Jacobin*.

Mientras reconocen los aportes de la teoría decolonial, a Cadahia y Coronel les preocupa que, en su afán de criticar las pretensiones universales del colonialismo europeo, algunos teóricos de la decolonialidad rechazan *toda* posibilidad universalizante, tirando así las frutas frescas de la emancipación humana con las podridas por la colonialidad. Según ellas, esta maniobra antiuniversalista no puede sino fragmentar al mundo, estableciendo una «ontología decolonial» que romantiza a los sujetos puros y atenta contra la solidaridad internacionalista.

Irónicamente, esta fetichización de comunidades y prácticas puede borrar la agencia del mismo subalterno que pretende celebrar. Así es que se niegan aquellos proyectos tildados de populista o reformista, y, claro, cualquiera que busque palanca en las instituciones del Estado (aunque sea de manera sumamente crítica). Es decir, cualquier desviación de la pureza.

Las autoras llegan a preguntarse si acaso la teoría decolonial se ha

convertido en enemiga de la misma descolonización. Y aquí pasa algo raro: citan como alternativa a Fanon y Mariátegui, es decir, a dos eminencias del pensamiento anticolonial que rechazan la «partición subjetiva» entre colonizado y colonizador, particular y universal, para quienes «la afirmación de la otredad» no es un fin en sí mismo sino un momento dialéctico en la reconfiguración de un universal aplazado.

Es decir, ellas mismas reconocen que lo decolonial no se reduce a un particularismo esencialista, sino que implica la cuestión más complicada de cómo navegar el estrecho turbulento entre lo universal y particular y cómo integrar lo mejor de

la tradición europea a través de un proceso de resignificación y concretización de sus principios abstractos —libertad, igualdad, fraternidad, entre otros— pero que inevitablemente los convierta en algo radicalmente distinto en el proceso.

Por difícil y sinuoso que sea, este camino queda trazado por nadie menos que el gran poeta y comunista Aimé Césaire, quien rechazó tanto el «universalismo descarnado» como la «segregación amurallada en lo particular» en favor de «un universal enriquecido de todo lo particular». Así es y así tiene que ser.

—GEO MAHER, autor de *Descolonizar la dialéctica* (Akal, 2021)

## Nos escriben

**Sean amables cuando nos escriban. Somos más sensibles de lo que parece.**

## Los años perdidos

---

**H**an pasado veinte años desde la publicación de *La Gran Transición* y casi cuarenta desde el inicio del periodo histórico que describe. Cuando escribí ese libro era un joven periodista aun inmerso en la perspectiva mental de una larga vida. Desde aquella posición expliqué el título, diciendo que nuestro presente era «una gran época de cambio y transformación universal». «Época de cambios» fue, precisamente, el título de *La Gran Transición* en sus ediciones rusa y china'. Hoy, convertido en jubilado y mucho más cerca de la salida del breve recorrido vital que tenemos los humanos, mi principal punto de vista al respecto, lo que retengo al mirar hacia atrás, ya no es el cambio y la «transición», sino la idea del tiempo perdido.

Si hace veinte años escribía para lectores más o menos contemporáneos de lo narrado, hoy lo que aquí se explica ya es pura historia para la mayoría. El paso del tiempo cambia las perspectivas; cada generación reescribe la historia y utiliza el pasado

para entender el presente, con mayor o menor fortuna, pero la certeza de la gran ocasión que los humanos dejamos escapar al concluir lo que se llamaba «conflicto este/oeste» con el fin de la Guerra Fría se ha ido colocando estos años en el centro del panorama con toda claridad. Aquello fue una prueba de madurez para el Norte Global.

Al cancelarse declarativamente las peligrosas tensiones entre potencias se abrieron posibilidades para un cambio de mentalidad en

**La guerra en Ucrania, con claras responsabilidades de Moscú y al mismo tiempo largamente propiciada por la OTAN, aumenta significativamente los síntomas de una secesión del Gran Sur Estratégico con respecto a Occidente.**

1. Este artículo es un fragmento adaptado del «epílogo ucraniano» a la reedición del libro del periodista español Rafael Poch-de-Feliu *La Gran Transición, Rusia 1985-2002*, publicado en 2003 en castellano, en 2005 en ruso y en 2006 en chino, que Manuel Vázquez Montalbán describió como «el mejor testimonio crítico que he leído sobre la larga marcha de la URSS desde la precariedad a la nada». El libro se agotó y editorial Crítica lo relanzará este año. →



las élites políticas y económicas que fuera capaz de afrontar los retos del Antropoceno y los grandes dilemas de las relaciones Norte-Sur. Superar la guerra y la amenaza de destrucción masiva como método y último argumento de las relaciones internacionales, buscar nuevos criterios de seguridad colectiva, abandonar la militarización del espacio, paliar la desigualdad entre grupos sociales y regiones del mundo para hacerlo menos injusto, atajar la superpoblación y, desde luego, encarar la crisis climática. Esa prueba, el Norte Global la suspendió estrepitosamente.

El Occidente liderado por Estados Unidos continuó aferrándose a su vieja patología imperial. Favorecido por el caos ruso, ocupó simplemente los espacios geopolíticos abandonados por la retirada y disolución de la Unión Soviética y sembró la ruina y la devastación en media docena de países. En el arco que va de Afganistán a Libia, pasando por Irak, Yemen, Siria y Somalia, se han destruido sociedades enteras en guerras e intervenciones —directas o puntuales— que desplazaron a unas cuarenta millones de personas y han costado la vida a más de tres millones. Los bloqueos y las sanciones continúan contra antiguos y nuevos adversarios. La pretensión de una hegemonía en solitario ha disuelto la diplomacia.

En lugar de emprender la necesaria concertación internacional para afrontar los retos del siglo, las élites globales —y en primer lugar las potencias occidentales— movilizan a sus sociedades para la lucha contra sus rivales geopolíticos. En el contexto del relativo declive de la potencia occidental en el mundo y del traslado hacia Asia de buena



parte de ese poder, no hay más estrategia que un reflejo de pánico, coherente con el popular dicho «piensa el ladrón que todos son de su misma condición». Occidente no imagina que el supuesto relevo chino en el puente de mando pueda ser diferente a la barbarie ejercida por las potencias imperiales occidentales en los últimos doscientos años. Si eso fuera así, solo cabría esperar lo peor, así que la respuesta está siendo rodear militarmente al adversario.

La guerra de Ucrania es, en última instancia, una consecuencia de ese cerco y de esa mentalidad occidental. Las tensiones creadas por la expansión de la OTAN, que servían para justificar la existencia de ese bloque que impide la emancipación del viejo continente, han desembocado en una guerra a la que se responde con más expansión de la OTAN. Una guerra de Rusia, con claras responsabilidades de Moscú, y al mismo tiempo largamente propiciada por la OTAN, tras la que se adivina el pulso contra el poder ascendente de China (a la que Rusia se ha acercado empujada por la lógica de la afirmación de su propia soberanía nacional y autonomía en el mundo). Como todas las partes implicadas en esta lamentable situación son potencias nucleares, el peligro de un desastre planetario es enorme.

La llegada de Putin al poder puso fin a una década de ruina social en Rusia. Con Putin, la vida dejó de deteriorarse para la mayoría de los ciudadanos. Por esa estabilización, el presidente ruso obtuvo un consenso que ha compensado con creces las fechorías y crónicas negras de su gobierno, bien conocidas y profusamente divulgadas en

Occidente. Pero con la guerra y las devastadoras sanciones occidentales impuestas contra Rusia, las bases de ese consenso van a ser barridas radicalmente.

El propósito de las sanciones no es presionar a Rusia para negociar un arreglo en Ucrania, sino «desmantelar paso a paso la potencia industrial rusa» (Ursula von der Leyen, Presidenta de la Comisión Europea), «poner de rodillas», «arruinar» y «destruir su economía» (*The New York Times* y las responsables de exteriores de Alemania e Inglaterra, respectivamente) y «que Putin se vaya», en palabras del presidente Biden. El objetivo es, por tanto, un cambio de régimen en Rusia; pero son los dirigentes rusos quienes quieren gobernar ese cambio y, desde luego, no en el sentido deseado por Occidente, sino en una dirección bien diferente.

En primer lugar, las sanciones van a endurecer el sistema político ruso. Amenazado existencialmente, quienes se opongan al régimen serán tratados como «traidores», advirtió Putin en una declaración realizada menos de un mes después del inicio de la guerra: «Occidente quiere convertirnos en un país débil y dependiente, violar nuestra integridad territorial, fragmentar el país», dijo. Con ese objetivo se apoyan en la «quinta columna», esos «traidores nacionales que ganan dinero aquí pero viven allí, no en el sentido geográfico, sino en el mental, de acuerdo con su conciencia de esclavos». «Esa gente está dispuesta a vender a su madre (...) pero el pueblo ruso sabrá distinguir a los verdaderos patriotas de la escoria y los traidores». «Una tal depuración solo reforzará a nuestro país, nuestra solidaridad,

cohesión y disposición a cualquier desafío».

En segundo lugar, las sanciones y bloqueos occidentales van a transformar las prioridades de la política económica y de las relaciones económicas y políticas exteriores. Aislada de Occidente por muchos años, Rusia deberá buscarse la vida y la economía fuera de Occidente, hacia China, hacia los BRICS, fortaleciendo el polo «no occidental» del mundo. Por imperativo geopolítico, las sanciones obligan a barrer o modificar sustancialmente el neoliberalismo y el capitalismo rentista y parasitario de los oligarcas. Forzarán la introducción de fórmulas más productivas, más sociales y más autoritarias, parecidas a la china.

«Estados Unidos y la Unión Europea han hecho lo que nosotros deberíamos haber hecho hace tiempo: nacionalizar la economía de oligarcas. Al diablo con su orientación occidental, sus vacaciones en los Alpes y la Costa Azul y sus compras en Milán. Lo único que nos interesa es que inviertan en el país y no exporten su capital a Occidente», dice el economista Sergey Glaziev que anuncia nada menos que «un nuevo mundo» para 2024.

¿Nuevo mundo o el principio del fin de Putin y una nueva quiebra rusa? De momento, en los primeros meses de la guerra las sanciones aún se sienten poco en la vida cotidiana y las encuestas de opinión ofrecen un considerable apoyo a la invasión y al presidente Putin, de entre el 60% y el 70%. Ese apoyo no es firme. «Para nuestra victoria necesitaremos un alto nivel de movilización en la sociedad y en la élite», pronostica Sergei Karaganov, intelectual orgánico

→



del Kremlin en el ámbito de la política exterior.

Si la sociología de las últimas décadas ha dejado algo en claro es que los rusos de hoy ya no son aquella sociedad predispuesta a sacrificar su bienestar y beneficios individuales en el altar de los intereses supremos del Estado. Cuando en las encuestas se pregunta a los rusos sobre lo que desean para su futuro, las consideraciones sobre el estatuto de su país como gran potencia y aspectos relacionados siempre están entre las últimas prioridades, claramente por detrás de consideraciones mucho más prácticas y pedestres. Naturalmente, con la disolución de la URSS, el nacionalismo ruso y la multinacional identidad rusa en un sentido más amplio han ganado posiciones, pero eso está muy lejos de instalarnos en un universo apasionado y fanático y en una economía de guerra, de voluntad y movilización tras un caudillo carismático.

Pragmatismo y despolitización caracterizan el tono de la opinión pública rusa. Pragmatismo en el sentido de que, ante una realidad insatisfactoria, suele ponerse por delante no la idea de actuar para cambiarla, sino la reflexión de si hay una alternativa clara y si el cambio no les llevará a una realidad aún peor. Despolitización en el sentido de que si los dirigentes y el presidente han tomado tal o cual decisión es porque tienen razones de peso para ello. Si ese es el contenido, digamos conformista, de los altos apoyos a la invasión y al presidente Putin en los primeros meses de la guerra, lo más discreto que se puede deducir es que ese consenso es todo menos firme y que está claramente expuesto a la volatilidad de la situación.

¿Cómo reaccionará ese consenso ante las calamidades, carencias, carestías y radicales cambios de vida que se anuncian? ¿Cómo reaccionará ante el colapso del universo vital de la clase media rusa, ante el posible regreso del déficit, la desaparición de gamas enteras de productos? Las sanciones y el cambio de vida a peor que seguramente traerán consigo derriban todo aquello por lo que Putin se hizo popular tras las calamidades de los años noventa. ¿Cómo evolucionará el sentir de la juventud? Muchos jóvenes —unos 100 000 en el tercer mes de la guerra— la mayor parte cualificados, abandonan Rusia por temor al reclutamiento militar (ocurre lo mismo en Ucrania, pero en Rusia no hay atisbo de *pathos* patriótico) y a verse instalados en un regreso a la gris monotonía que conocieron sus padres en los años setenta de la URSS, «con unos líderes envejecidos presidiendo una economía en decadencia, atrapados en una amarga rivalidad con Occidente, basándose en la corrupción y la represión para mantener a las masas a raya», según la gráfica descripción de un autor anglosajón.

¿Es todo esto así de crudo? ¿O es imaginable, como sugiere Glaziev, que el cambio cardinal de rumbo socioeconómico haga posible una transformación estructural del país que lo encarrile en un crecimiento orgánico y establezca un nuevo contrato social? Sea como sea, las cosas no pueden continuar igual, opina Dmitri Trenin, un conocido politólogo moscovita:

En la guerra de nuevo tipo que Rusia se ve obligada a librar, la divisoria entre lo que en épocas anteriores se llamaba «frente»

y «retaguardia» se difumina. En tal guerra, no ya vencer, sino simplemente mantenerse, no es posible si las élites siguen obsesionadas por un mayor enriquecimiento personal y la sociedad permanece en un estado prostrado y relajado. La «nueva edición» de la Federación de Rusia sobre bases políticamente más sostenibles, económicamente eficaces, socialmente más justas y moralmente más sanas se está haciendo urgentemente necesaria. Hay que entender que la derrota estratégica que Occidente nos está preparando no conducirá a la paz y la posterior restauración de las relaciones. Muy probablemente, el teatro de la «guerra híbrida» simplemente se moverá desde Ucrania más al este, dentro de la propia Rusia, cuya existencia en su forma actual estará en cuestión.

Y, finalmente, puestos a preguntar: ¿podemos imaginar algún término medio entre ese desastre y el «radiante porvenir» vaticinado? En cualquier caso, y sea como sea, el cambio de régimen en Rusia puede darse por hecho y será profundo.

## Un tiro en la pierna

Que el conflicto de Ucrania va a ser punto de inflexión geopolítico forma parte del consenso general. La cuestión es cómo y para quién. El primer dato que nos ofreció fue el aislamiento de Rusia. Cuando en la Asamblea General de la ONU se votó la resolución condenando a Rusia por la invasión, solo cinco países, incluida Rusia, votaron en contra.

35 se abstuvieron y 135 apoyaron la reprobación.

Pero convertir esa condena en acciones parece ser asunto bien diferente: ningún país sudamericano y africano y ninguno asiático, con la excepción de Japón y Corea del Sur, se sumó a las sanciones occidentales contra Rusia. Ni siquiera países sobre los que Estados Unidos ejerce una gran influencia, como Israel, Colombia, México, Arabia Saudita o Pakistán. Que la guerra económica contra Rusia sea una cuestión estrictamente de la OTAN —a la que se suman Australia, Nueva Zelanda, Corea del Sur y Japón— informa también del aislamiento de lo que habitualmente se presentaba como la «comunidad internacional».

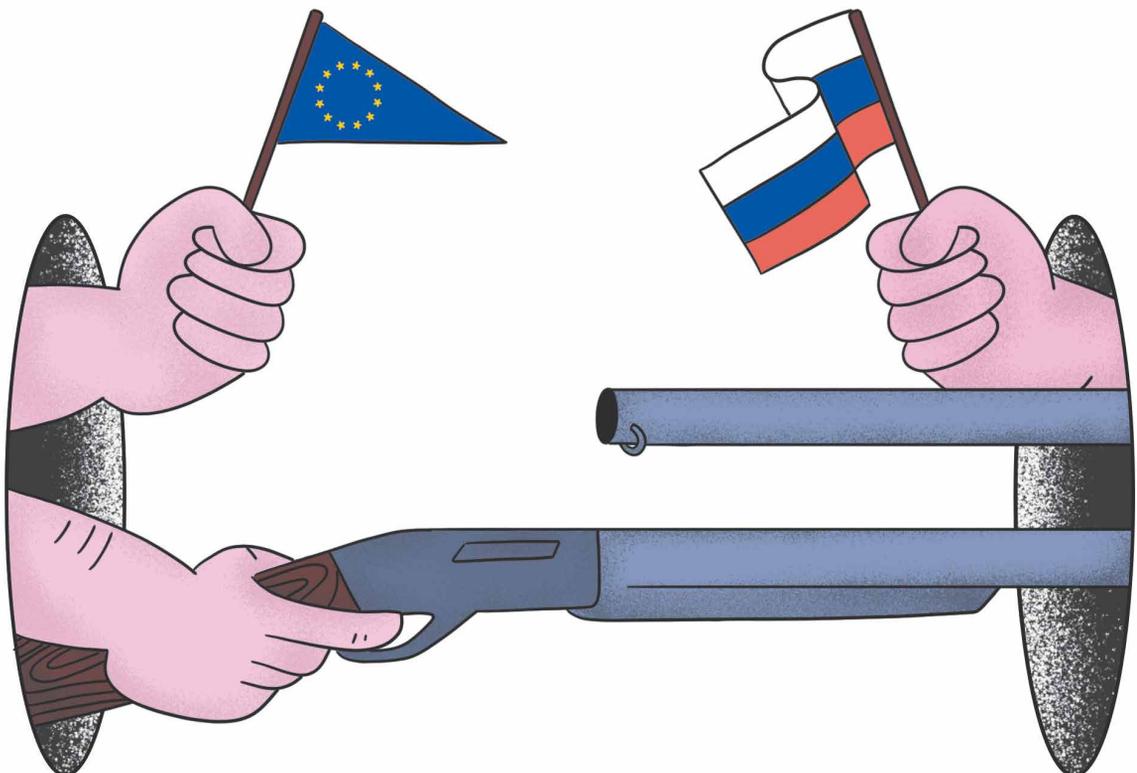
Desde su nuevo «concepto estratégico» aprobado en la cumbre

de junio en Madrid, la OTAN define a Rusia como «la mayor amenaza directa a la seguridad, paz y estabilidad en el área euroatlántica» (y a China como «amenaza a los intereses, la seguridad y los valores»), pero la llamada encuentra un eco discreto. El mismo mes, las cumbres de los BRICS en Pekín o el Foro Económico de San Petersburgo han demostrado una vitalidad considerable tratando de vías comerciales, sistemas bancarios y de pagos alternativos independientes del control financiero occidental, alianzas económicas y suministro de energía. Las analogías y prevenciones suscitadas en todo el mundo no occidental por el robo de las reservas del Banco de Rusia en Estados Unidos (300 000 millones) y la utilización policial de los sistemas de pagos internacionales fomentan

una estampida del dólar y la creación de un Fondo Monetario Internacional para los BRICS.

Con la guerra también aumentan significativamente los síntomas de una secesión del Gran Sur Estratégico con respecto al Occidente ampliado, representado por un G-7 cada vez menos capaz de dictar sus reglas al resto del mundo. Las condiciones para ese proceso se desprenden de dos aspectos fundamentales. En primer lugar, del factor de la ascendente potencia china, cuya economía, capacidad crediticia e importancia comercial ya se ha hecho suficientemente grande como para presentar alternativas a muchas relaciones y suministros, incluida la alta tecnología, que antes eran monopolio occidental.

Ese peso específico de China hace que su posición en el conflicto





—subrayando el respeto a la soberanía e integridad territorial de Ucrania y al mismo tiempo identificando una amenaza a la seguridad contra Rusia y a expensas de Rusia en Europa como la raíz del problema— tenga capacidad de arrastre. Sufriendo el mismo tipo de cerco militar de Estados Unidos y el mismo riesgo de guerra junto a sus fronteras y consciente de la importancia de su «alianza sin límites» establecida con Rusia en febrero, China ha rechazado enérgicamente la presión de Estados Unidos y la Unión Europea para que se sumara a las sanciones.

La presentadora de la televisión china Liu Xin resumió en abril esa petición así: «nos dicen “ayúdame a luchar contra tu socio ruso para que luego pueda concentrarme mejor contra ti”». Un mes después, el presidente Xi Jinping le dijo en una conversación telemática al canciller federal alemán Olaf Scholz que «la seguridad europea debe estar en manos de los europeos»: un apremio del primer socio comercial de la Unión Europea para que ésta se emancipe de una vez.

El segundo aspecto tiene que ver con las imprevistas consecuencias de las sanciones hacia Rusia contra sus propios autores. La experiencia histórica de las sanciones y bloqueos occidentales contra países adversarios —Cuba, Irán o Corea del Norte (la Unión Soviética siempre fue objeto de ellas)— enseña que, aunque hacen mucho daño y los endurecen sobremanera, no consiguen doblegar a los gobiernos castigados. Pero, con la Rusia actual, la medicina es además contraproducente para quien la impone.

Rusia tiene relativamente pocas líneas de suministro extranjeras, una

gran capacidad de autosuficiencia y una enorme cantidad de materias primas de las que es suministrador principal de las economías occidentales, por los que éstas —particularmente las europeas— se han dado un tiro en la pierna. No se trata solo de gas y petróleo, para los que Moscú está encontrando mercados alternativos a los occidentales, sino también de níquel, platino, aluminio, neón (utilizado para producir microchips), titanio, paladio, madera, etcétera.

La suma de un gran polo económico, financiero y tecnológico chino, y el gran almacén ruso, vigilado por el mayor arsenal nuclear del mundo, crea las condiciones para la referida secesión. La actitud de India, que por lo menos en los inicios de la crisis se está mostrando abierta a la ventajosa cooperación con los dos (¡lo que le permite reexportar hidrocarburos rusos a la Unión Europea!) y poco receptiva a las invitaciones de hostilidad occidentales, configura un potente conglomerado geográfico terrestre entre la frontera de la OTAN y el Indopacífico.

Esa realidad puede convertir en inefectivas políticas de pasadas épocas, como la «contención» practicada contra la URSS durante la Guerra Fría. En todo caso, la observación de este proceso es fundamental para el futuro a medio y largo plazo. Mientras tanto, la evolución de la campaña en el campo de batalla será determinante.

### **La guerra que nadie puede ganar**

La guerra de Ucrania nos ha devuelto a un conflicto militar clásico entre ejércitos con un potencial

comparable. Dos grandes ejércitos, con clara superioridad numérica ucraniana y un intenso flujo de información y armas occidentales para compensar la superioridad artillera, aérea y misilística rusa, es algo que no tiene mucho que ver con las guerras llevadas a cabo por Occidente en Yugoslavia, Irak, Afganistán o Libia, donde Estados Unidos y sus aliados se dedicaron a suprimir los obsoletos sistemas de defensa aérea del enemigo desde una superioridad técnica y numérica abrumadora.

Occidente ya no estaba familiarizado con algo así. Por parte rusa, el guión también es muy diferente al registrado en el conflicto con Georgia de 2008 o al de la intervención en Siria a partir de 2015, estima el experto ruso Vasili Kashin. Pero siendo esta guerra un conflicto entre la OTAN y Rusia por un país interpuesto, hay que preguntarse por la determinación y la voluntad de cada bando.

«La guerra de Rusia y China contra la hegemonía occidental es equiparada por sus pueblos a una guerra existencial», observa el exdiplomático británico Alastair Crooke, que augura una empresa difícil. «Para ellos no se trata solo de tomar menos duchas calientes, como para los europeos, sino que se trata de su propia supervivencia, y por lo tanto su umbral de dolor es mucho más alto que el de Occidente». El régimen ruso, que se juega una quiebra si pierde la partida, pondrá «más voluntad política, asumirá más riesgos y sufrirá mayores consecuencias para lograr el resultado final porque para nosotros Ucrania es periferia mientras que para ellos es central», señala Brendan Dougherty, otro observador anglosajón. Este diagnóstico ha ido cambiando a lo largo de la guerra.

En los primeros meses, cuando fracasaba el escenario contemplado por el Kremlin de un desmoronamiento del ejército regular ucraniano con huida del gobierno ante la proximidad de las tropas aerotransportadas rusas (el llamamiento de Putin a los militares ucranianos, el primer día de la invasión, para que tomaran el poder y se entendieran directamente con él dio una pista de tal expectativa), se abría paso el pronóstico de una catástrofe rusa. La reacción militar de la OTAN, disciplinando lo poco que quedaba de aspiración autónoma en la Unión Europea, adoptando sanciones sin precedentes y proporcionando ayuda militar a Ucrania no hizo más que reforzarlo.

Ahora, cuando la ofensiva rusa de artillería está batiendo a los ucranianos en el Donbas y avanza lentamente posiciones, mientras en Occidente se toma conciencia de la grave disrupción que sus propias sanciones ocasionan en el comercio mundial creando problemas aparentemente irresolubles, los acentos cambian. Rusia puede ganar, se dice. Por supuesto que la situación está abierta a nuevos bandazos que invaliden por completo el actual, pero ¿qué significa una victoria militar de Rusia?

En el supuesto de que su ejército consiga imponerse en todo el sureste de Ucrania, la situación no será estable en las zonas ocupadas. Bien con presencia militar, bien con administraciones filorusas, lo más probable es que, por pequeña que sea la resistencia activa al nuevo orden (resistencia que, por descontado, será apoyada por lo que quede del gobierno de Kiev y sus patrocinadores occidentales), el estado de cosas solo podrá ser represivo, con atentados «terroristas», desaparecidos,

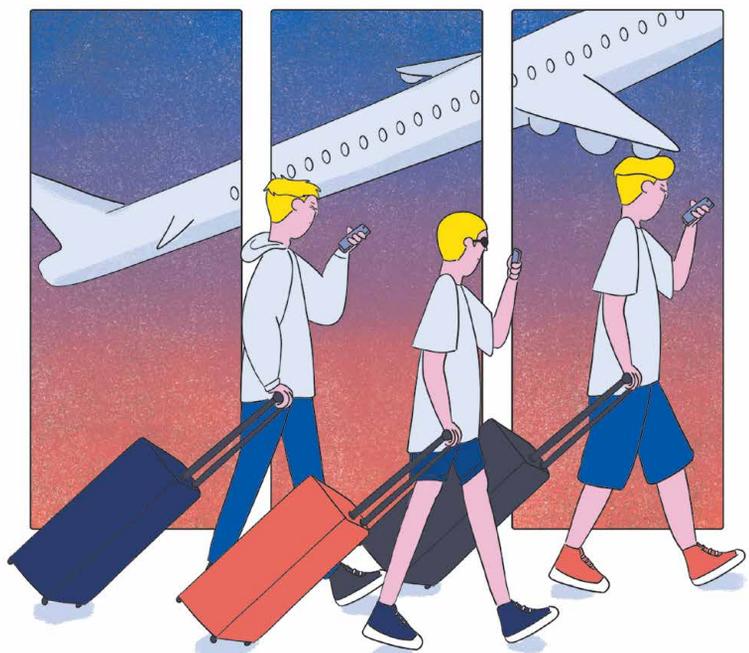
tortura y represión. El conflicto no se acabará con una «victoria» militar rusa en Ucrania. Sea cual sea el desenlace militar, la crisis va para largo, y el hecho de la fragilidad de todas las partes implicadas en ella añade incertidumbre.

La fragilidad de Rusia es conocida. Pero, ¿qué pasa con la Unión Europea, desbarbolada como consecuencia de sus propias sanciones? ¿Se mantendrá estable su carácter de subalterna de la OTAN cuando sus sociedades y economías nacionales paguen el precio de esa subordinación en forma de recesión?

Y la situación al otro lado del Atlántico puede ser incluso peor. En enero de 2021 hubo algo parecido a una intentona golpista en Washington. La brecha social entre la ciudadanía común y la élite, tantas veces evocada en el caso de Rusia, se está haciendo abismal en Estados Unidos. Allí el sistema representativo está averiado, la república secuestrada

por los *lobbies* y el complejo militar industrial, y el capitalismo financiero orientado hacia el beneficio cortoplacista y especulativo de una clase rentista que es incapaz de invertir en desarrollo social. En ese país, con el presidente desprestigiado, una inflación elevada y una previsión de deterioro de la capacidad adquisitiva, el regreso a la Casa Blanca de Donald Trump o de alguien similar y el escenario de graves conflictos internos parece bastante plausible. ¿En qué quedará en ese caso la «revigorizada alianza occidental»?

Sea como fuere, lo cierto es que, con todos los actores fragilizados, la tentación de resolver bélicamente la vieja máxima de Gramsci sobre la crisis como situación en la que «lo viejo se está muriendo y lo nuevo no puede nacer» cobra aún mayor fuerza. Y es por eso que el gran peligro de la guerra de Ucrania sigue siendo una guerra aún mayor entre potencias nucleares. ✕



# El sueño chino de Xi Jinping

**Las aspiraciones de China bajo el «sueño» que propone Xi Jinping se están topando con problemas en el modelo de desarrollo económico y con una feroz competencia de final abierto por la hegemonía mundial.**

**E**l orden es un bienpreciado en China. Desde el fin del maoísmo, los dirigentes comunistas buscan garantizarlo permanentemente. Cualquier incitación a la rebeldía, más que asociarse a la conquista de derechos —como suele suceder en los países occidentales— se relaciona rápidamente al miedo a perder lo conseguido hasta el momento (que, dicho sea de paso, no es poco).

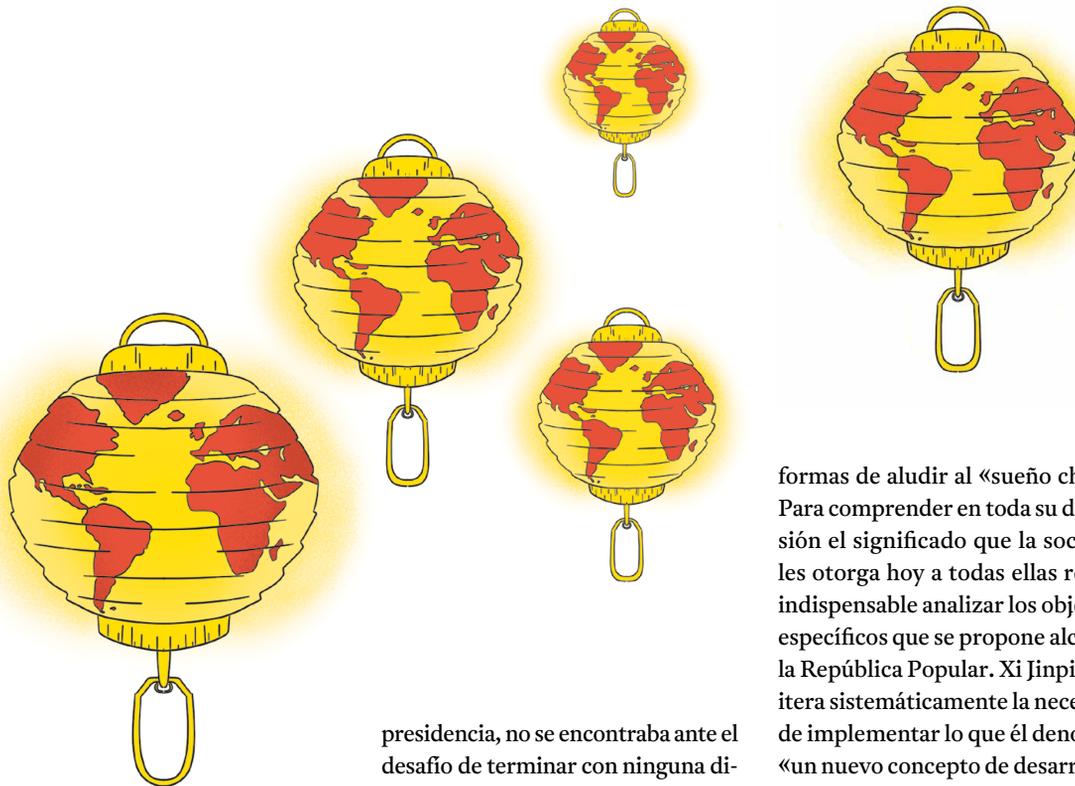
En el gigante asiático, el miedo al caos es una constante y tiene una historia larga —que relata la caída de

imperios, las recurrentes invasiones de otras etnias, las hambrunas, los desastres naturales y una larga lista de etcéteras— y una historia corta (con mojones significativos en el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural). La sensación de permanente peligro de que la población se vea sumergida en desastres generados por pestes, inundaciones o sequías, guerras civiles y hambrunas generalizadas explica los miedos a partir de los que se legitimó el poder del Partido Comunista desde los tiempos de Deng Xiaoping (1978-1989).

«Mao nos liberó, Deng Xiaoping nos hizo ricos y Xi Jinping nos hace poderosos» es una expresión popular en China que grafica cómo se comprende la historia reciente del país. El proyecto mediante el que Xi Jinping pretende conjurar viejos temores y garantizar el orden busca legitimarse a partir de la historia reciente del país, pero contiene a su vez puntos de ruptura con ella.

## Continuidades y rupturas

El «sueño chino» empezó a estar en boca del mundo entero a partir de la llegada de Xi Jinping a la presidencia en el año 2013. En la historia contemporánea del país, empero, no es un concepto nuevo: sus raíces —en ocasiones con formulaciones más concretas, en otras de manera más abstracta— se remontan al proyecto de los tres principales líderes de la China del siglo XX: Sun Yat-sen (primer presidente de la República Popular en 1912), Mao Zedong y Deng Xiaoping.



El 29 de noviembre de 2012, ante una exhibición histórica en el Museo Nacional, Xi Jinping declaró: «Todos tienen un ideal, una ambición, un sueño. Nosotros estamos hablando sobre el sueño chino. En mi opinión, alcanzar el rejuvenecimiento de la nación China ha sido el gran sueño del pueblo desde el advenimiento de los tiempos modernos. Este sueño encarna la esperanza largamente deseada de generaciones, la expresión de los intereses generales y representa la aspiración compartida de todos los hijos e hijas del pueblo y la nación china». Aunque a oídos occidentales pueda sonar novedoso, lo cierto es que el «sueño chino» de Xi Jinping está fuertemente —e intencionalmente— anudado a la historia contemporánea del país.

Sin embargo, las diferencias del «sueño chino» de hoy y sus formulaciones anteriores son sustantivas. En 2013, cuando Xi asumió la

presidencia, no se encontraba ante el desafío de terminar con ninguna dinastía, ni fundar una República o dejar en el pasado los grandes traumas sociales de los extremismos políticos.

El nuevo «sueño chino» se asienta sobre conceptos menos disruptivos que los de sus predecesores, más armónicos con la sociedad de la que le toca ser contemporáneo y con más continuidades que rupturas con la dirigencia política al frente del país. El proceso de Reforma y Apertura iniciado con Deng Xiaoping es valorado por el gobierno como un camino de logros «que nunca debe terminar». Así, las propuestas que pretenden concretar ese «sueño chino» no se salen de la senda que recorrió el país durante las últimas décadas. Pero sí asumen que es preciso reformular sus orientaciones para adecuarlas a un contexto sumamente distinto que el del momento de su formulación original, cuatro décadas atrás.

«Una sociedad modestamente acomodada», «socialismo con características chinas», «rejuvenecimiento nacional» o «comunidad de desarrollo compartido» son otras

formas de aludir al «sueño chino». Para comprender en toda su dimensión el significado que la sociedad les otorga hoy a todas ellas resulta indispensable analizar los objetivos específicos que se propone alcanzar la República Popular. Xi Jinping reitera sistemáticamente la necesidad de implementar lo que él denomina «un nuevo concepto de desarrollo».

Como primer motor para esta nueva fase aparece profundizar la innovación y el aumento de productividad como clave para el crecimiento económico, buscando diferenciarse de un pasado en el que predominaba la superexplotación de mano de obra barata. Con ello se pretende transformar en fortalezas cualitativas las dimensiones cuantitativas que mostró el crecimiento en las últimas décadas. Esta nueva concepción del desarrollo implica que ciertos factores que en el pasado podían ser considerados secundarios, del orden de lo «extraeconómico», comiencen a jugar hoy un rol más importante en la concreción de las metas. La necesidad de una mayor coordinación de las decisiones o la intención de formular reglas y leyes que realmente se respeten son dos aspectos que surgen con frecuencia a la hora de hablar del futuro desarrollo del país.

En uno de sus primeros discursos como presidente, Xi Jinping resumió su concepción sobre





el desarrollo: «Nuestra economía, aunque sea grande en tamaño, no es fuerte. Es grande, y aunque crece rápido, no es de alta calidad. El modelo de desarrollo expansivo basado en un crecimiento económico asentado esencialmente sobre factores como los recursos naturales no es sustentable». China ya no sueña con crecer en base a mano de obra barata y explotación de los recursos. Más bien, parece ser consciente de que continuar por esa senda no la conduce a ningún sueño, sino a profundas pesadillas.

### Entre el sueño y la pesadilla

El camino del denominado «socialismo de mercado» goza de alta popularidad en China y no está sujeto a discusión. Sin embargo, Xi Jinping insiste en que ese sistema precisa de un gobierno que garantice la estabilidad macroeconómica, mejore los servicios públicos, asegure la competencia y promueva el desarrollo. Según Zhou Xinmin, un estudioso del pensamiento de Xi, el período de Reforma y Apertura continúa abierto, pero la formulación actual del «sueño chino» conduce al país a atravesar «zonas de aguas profundas» con tareas aun más complejas que las emprendidas décadas atrás.

El modelo de desarrollo parece estar agotándose y requerir un proceso de reestructuración a gran escala. La crisis del enorme sector inmobiliario, que genera cerca del 25% del PIB y tiene su expresión más nítida en la multiplicación de las ciudades fantasma, es una manifestación de ello. Bajo la consigna de la «prosperidad común» y el llamado a la redistribución de la riqueza, Xi



parece encarar un intento de respuesta a esta crisis por medio de un giro «neoestatista» que desplace recursos del sector privado a las empresas estatales.

Hasta el momento, el Partido Comunista de China alcanzó los objetivos que se propuso. La meta de duplicar el PIB entre 2010 y 2020, por ejemplo, ha sido ampliamente superada. A pesar de las amenazas y ataques del gobierno norteamericano, y pese a los efectos de la pandemia del COVID-19, China ha logrado en 2020 un PIB superior a los 100 billones de yuanes, un 253% superior al que ostentaba diez años atrás. Algo similar ocurre con la tasa de urbanización, que ha superado el 60% proyectado. Incluso los recientes cierres por nuevos brotes de COVID-19 o las consecuencias de la guerra en Ucrania parecen afectar levemente la economía, que en junio de 2022 alcanzó un superávit comercial de 97 mil millones de dólares.

Sin embargo, cuando se empiezan a desglosar sus objetivos puntuales, el «sueño chino» que propone Xi puede leerse también como una lista de pesadillas capaces de poner en jaque el orden político y económico que permitió que cientos de millones de personas salieran de la pobreza en pocas décadas.

China ha logrado un desarrollo económico vertiginoso, con una velocidad superior a la de cualquier otra potencia en la historia capitalista. Pero también enfrenta una serie de desafíos inéditos como producto de ello: envejecimiento poblacional, escasez de bienes naturales tan básicos como el agua y brechas sociales y geográficas abismales. Además, ya no puede seguir «ocultando su brillo» —tal como recomendaba Deng

---

## La transformación de China produjo una transformación geopolítica en el mundo entero.

---

Xiaoping—, y sus éxitos contrastan con las consecuencias de crisis sucesivas en Estados Unidos y Europa. Desde la llegada de Xi Jinping al poder, el gobierno de Obama y las administraciones que lo sucedieron definieron que la relación con China ya no sería de colaboración sino de competencia abierta.

### De China al mundo y viceversa

Tanto Xi como su «sueño» son hijos de la China contemporánea que, hasta el momento, viene logrando salir airoso de las repercusiones domésticas de los últimos peligros globales. Si hay algo claro en el devenir de la historia en las últimas décadas es que la transformación de China produjo una transformación geopolítica en el mundo entero. Y en este sentido, está claro que la relación también funciona a la inversa: el cumplimiento del «sueño chino» requiere inevitablemente de una nueva arquitectura del poder global y nuevas alianzas estratégicas interregionales.

El gigante asiático es consciente de ello, y por tal razón viene impulsando la Iniciativa de la Franja y la Ruta y aspirando a un mayor protagonismo en las principales instituciones globales (FMI, Banco Mundial, ONU, OMS, etc.) desde los primeros meses del gobierno de Xi. El orden global que vio nacer el ascenso chino parece lejano. Pero hoy, una vez alcanzado tal protagonismo global, no parece probable que sus competidores tengan la capacidad de frenar su desarrollo (y un ejemplo de esto son las disputas por la tecnología de punta).

Las amenazas locales y globales no son pocas. En el plano doméstico, el país tiene por delante un proceso de reestructuración productiva que permita continuar con el crecimiento. A nivel geopolítico, es demasiado pronto para afirmar que China podrá efectivamente superar a Estados Unidos en la jerarquía económica global, o que logrará el marco internacional propicio para continuar su ascenso. Habrá que esperar para ver si el sueño de Xi Jinping finalmente logra convertirse en una realidad. ✕

# La teoría marxista del imperialismo

---

La teoría clásica sobre el imperialismo proporciona claves importantes para pensar las formas de poder global, la explotación y la desigualdad. Sin embargo, presenta también defectos a la hora de explicar la complejidad de los fenómenos contemporáneos.

La pregunta por el imperialismo emerge cada vez que las crisis y la amenaza de los conflictos bélicos irrumpen en la aparente estabilidad del sistema económico y político global. A principios del siglo XX, la crisis tuvo su origen en los conflictos que enfrentaron a las principales potencias capitalistas que competían por el control territorial de las colonias y por el acceso a los mercados. Una gran parte del continente africano había sido sometida bajo el dominio colonial europeo al tiempo que la crisis económica tocaba las puertas de las principales naciones

industrializadas. La solución en ese entonces fue exportar los excedentes generados por las naciones capitalistas centrales hacia el mundo a través de mecanismos que incluyeron formas violentas de ocupación y colonialismo. Esto dio lugar a las tesis que influenciaron las teorías marxistas clásicas sobre el imperialismo y que repercutieron en los análisis posteriores sobre el capitalismo y el Estado.

A excepción del análisis de Rosa Luxemburgo, que planteaba que la competencia interestatal era una manifestación de las contradicciones en la reproducción ampliada

del capital, las lecturas sobre el imperialismo lo definieron como una fase de dominio monopolístico del capital financiero. El poder y el afán de dominio de los imperios se asociaba con la tendencia del capital a la crisis y con la tendencia de las naciones capitalistas centrales, también llamadas «metrópolis», a extraer valor desde la periferia. Esto dio lugar a los análisis sobre la relación centro-periferia que postulaban que la explotación se originaba en relaciones desiguales de intercambio entre naciones dentro de las esferas de la circulación internacional. El interés de las naciones

imperiales, sostenía aquella teoría, impedía el desarrollo o la industrialización de la «periferia», lo que había redundado en un desarrollo internacional desigual de las naciones y de las fuerzas de producción junto con la persistencia de naciones «precapitalistas».

La mayor parte de la llamada «teoría de la dependencia» se centró en discutir, en línea con los análisis clásicos del imperialismo, las teorías convencionales sobre la industrialización y la modernización de la periferia. Su objetivo pasó por mostrar que el llamado «desarrollo» solo podría llevar al subdesarrollo dado que el capitalismo representaba la continuación del mercantilismo de los imperios español, portugués y holandés, de la mano de nuevas potencias capitalistas como Inglaterra y los Estados Unidos. André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Celso Furtado, Theotonio Dos Santos, Enzo Faleto se contaron entre los máximos exponentes de esta teoría.

Las tesis sobre el subdesarrollo desplazaron el énfasis del análisis desde los Estados hacia las clases para reflejar los cambios sociales y de las dinámicas de acumulación en las diferentes regiones de África, América Latina y Asia. La palabra «imperialismo» se volvió así un comodín de las luchas anticoloniales de la década del sesenta y, posteriormente, sirvió también para denunciar la contraparte de estos procesos: la creciente intervención internacional de los Estados Unidos en las excolonias. Estas intervenciones no tuvieron como objetivo la creación de nuevas colonias, sino evitar la expansión del comunismo y garantizar la apertura de los

mercados a las exportaciones de excedentes generados por el nuevo poder hegemónico estadounidense, pero tuvieron un efecto contradictorio sobre las dinámicas de acumulación global. El imperativo de eliminar las barreras para el capital se convirtió no solo en un objetivo de los Estados Unidos sino del nuevo sistema internacional capitalista en su conjunto y de él se beneficiaron también otras potencias.

La crisis de acumulación de los años setenta llevó a una transformación del capitalismo y a su vez una nueva acepción sobre el significado del imperialismo. Como indica David Harvey en su análisis sobre el «nuevo imperialismo», el aumento de los flujos financieros internacionales condujo a que el capital financiero se convierta en el mecanismo principal para articular la lógica capitalista del poder más allá de las naciones imperiales, llevando además a nuevos «ajustes espaciales» en las dinámicas de producción y transferencia del valor: la desindustrialización y el traslado de la producción hacia nuevos centros y la emergencia de nuevos competidores en el escenario mundial «invirtieron» la concepción clásica del imperialismo. La transformación de China de país agrario periférico en la segunda potencia económica del mundo ilustra este punto.

Las nuevas formas del «imperialismo neoliberal» parecían obedecer al mandato de una clase capitalista cada vez más transnacionalizada que, muy lejos de prescindir del Estado, hizo uso de sus mecanismos y de su monopolio de la violencia para proteger sus intereses globales. En un mundo aparentemente dominado por fuerzas económicas, la coerción

«extraeconómica» directa (política, militar, judicial) se evidenció como un instrumento clave, no solo para asegurar la transferencia de riqueza de los países más débiles, sino para restablecer las condiciones de acumulación en los países centrales. En este sentido, el neoliberalismo puso de manifiesto cómo los Estados mismos logran ser transformados por las lógicas de la acumulación sin ser por eso directamente el instrumento ciego del capital, sino obedeciendo a su propia lógica y a sus necesidades.

Lo anterior nos lleva de vuelta al momento actual en el que el rampante crecimiento de la inflación, las presiones internas por el aumento de los precios internacionales del trigo, el maíz y la energía, junto con la escalada de las rivalidades interestatales, las amenazas de la guerra y las invasiones extranjeras conducen a interrogarse sobre las lógicas que guían estos recientes fenómenos.

Evidentemente, las teorías clásicas sobre el imperialismo proporcionan claves importantes para pensar las formas de poder global, la explotación y la desigualdad. Sin embargo, también presentan defectos a la hora de tratar de explicar la complejidad de la escena contemporánea, que asiste, entre otros fenómenos, a la irrupción económica rápida de países que, según la teoría clásica, tenían obstaculizado su desarrollo por la opresión imperialista: paradigmáticamente China e India. En cualquier caso, se trata de cuestiones que precisan de una redefinición en sintonía con el mundo en el que vivimos, nuevamente conmovido por guerras y conflictos geopolíticos de gran escala. ×

# «ESTAMOS VIENDO UN DEL ORDEN MUNDIAL»

En esta entrevista, el teórico marxista David Harvey se pregunta por la utilidad de la categoría de imperialismo y analiza los desafíos al poder estadounidense por parte de Rusia y China en el contexto de una redefinición global del neoliberalismo.

ENTREVISTA  
ESTEFANÍA MARTÍNEZ

ILUSTRACIONES  
FLO MEISSNER

TRADUCE  
PEDRO PERUCCA



# LA RECONFIGURACIÓN



david harvey



Q

**quisiéramos conocer tu opinión sobre la situación internacional, teniendo en cuenta algunos de tus análisis sobre el imperialismo, particularmente lo desa-**

**rollado en *El nuevo imperialismo*. ¿Cuáles serían las principales diferencias entre el nuevo imperialismo y el imperialismo clásico y cuáles son los límites de la teoría clásica del imperialismo?**

**DH.** Bueno, tal vez deba situar un poco la cuestión. Cuando escribí *El nuevo imperialismo*, en 2003, EE. UU. estaba yendo a la guerra en Irak en ese preciso momento. Esa idea provino de corrientes de argumentación y pensamiento de los años 1990 en los Estados Unidos, del grupo neoconservador que incluía a gente como Donald Rumsfeld, Dick Cheney y todo el resto. Y después de los atentados de 2001 hubo un pequeño debate sobre cómo debía reaccionar Estados Unidos. Uno de los argumentos que se esgrimieron fue que Estados Unidos debía ser simplemente una potencia imperial. Y había gente como Niall Ferguson que sostenía que el Imperio Británico, en general, había sido una influencia positiva en la historia de la humanidad y que los Estados Unidos deberían mirar esa experiencia y repetirla, evitando algunos de los errores cometidos, para ser una potencia benévola.

Por supuesto, también era el momento en que Francis Fukuyama estaba escribiendo sobre el fin de la historia. Pero en realidad hacía tiempo que habían decidido que querían deshacerse de Saddam Hussein. En los años 1990 podemos encontrar textos donde los neoconservadores decían cosas como: «Ese petróleo en Irak es nuestro y Saddam no está colaborando, por lo tanto, debemos deshacernos de él». Pero luego vieron que era muy difícil que la opinión pública estadounidense apoyara una intervención directa en Irak a menos que hubiera alguna razón real. Algo como Pearl Harbor.

Así que el 9/11 fue su Pearl Harbor, la oportunidad de entrar en Irak. Por eso empezaron a justificar la ofensiva en base a esto que yo llamo «el nuevo imperialismo». Para mí, el nuevo imperialismo no era un fenómeno económico sino más bien una especie de reconstrucción ideológica que se estaba llevando a cabo al interior de los Estados Unidos. Ahora, por supuesto, ya sabemos lo que pasó: fueron a Irak y fracasaron. Así que ya nadie habla del nuevo imperialismo en ese sentido. Mi argumento de aquel momento se situaba en ese contexto. Pero,

obviamente, si me preguntas ahora qué es lo distinto respecto de la situación que Lenin analizó, una de las grandes diferencias es que él se refería a una alianza entre el poder estatal y el gran capital corporativo. Y el capital corporativo estaba realmente organizado sobre una base nacional, por lo que comenzó una competencia intercapitalista entre los diferentes cárteles y organizaciones que derivó en la Primera y la Segunda Guerra Mundial.

Entonces la política de los Estados Unidos, apoyada por las élites de distintas partes del mundo, pasó por decir: «La competencia intercapitalista ya produjo dos guerras mundiales, ahora queremos crear un orden mundial que modifique eso». Eso se hizo con el acuerdo de Bretton Woods, estableciendo una situación en la que cada país pueda tener control de su política fiscal y monetaria pero bajo el paraguas del poder militar de los EE. UU. y de una especie de sistema económico en el que la soberanía del Estado nación estaba garantizada. El resultado fue que entre 1945 y mediados de la década de 1970, el capitalismo se organizó alrededor de la idea de que la competencia intercapitalista e internacional estaría controlada en tanto se había establecido un orden internacional basado en reglas que se aplicaron a nivel mundial (aunque convencionalmente solemos referirnos a Occidente porque era el momento del mundo dividido por la Guerra Fría).

Lo interesante del sistema de Bretton Woods fue que básicamente segmentó el capitalismo en una especie de Estados nacionales compatibles, haciendo posible que si uno salía a la calle y veía muchos Citroën 2 CV sabía que estaba en Francia, pero si veía Volkswagen estaba en Alemania y si eran Fiat se trataba de Italia. Así, de hecho, el mundo estaba dividido en una clase obrera italiana, una clase obrera alemana, una clase obrera francesa e incluso una clase obrera estadounidense, que estaban protegidas de la competencia mutua por una estructura de controles de capital, por la que el dinero no podía fluir fácilmente de un lugar a otro. En ese marco, en Estados Unidos el capital monopolista era el vinculado a las grandes empresas automotrices de Detroit, porque no había competencia alemana, ni japonesa o de algún otro país. Ese sistema fue diseñado para evitar el tipo de competencia intercapitalista de la que hablaba Lenin y fue muy exitoso para eso. El proyecto de la Unión Europea fue en parte una respuesta a esa larga historia de competencia intercapitalista, una iniciativa que EE. UU. también apoyó, recordando que había habido



dos guerras mundiales en las que Francia y Alemania se encontraron en bandos opuestos y planteando que era necesaria una estructura global que volviera eso cada vez menos posible.

Se trató de un intento de resolución de ese problema en el contexto de la Guerra Fría, con Estados Unidos vendiéndole a todas las potencias europeas protección contra el comunismo, lo que facilitó la creación de este sistema que funcionó bastante bien hasta fines de los 1960 o principios de los 1970, momento en que el acuerdo de Bretton Woods se vino abajo. En ese momento vuelve la competencia y, por ejemplo, de repente aparecen Volkswagen, Fiat y Toyota por todos los EE. UU.

Toda la estructura global cambió en la década de 1970. Y el cambio más singular fue, por supuesto, el abandono del patrón oro, porque se terminaron los controles establecidos para mantener a los países en una suerte de aislamiento respecto de los flujos de capital. Y entonces empezamos a ver un cambio en el equilibrio de poder dentro de la clase capitalista. Porque en 1970 las grandes corporaciones, quienes tenían el poder, eran la General Motors y la U.S. Steel y otras de capital industrial, pero a partir de entonces se liberó el capital financiero, que empezó a gestionar el mundo, mientras que las industrias se trasladaban a China y otros lugares y se multiplicaba la competencia entre las diferentes empresas.

Era un escenario de cada vez más competencia abierta, pero todavía dentro de un orden internacional basado en reglas. Durante el sistema de Bretton Woods, Estados Unidos era claramente la potencia hegemónica pero al llegar a los años 1980 y 1990 ese poder hegemónico empieza a ser desafiado. El último logro de EE. UU. como potencia hegemónica fueron los llamados Acuerdos Plaza de 1985, que esencialmente aplastaron el poder japonés, empujando al país oriental a la recesión y a una crisis de la que nunca se recuperó. Luego vino la crisis de 1987 y comenzó a quedar claro que ya los Estados Unidos no podían hacer este tipo de cosas en solitario. Y en 2007-2008 se hizo evidente que si bien EE. UU. seguía siendo el ejército más poderoso y mantenía una enorme influencia como la mayor potencia económica, estaba empezando a ser seriamente desafiado en todo el mundo.

Entonces se plantea la pregunta de si es probable el resurgimiento del tipo de situaciones de las que hablaba Lenin, con una fuerte competencia capitalista internacional. Eso fue, por supuesto, lo que Donald Trump comenzó a hacer con el proyecto «Make America Great Again». Mientras que lo que Biden intenta es llevar al país de nuevo a su ubicación anterior y reconfigurar las cosas. Pero se da cuenta de que no puede hacerlo solo y ese orden está siendo desafiado de todas las maneras, por China en la esfera económica y ahora por Rusia en la militar. Así que estamos viendo una situación peligrosa que podría terminar con una Tercera Guerra Mundial. Tal como van las cosas, no me parece muy saludable este tipo de resurgimiento de la competencia internacional, particularmente en términos militares.

**Parece que algunos hechos históricos desafían la teoría clásica del imperialismo, con su idea de un capital monopolista estatal como última etapa del capitalismo. En ese sentido, nos gustaría que ampliaras la importancia del concepto de imperialismo y las razones por las que Marx no le dio tanta relevancia en su propio análisis.**

**DH.** Bueno, hay dos cuestiones ahí. Lo que Marx se propuso fue entender cuál era la naturaleza del capital y todas sus investigaciones fueron sobre cómo funciona el modo de producción capitalista. Yo enfatizaría mucho la cuestión de que él está pensando que hay una gran diferencia entre lo que llamamos el modo de producción capitalista y la formación social capitalista, algo mucho

→

→

más amplio y complicado. Marx aísla mucho y dice: «Bien, quiero entender el motor que existe dentro de la formación social capitalista». Ese motor es el modo de producción. Así que toda la teoría del capital es sobre el modo de producción capitalista. Menciona la formación social capitalista porque obviamente no se puede analizar el modo de producción capitalista de forma aislada. Pero muchos de los problemas que surgen en la formación social capitalista los deja de lado, diciendo: «No puedo tratar con esto ahora. Estoy tratando con el modo de producción capitalista, intentando entender la naturaleza del capital».

Pero era muy consciente del imperialismo y en sus artículos periodísticos para el *Herald Tribune* habla de la India, lord Palmerston y todo ese tipo de cosas, pero no lo introduce mucho en la teoría del modo de producción capitalista porque, insisto, trata de aislarlo. Cuando uno lo entiende, no va a leer *El Capital* para aprender algo sobre el imperialismo, porque el tema no está allí, salvo en pequeños fragmentos.

Una de las cosas que hice al principio de mi investigación fue decir: «Quiero entender la espacialidad del capital». Y no creo que se pueda entender el modo de producción capitalista sin saber lo que está pasando en términos de la producción del espacio y de la espacialidad de la producción. ¿Y qué dijo Marx sobre la espacialidad? En realidad, dijo bastante. Este sistema llamado modo de producción capitalista está creciendo y expandiéndose y a medida que lo hace también coloniza el espacio. Y Marx dice que el concepto de mercado mundial se da en el marco del modo de producción capitalista y que, por lo tanto, la producción del mercado mundial era parte de la misión histórica del modo producción capitalista. Entonces puede decirse, como hizo el propio Marx, que esto se logra en un pequeño rincón del mundo y que el resto del mundo no se preocupa en absoluto por este modo de producción, porque está organizando sus propios sistemas de producción. Pero en el siglo siguiente se produce la creación y la formación del mercado mundial. Y ahora hemos llegado a un momento en que todo el mundo está integrado dentro del modo de producción capitalista. Así que no puedes ir a ningún lugar del mundo donde no haya algún impacto del modo de producción capitalista, aunque pueda ser atenuado aquí y mitigado allí.

Por eso analicé el ajuste espacial que el capital despliega dentro de un territorio particular, para luego

desarrollar excedentes en una masa que en un momento dado necesita ser utilizada. ¿A dónde va? Al extranjero. Gran Bretaña tenía muchos excedentes en el siglo XIX y le prestó dinero a Argentina para construir ferrocarriles, préstamo que fue usado para comprar acero británico. Esta es la práctica estándar. Estados Unidos da una gran cantidad de ayuda extranjera con la condición de que se gaste en la compra de bienes estadounidenses. Así se limpia el exceso de capacidad productiva en casa prestando dinero en el extranjero para comprar sus productos. Ese sistema es en gran medida parte del modo de producción capitalista.

Marx habla de ello en relación con Argentina, pero podemos encontrarlo a lo largo de toda la historia del capital. Así pasó con los chinos cuando, alrededor del año 2000, llegaron a un punto en el que de repente empezaron a crear superávit a raudales y no sabían qué hacer con él. Si observas un mapa de las inversiones chinas en el extranjero en torno al año 2000, apenas hay algo. En 2005 empieza a aparecer el fenómeno y ahora hay una especie de ola masiva de dinero chino. Son casi todos créditos comerciales. Lo que están haciendo los chinos es prestarle dinero a los países del este de África para que compren productos chinos. Le prestaron dinero a Ecuador para construir una gran represa, contratando a una empresa china. Este es el ajuste espacial en funcionamiento y me resulta muy interesante.

Porque ¿en qué momento se produce la acumulación dentro de un territorio particular o una configuración espacial particular en la que se está produciendo tanto excedente que tiene que salir fuera? Bueno, los japoneses empezaron a producir los excedentes hacia finales de los años 1960 y después de un tiempo se van al extranjero. Los japoneses estaban comprando compañías de Hollywood y el Centro Rockefeller, utilizando sus excedentes para, en cierto sentido, colonizar los países capitalistas avanzados. Eso fue lo que molestó a los Estados Unidos en la década de 1980 y condujo a los Acuerdos Plaza. Y luego, por supuesto, la Iniciativa de la Franja y la Ruta es una versión clásica de esto, con los chinos planteándose la necesidad de encontrar mercados externos. De esta forma es que los chinos han tenido un impacto tremendo en el mercado mundial desde alrededor del 2000, mientras que antes de eso su impacto en el mercado mundial era en términos de venta de bienes, pero no de préstamo de dinero a países para el

→





desarrollo. Mucha gente dice que eso es imperialismo, pero yo no considero que sea muy útil tratar de explicarlo así. Creo que se trata de un proceso dentro del modo de producción capitalista, de la producción del espacio y de la espacialidad y de lo que esto implica. Prefiero analizarlo en esos términos y no decir simplemente que la explicación es el imperialismo. Creo que lo que estamos viendo es una reconfiguración del orden mundial y que es probable que veamos algunos cambios notables en un futuro muy cercano.

**Encontramos muy interesante la idea de las cambiantes reconfiguraciones hegemónicas del poder político y económico para analizar la contingencia histórica. Aunque ya has proporcionado una caracterización, ¿cómo podríamos aplicar esta noción para entender un poco mejor el papel de China? Con respecto a EE. UU. parece haber un declive en su hegemonía. ¿Estamos frente a un cambio en estas reconfiguraciones hegemónicas?**

**DH.** Lo que tiende a suceder en estos debates es que alguien ve que Estados Unidos no es tan poderoso como antes y plantea que es el fin de la hegemonía. Pues no lo es. En un cierto punto de la década de 1990 todo el mundo comenzó a decir que el Estado nación estaba muerto, terminado. Pero en realidad solo estaba haciendo cosas diferentes. Por ejemplo, en 1987 hubo un lunes negro en los Estados Unidos y el mercado de valores cayó un 20% en un día. Después hubo un intento de entender lo que había sucedido y se realizó una gran conferencia donde se presentó un documento muy interesante de Larry Summers, quien llegó a dos conclusiones. Una conclusión era que había que elegir entre regular los bancos y prepararse para un bajo crecimiento o asumir lo que él llamaba riesgo moral, rescatándolos a toda costa, que era lo que él proponía y lo que finalmente se hizo. La segunda fue que Estados Unidos ya no estaba en una posición de poder tomar todas las decisiones y que tenía que liderar una alianza, con un poder que depende de lo fuerte que esta alianza sea.

Es muy interesante que en 2007-2008 la respuesta inmediata haya sido la de convocar al G20. En esa conferencia celebrada durante el mandato de George W. Bush, los integrantes de la alianza liderada por EE. UU. estuvieron de acuerdo en que necesitaban estabilizar la economía. Después, en la presidencia de Barack Obama, hubo una segunda reunión en Corea del Sur donde EE. UU. hizo un conjunto de propuestas ante las que

el resto del mundo básicamente respondió: «A la mierda». Allí quedó claro que la alianza era contingente y que Alemania iba a hacer algo muy diferente, también porque existía la sensación de que la crisis de 2007-2008 era una enfermedad de los Estados Unidos y que debía tratarse internamente, sin pretender que Europa pague los costos.

Estos hechos muestran que EE. UU. era todavía increíblemente poderoso y significativo, pero también que no puede resolver todo arbitrariamente por su cuenta. Lo de la potencia hegemónica que puede hacer lo que quiera terminó en la década de 1980 y la gestión de Biden es una especie de reconocimiento de la necesidad de construir alianzas, aunque con EE. UU. todavía en una posición hegemónica, pero no pareciera estar funcionando muy bien. Por ejemplo, creo que la política de Biden hacia América Latina es bastante terrible. EE. UU. quiere dictar políticas para la región pero el principal socio comercial de América Latina ahora es China, lo que hace que todo el mundo se dé cuenta de que existen algunas alternativas. EE. UU. no es un único *hegemon* con el que hay que tratar porque aparecieron una serie de opciones. En ese sentido, me pareció muy interesante la votación en las Naciones Unidas sobre la exclusión de Rusia del Consejo de Derechos Humanos impulsada por EE. UU. y Europa de la que 58 países se abstuvieron, incluyendo a Indonesia, Egipto, India y Brasil. Fue casi como otra Conferencia de Bandung. Esto sugiere que una parte significativa del mundo está básicamente diciendo que no quiere involucrarse en la guerra «proxy» de Estados Unidos contra Rusia. No hay apoyos automáticos.

Así que Estados Unidos ahora lidera una especie de alianza transatlántica, pero gran parte del resto del mundo no está de acuerdo con ella. Y aquí es donde entra China, un país muy importante en términos de economía global. Lo de China me preocupa mucho en términos de lo que está haciendo y por qué. Hay algo que ocurre con frecuencia en la política internacional, que se llama «dependencia del camino», que tiene que ver con plantearse un camino para luego encontrarse con que vas descendiendo, pero sin poder salir de él. Creo que China ha quedado atrapada en algunas dependencias del pasado. Todo lo que está pasando con los uigures es parte de eso.

La conexión entre China y Rusia no es nueva. Yo estuve allí en 2018 en el bicentenario del nacimiento de Karl Marx y hubo una conferencia en Nankin organizada

por el Partido, antes de la que me pidieron educadamente que no planteara ciertas cuestiones: una era, por supuesto, la Plaza de Tiananmén, de la que no se puede hablar en China; en segundo lugar, no debía criticar al Partido y, por último, y esto realmente me sorprendió, no tenía que decir nada negativo sobre Rusia. Así que en 2018 el Partido Comunista chino ya se estaba alineando con Rusia, intentando desarrollar un sistema de financiación alternativo para no tener que operar en dólares. Esa fue una de las cosas que recordé cuando EE. UU. de repente dijo que iba a excluir a los bancos rusos del sistema SWIFT.

Creo que la estrategia a largo plazo de China ha sido la de consolidar su relación con Rusia, por varias razones. Una es empezar a construir estos mecanismos financieros alternativos, pero también porque China vio muy claramente lo que pasó en Irak y la forma en que Estados Unidos trataba el petróleo de Oriente Medio como propio, pudiendo cortar el suministro a cualquiera, ante lo que buscaron consolidar sus suministros yendo a Rusia (que también es rica en minerales que China necesita). Hace tiempo que les interesa mucho estar en una fuerte alianza con Rusia, que a la larga también es militar y económica. Ahí me parece que hay una «dependencia del camino» en la que China no va a renunciar a su relación con Rusia, porque durante al menos los últimos quince años su política fue estar muy cerca de ese país como mercado, fuente de materias primas y, sobre todo, como proveedor de energía. Una de las grandes preguntas es, entonces, qué hará China si hay una lucha entre Rusia y la OTAN. Porque además en China los gastos militares se dispararon en los últimos cinco o seis años. Esto, curiosamente, se remonta a una de las tesis que he estado estudiando acerca de cómo se dispone de la masa de capital. Marx dice que en realidad una de las formas de lidiar con el exceso masivo de capital es la actividad militar, que es como verter la plusvalía en el océano. Es una forma maravillosa de expresarlo. Así que la actividad militar está absorbiendo el excedente. El *establishment* y las corporaciones militares de los Estados Unidos están disfrutando inmensamente de esta situación, porque es una estrategia fantástica de absorción de su capacidad excedente.

**A partir de la respuesta sobre China, quizás sea interesante volver a la cuestión del vocabulario, de si tenemos que hablar de imperialismo en relación con China.**

**DH.** La posición de China, en términos de lo que yo llamo ajustes espaciales, ha cambiado dramáticamente desde el año 2000. Sin embargo, no ha llevado la producción al extranjero. Está empezando a hacerlo un poco en relación con Camboya, Laos y Vietnam. Principalmente viene prestando dinero para comprar productos chinos. Así que se puede decir que esto es una especie de relación imperialista. No me importa si lo llamamos así o no, solo quiero entender qué es esa relación y hacia dónde puede ir.

También está la cuestión de África. Hasta hace un par de años, la mayor parte de la actividad en África estaba dirigida por el gobierno chino por medio de préstamos, pero hubo discusiones con algunos países africanos que sienten que los chinos son un poco demasiado opresivos. Los EE. UU. han estado impulsando esta línea de que China está tratando de crear vasallaje de deuda para todos ellos, manteniéndolos sometidos a través del endeudamiento. Pero los chinos han dicho que no están haciendo eso. Ahora el gobierno chino está retirando su política de África y recurriendo a las corporaciones chinas. Así que hay un cambio hacia la colonización corporativa de África en contraposición a la colonización gubernamental. Y esto es algo que parece que los gobiernos africanos prefieren. Y China plantea: «Bueno, si no les gusta la forma en que nosotros nos involucramos como Estado en la relación con otros Estados, pueden aprovechar los conocimientos técnicos y la capacidad productiva china negociando con empresas como Huawei». Así que Huawei está proporcionando ahora casi todos los servicios de Internet y telefonía en toda África. Entonces, ¿por qué tenemos que usar la palabra imperialismo para esto? ¿Por qué hace falta declarar que China es imperialista? Bueno, en algunas cosas es imperialista, sí. Pero también las empresas de Corea del Sur que operan en América Latina fueron terribles y entonces ¿se podría decir que hubo un imperialismo o subimperialismo surcoreano? Mientras que si pensamos en el imperialismo alemán y su relación con Grecia... Quiero pensar en por qué la crisis de la deuda en Grecia fue impuesta así por la Troika, en gran parte dirigida por los alemanes, robando gran parte de la soberanía y autonomía de Grecia. Quiero hablar de eso y de sus implicancias porque me resultan muy importantes. Algunas personas dicen que soy antimperialista, pero yo digo que no, que necesitamos un conjunto de

→





ideas mucho más sofisticadas sobre cómo entender la situación. Hablar de imperialismo no explica nada de eso en realidad y es un cierto tipo de imperialismo en particular el que necesita ser explicado.

**Quería volver sobre la idea del imperialismo capitalista, no como el imperialismo de una nación sino del capital en general.**

**DH.** No me gusta mucho tener que debatir sobre el imperialismo porque creo que incluye algunos problemas muy, muy críticos. Y estos problemas nos van a consumir si no los controlamos. He estado escribiendo mucho recientemente sobre la teoría de Marx de la tasa de ganancia decreciente y la masa de ganancia creciente. Todo el mundo presta atención a la primera y yo a la segunda. Y el problema es la disposición de la masa creciente de valor, un problema realmente serio.

Si se analiza toda la información sobre el Producto Interno Bruto [PIB] global, se ve que estamos en un tipo de expansión exponencial donde la masa y su absorción se están convirtiendo en un problema crítico. Incluso en ausencia del COVID-19, es problemático volcar una gran cantidad de plusvalía en el océano a través de las guerras y de la inversión en megaproyectos que no tienen ningún sentido en términos de bienestar de la masa de la población. Solo para dar un ejemplo de esto, el Fondo Monetario Internacional [FMI] hizo un estudio muy interesante sobre el endeudamiento internacional, planteando que si se suman las deudas en todo el mundo y luego se divide por la población mundial el resultado es que cada hombre, mujer y niño del planeta está endeudado en 86 000 dólares. Hay un enorme aumento del endeudamiento. Y no le debemos ese dinero a los marcianos sino a nosotros mismos. Pero hay ciertas personas que son acreedores y otras que son deudores, que están alimentando a los primeros. ¿Y adivinen quiénes son los acreedores? Si se mira lo que sucedió con la distribución de los ingresos durante la pandemia del COVID-19 lo que se ve es un aumento masivo de la riqueza y del poder de la oligarquía. Elon Musk aumentó su riqueza algo así como de 25 000 millones a 145 000 millones en un año. ¿Y qué demonios va a pasar con todo este endeudamiento? Porque en realidad la demanda en la economía global ha sido alimentada por este crecimiento del endeudamiento, porque si no hubiera existido la demanda hubiera colapsado y la economía global se habría hundido.

También hemos entrado en la producción de todo tipo de nuevas mercancías, ahora que el capital no crea cosas sino experiencias. Mi modelo para esto son las líneas de cruceros. Un crucero es una gran cantidad de dinero y capital fijo, donde hay 2000 personas empleadas para atender a 3000 huéspedes. Y lo que es el producto, la experiencia de navegar por el agua, se consume instantáneamente. Una de las cosas que pasó con el COVID fue que se cerraron los cruceros y hubo un lío terrible porque una de las grandes respuestas al 2007-2008 fue construir una economía global basada en el turismo, con lo que el volumen de viajes internacionales pasó de 800 millones a algo así como 1400 millones en cuatro o cinco años después de 2009. Así que, de repente, aparece este tipo de orquestación donde podemos preguntarnos quiénes son los ricos o los multimillonarios hoy en día y de qué sectores de la economía provienen, porque antes solían ser de los automóviles o del acero pero ahora está Jeff Bezos en lugar de Henry Ford. La clase capitalista ha cambiado. Mi argumento sobre el neoliberalismo es que se trata de la restauración del poder de clase, del crecimiento continuo de ese poder de clase.

En cuanto al tipo de economía que se requeriría para modificar esta situación... ¿Cómo vamos a desapalancar o desinflar la deuda? Una de las formas, curiosamente, es la inflación. Si eres un deudor, quieres inflación y esperas que sea una locura, siempre que tus ingresos suban con ella, lo que te permitiría deshacerte de toda tu deuda estudiantil, por ejemplo. Así que la deflación de la deuda está en la agenda. Por eso esta inflación actual tal vez sea una señal de una deflación del exceso de deuda. Estoy muy preocupado por esta cuestión de la masa creciente y me gustaría que un economista marxista pasara más tiempo hablando del problema de la eliminación de la masa creciente.

**¿Podrías darnos una definición aproximada de la masa creciente?**

**DH.** Bueno, Marx en *El Capital* y en los *Grundrisse* dice que el objetivo del capitalista es tratar de disponer de más y más riqueza, en forma de masa, de producto, masa de dinero. Y la tasa de explotación de la fuerza de trabajo es uno de los medios por los cuales los capitalistas aumentan su masa, construyendo un poder que se vuelve significativo. Por ejemplo, ¿qué preferirías ser?



→

¿Alguien que tiene un activo que está ganando 20% pero sobre 100 dólares o alguien que tiene una ganancia del 2% sobre 10 millones de dólares? La masa crea masa, de eso se trata. Si controlas suficiente masa puedes controlar la política. Elon Musk tiene tanta masa que puede comprar Twitter y los hermanos Koch crearon una organización para financiar a gente que colonice las juntas escolares en todo Estados Unidos, ya que juegan un papel muy importante en la política electoral.

Así que esto es de lo que se trata la masa. Y por eso es tan importante quién la controla. Por supuesto, internacionalmente los EE. UU. tienen mayor masa y pueden imponerle condiciones a Ecuador. Pero en este momento tiene una competencia con China por la masa creciente, porque cuanto mayor parte se obtenga de ella, más masa se puede hacer.

Todo el mundo habla de la tasa de ganancia decreciente pero se olvidan de la masa creciente. Y yo me enojo mucho con los economistas marxistas porque se niegan a hablar de las implicaciones de ello, cuando la mayoría de nuestros problemas actuales tienen que ver con la masa creciente.

**Uno de los conceptos clave en tu trabajo es el de acumulación por desposesión, que también fue desarrollado por Rosa Luxemburgo. En relación con América Latina, ¿cuál te parece que fue el papel de la región en estos ajustes espaciales y en la dinámica de endeudamiento? ¿Y qué papel le asignarías a América Latina en la fase actual?**

**DH.** América Latina es una zona potencialmente muy rica, una parte del mundo con abundantes recursos, organizada colectivamente, donde también hay ciertas formas de gobernanza en las poblaciones indígenas que tienen mucha potencialidad para reorganizar el funcionamiento del Estado en relación con la economía. Si un radical se hace cargo de un Estado capitalista, como el presidente Gabriel Boric en Chile, la gran pregunta es ¿qué se hace con ese Estado capitalista? El consejo de Lenin fue destruir el Estado capitalista y reconstruir alguna otra organización política. No creo que eso sea factible o posible ahora mismo. Así que de alguna manera tienes que tratar de transformar ciertos aspectos del Estado capitalista.

Una de las cosas que me gusta hacer en relación con la teoría del Estado es plantear que debemos desagregar lo que es el Estado. Hay algo que yo llamo el nexo

financiero del Estado, que es el Departamento del Tesoro y el Banco Central, que forman el ancla de poder procapitalista dentro del aparato estatal. Así que una de las cosas que tenemos que hacer es intentar frenar el poder del nexo financiero del Estado y del Departamento del Tesoro y aumentar el poder de las dependencias de educación, por ejemplo.

Recientemente hice un *podcast* sobre las ocho libertades de Roosevelt (todo el mundo habla de cuatro libertades, pero en realidad son ocho) y tres tienen que ver con el acceso adecuado a la vivienda para todos, el acceso abierto a todos a la educación gratuita y a la atención médica. En los años 1960 se intentó hacer algo en esos campos pero luego todo eso se derrumbó en la revolución neoliberal de los años 1970 y 1980. Y es interesante que el presidente chino Xi Jinping, antes de que apareciera el virus, anunciara que su gran proyecto era crear un mundo de calidad y prosperidad común, para el que las tres montañas que había que escalar eran una casa y un entorno de vida decente, el acceso gratuito a una educación de buena calidad para todos y la atención sanitaria universal.

Yo sería muy feliz si algún gobierno viniera y dijera «Que se joda todo lo demás, solo vamos a centrarnos en estas tres cosas», que es lo que dijeron Xi Jinping y Roosevelt. ¿Por qué no tomamos toda la masa de ganancia y la redirigimos a esas cosas, algo que solo puede hacerse a través de políticas sociales? Aquí en la ciudad de Nueva York tenemos un enorme boom de la construcción pero se trata de edificios para las clases altas. Y nadie en los EE. UU. está preparado para aceptar que la mitad de la población estadounidense ya no puede permitirse vivir en el país con la forma en que funciona el sistema de libre mercado. En ese contexto, la mitad del alojamiento en los EE. UU. debería ser proporcionada socialmente, porque se necesita alguna versión de la vivienda pública para que todo el mundo pueda tener una casa decente y un entorno de vida decente. Pero ahora tenemos una crisis de acceso de la vivienda que afecta a todo el mundo y tenemos que hacer algo al respecto. Y la única forma de solucionarlo es ir hacia lo público. Y tiene que ser un socialista el que proporcione, de una manera u otra, un plan de vivienda pública para todos los que la necesitan. ¿Por qué no lo simplificamos y decimos simplemente que son tareas que el Estado va a tener que hacer, que vamos a tomar el control del Estado capitalista para frenar la crisis



## EN 2018 EL PARTIDO COMUNISTA DE CHINA YA SE ESTABA ALINEANDO CON RUSIA.

actual y reorientar absolutamente el Estado mediante la realización de esos tres objetivos?

En cuanto a América Latina, una de las cosas que me viene a la mente tiene que ver con el papel particular del Estado capitalista latinoamericano, que tiene una dinámica del desarrollo geográfico desigual, particularmente por el hecho de que la mayoría de los países de la región son dependientes de la extracción de recursos naturales. Recuerdo que cuando estábamos haciendo nuestra investigación en Ecuador, uno de los debates que tuvimos durante el gobierno de Rafael Correa tuvo que ver con cómo crear políticas sociales y redistribuir la riqueza. Aquí hay algo interesante también respecto del rol que jugó China en Ecuador, ayudando a superar un poco las presiones de los Estados Unidos.

Creo que existe un conjunto de posibilidades limitadas actualmente dentro de lo que se llama globalización. Y me parece que hay un lado negativo en eso, que es que si vas a la autarquía completa probablemente termines en la pobreza más miserable. Así que la autarquía completa no es una posibilidad viable. Pero creo que existe la posibilidad de empezar a pensar en la planificación regional, en la soberanía agrícola y alimentaria y muchas otras cuestiones. Porque muchas cosas no tienen sentido, como que en Ecuador se importen tomates de Holanda

y apio de California. Así que hay algunas innovaciones que son posibles en esas áreas, reorganizando las relaciones globales. También me sorprendió, por ejemplo, que Ecuador estuviera importando tantos alimentos en una zona fértil y climáticamente favorable, donde se podría garantizar el abastecimiento a través de la acción local. Y así debería ser, pero sin caer en la fantasía de desvincularse totalmente del sistema global.

**Mi pregunta se refería más a las implicaciones de qué papel va a jugar América Latina en este nuevo contexto en el que hay diferentes poderes económicos hegemónicos. Porque en el caso de Chile o Ecuador, países exportadores de recursos naturales, pueden aprovechar estas situaciones geopolíticas para exportar más y generar más recursos.**

**DH.** Creo que la idea de eso que tradicionalmente llamamos imperialismo o globalización o lo que sea es que beneficia a toda la población de los países capitalistas avanzados. Y creo que es un argumento erróneo ya que generalmente es para el gran beneficio de un grupo muy pequeño de la clase capitalista. Así, la base de clase de la globalización es parte del problema. Porque eso significa que si un gobierno de izquierda llega al poder en un país en particular —Ecuador, Bolivia o donde sea— va a estar muy limitado, tanto por las condiciones externas como por el hecho de que la economía interna sigue estando dominada por una clase capitalista de cierto tipo. Entonces tienes un gobierno de izquierda que debe negociar con las actividades prácticas de producción y las actividades de distribución que están organizadas por el capital. Y eso significa que, en cierto punto, o bien decides que vas a socializarlo todo o de alguna manera encuentras una forma de disciplinar lo que hace la clase capitalista en términos de producción, distribución y consumo.

**Ahora parece estar de moda hablar del fin del neoliberalismo. ¿Qué opinas de eso?**

**DH.** Tengo una respuesta muy simple. Depende mucho de tu definición de neoliberalismo, claro. Yo veo el neoliberalismo como un intento de recuperar y potenciar el poder de clase y no veo que eso esté amenazado en absoluto. De hecho, lo que ha ocurrido es que en las dos o tres primeras décadas del neoliberalismo hubo una buena cantidad de consentimiento popular. Pero creo que gran



→

parte de ese consentimiento se evaporó después del 2000 y que realmente se estrelló en 2007-2008, porque, como dije en el libro original sobre el neoliberalismo, no podía durar sin entrar en alianza con los neoconservadores y convertirse en autoritario. Así que ahora tenemos un tipo de neoliberalismo autoritario, que está rozando el neofascismo en ciertos lugares. En efecto, si se observan todos los datos sobre la desigualdad de ingresos, está claro que esta se aceleró en lugar de disminuir. Así que desde ese punto de vista, dada mi definición de neoliberalismo, es algo que todavía está en marcha.

**¿Qué podemos esperar del próximo período? ¿Cuáles son las predicciones sobre lo que podría suceder? Porque hemos visto que también hay un gran aumento del puritanismo, del nacionalismo y una escalada de conflictos que hacen que el panorama futuro aparece como bastante oscuro.**

**DH.** Sí, obviamente no sé cuál va a ser el resultado, pero hay muchas fuerzas en conflicto. Yo reconocería eso como una apariencia superficial, aunque hay ciertos problemas clave que, desde mi punto de vista, van a tener que ser tratados a largo plazo. Uno de ellos se centra en esta cuestión de la masa creciente: de deuda, de la producción e incluso de población (aunque ahora está disminuyendo un poco y hay cincuenta o sesenta países en el mundo que tienen tasas negativas de crecimiento de la población, incluyendo a China).

Luego creo que la mayoría de los problemas que existen en términos de degradación medioambiental son daños colaterales de la masa creciente, es decir, la razón por la que hay una concentración creciente de CO2 tiene todo que ver con la masa creciente de actividades económicas. Y no hemos hablado realmente de las cuestiones ambientales, pero son cruciales y están totalmente conectadas con este asunto de la masa creciente. Por lo tanto, necesitamos empezar a controlar el aumento de la masa y encontrar formas de acomodarlo para que no se generen las tensiones económicas que estamos viendo. Para mí es un problema subyacente al que no se le está prestando atención.

El segundo punto que quiero señalar es que tenemos que tener cuidado con imaginar que todo es en beneficio de la clase capitalista. La clase capitalista está dividida en fracciones y la fracción que se encuentra detrás del complejo militar industrial está muy feliz en este momento, lo que no implica que lo esté alguien que está en la

producción de alimentos. Claro que todos los capitalistas se aprovecharán, si pueden, de algo como la inflación de precios. Todo el mundo sube los precios ahora mismo porque los demás lo están haciendo.

**Es muy interesante esto, porque suele pensarse al neoliberalismo como un acuerdo político de la clase capitalista internacional...**

**DH.** El capitalismo industrial no era la lucha a largo plazo del capitalismo porque podía derivar en socialismo. Algo de eso comenzó a emerger a finales de los años 1960, ante lo que la clase capitalista decidió ir por una forma de capitalismo donde eso no era posible. Esa forma de capitalismo fue, por supuesto, la de las finanzas. Los banqueros de inversión en los años 1950 y 1960 tenían muy poco poder y estaban tan desacreditados por lo que había sucedido en la década de 1930 que nadie quería escucharlos. Luego empezaron a estar muy inquietos hacia el final de la década de 1960 y diseñaron un golpe de Estado contra el capitalismo internacional diciendo que es el capital financiero el que va a gobernar el gallinero. Y, efectivamente, el capital financiero es el que manda ahora.

Pero fue un movimiento de clase que planteó que la clase capitalista industrial era incapaz de controlar la situación adecuadamente. Tenías plantillas privilegiadas, sindicalización, partidos socialdemócratas e incluso comunistas. Toda esa configuración no era del gusto de la clase capitalista. Así que buscaron una forma de capital que realmente se ocupe de la cuestión del trabajo, de la cuestión nacional, de la globalización y de todas estas cosas.

Los representantes del capital financiero diseñaron la desindustrialización de los Estados Unidos. Hoy Estados Unidos se beneficia del capitalismo, pero si vas a esas ciudades industriales destruidas en Ohio ves una adicción a los opioides que impacta a poblaciones enteras. Una cosa muy interesante es que el cálculo de la riqueza nacional no incluyó las finanzas, los seguros y los bienes raíces hasta la década del 1990. A partir de allí Goldman Sachs podría afirmar que es la institución más productiva de la economía estadounidense, porque ganan mucho dinero y no hacen nada. Así que Londres y Nueva York de repente aparecen como las ciudades globales donde se desarrolla toda la actividad y los centros más productivos de las economías, cuando en realidad no están haciendo nada. ×

# las armas de la crítica

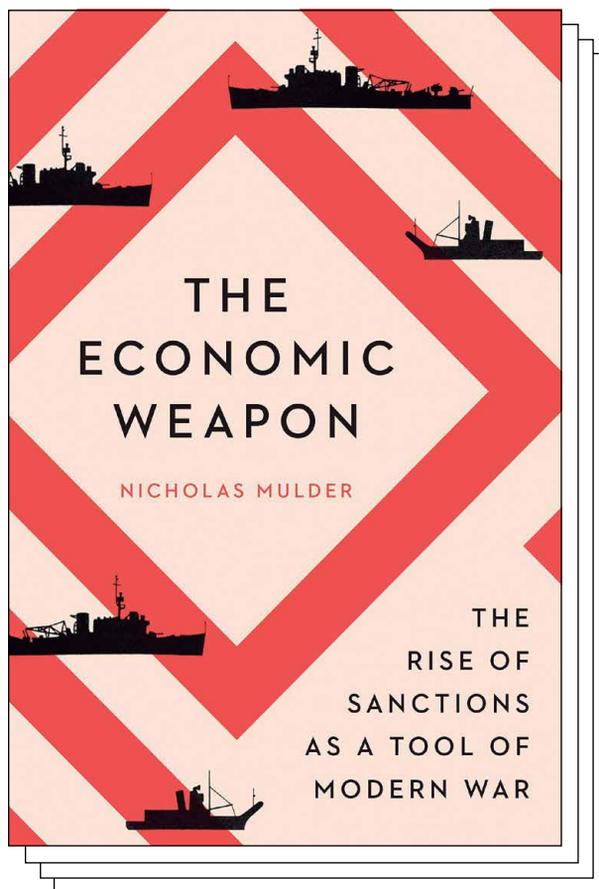
---

UN CROSS A LA MANDÍBULA

## Sanciones de destrucción masiva

Hoy en día las sanciones económicas están aceptadas como una herramienta más de las instituciones liberales globales. Pero esta «arma económica» a menudo termina siendo más letal que la propia guerra que pretende evitar.

Una parte fundamental de la guerra que se libra hoy en Ucrania son las enormes sanciones impuestas por Estados Unidos y sus aliados contra Rusia, con efectos económicos, sociales y políticos para el mundo entero. Nicholas Mulder, profesor de la Universidad de Cornell, nos recuerda que hay que retrotraerse casi un siglo para encontrar una situación similar: «La última vez que una economía del tamaño de Rusia enfrentó un espectro de restricciones



Mulder, Nicholas:  
*The Economic Weapon: The Rise of Sanctions as a Tool of Modern War*, Yale University Press, New Haven and London, 2022.  
434 páginas

comerciales tan amplio como el que se aplicó tras la invasión a Ucrania fue en la década de 1930. No obstante, a diferencia de Italia y Japón en esa época, hoy Rusia es uno de los principales exportadores de petróleo, granos y otras materias primas esenciales».

Justamente de este tema de enorme actualidad, la génesis del «arma económica» en el período de entreguerras, se ocupa su último libro. Su interés, entonces, no es meramente histórico: el análisis resulta más que útil para pensar el conflicto geopolítico que estremece al mundo y acelera cambios tectónicos en el orden global, entre los que se destacan la crisis de hegemonía estadounidense, el ascenso de China y la región Asia-Pacífico, la creciente debilidad y subordinación de la Unión Europea y el fortalecimiento del eje Moscú-Pekín, que articulan además a otros emergentes a través del grupo BRICS.

Claro está que su libro no fue gestado a las apuradas ante la coyuntura crítica que atraviesa el mundo, sino que es el resultado de varios años de investigación —en archivos de seis países, en cinco idiomas— para su tesis doctoral. Si bien es un trabajo histórico que se ocupa del período de entreguerras, concitó mucha atención por la vigencia de la temática abordada. Según un informe oficial de Naciones Unidas de 2015, un tercio de la población mundial vive en países que sufren algún tipo de sanción económica (como la prohibición de exportaciones e importaciones, el congelamiento de activos extranjeros, la expropiación de propiedades enemigas, la suspensión de patentes, el embargo de la venta de armas, entre otras).

---

## Según un informe oficial de Naciones Unidas de 2015, un tercio de la población mundial vive en países que sufren algún tipo de sanción económica.

---

A pesar de que fue publicado este mismo año, ya provocó repercusiones entre colegas y especialistas y fue discutido en diversos medios, entre los que se destaca el blog *Toqueville21*, que reunió las reseñas de Benjamin Coates, Liane Hewitt, Jamie Martin y Glenda Sluga y las respuestas del propio Mulder.

Mulder comienza exponiendo las razones por las que —en contra del sentido común—, el «arma económica» a menudo termina siendo más letal que la propia guerra que pretende evitar. La reconstrucción de la historia de las sanciones en el período de entreguerras arroja luz para entender cuán profundamente el internacionalismo liberal fue formateado en la era de guerra total (1914-1945), cómo el ascenso de la hegemonía estadounidense normalizó el uso de las sanciones al tiempo que amplió sus objetivos (ya no solo procurar cambios «externos», en las relaciones entre países, sino también «internos», como caídas de gobiernos) y de qué manera la

presión económica provoca —o más bien encuentra límites en su intento de provocar— resultados políticos, sugiriendo una novedosa y fundamental distinción entre *efectos* y *eficacia* de las sanciones económicas en la historia global.

Hoy en día las sanciones están aceptadas como una herramienta más de las instituciones liberales globales y los límites para ponerlas en práctica son cada vez menores (el caso actual de Rusia es una clara muestra de ello). En este sentido, Mulder nos presenta una genealogía compleja de cómo se implementaron e incorporaron en la naciente Liga de Naciones y de qué forma, a su vez, se heredaron en el sistema de Naciones Unidas.

Si bien rara vez consiguen sus objetivos, las sanciones son el arma preferida de la política exterior estadounidense desde hace décadas. Fácilmente eludidas por sus víctimas, suelen provocar devastadores efectos humanitarios en civiles

→



inocentes. El caso de Irak en los años noventa es sumamente ilustrativo. Lo interesante de la investigación de Mulder, que recrea los tempranos debates político-morales planteados a principios del siglo XX (recordando, por ejemplo, cómo las organizaciones feministas se opusieron a los bloqueos por las catástrofes humanitarias que generaron) es que se centra no tanto en la *eficacia* de las sanciones —muestra que solo «sirvieron» en casos muy concretos y contra países relativamente débiles—, sino en los *efectos* que produjeron.

Eso le sirve, por ejemplo, para argumentar que muchas veces provocaron lo que supuestamente procuraban evitar: empujaron a Alemania, Italia y Japón, por caso, a la expansión imperialista que terminó en la Segunda Guerra Mundial. Mientras que los gobiernos de Francia y el Reino Unido las consideraban como un arma que podía prevenir la guerra, tanto para Hitler como para Mussolini eran *parte* de la guerra. El Führer, según un diplomático suizo, declaró «Yo necesito Ucrania, así no pueden somernos a la hambruna como hicieron en la última guerra».

Uno de los puntos interesantes del planteo de Mulder es que, luego de la primera guerra, los políticos de ambos bandos se convencieron —erróneamente— de que el bloqueo económico había sido decisivo para derrotar a Alemania y al Imperio Austro-Húngaro. Eso dio impulso a los partidarios de las sanciones, desdibujó las fronteras entre la guerra y la paz, minó el estatus de la neutralidad y se instaló en el corazón del internacionalismo liberal.

Las sanciones fueron útiles, por ejemplo, para disuadir a Yugoslavia

---

## La amenaza de sanciones económicas, en la década de 1930, no solo no frenó la guerra, sino que tuvo un efecto desestabilizador.

---

de invadir Albania en 1921, pero en los treinta fracasaron para prevenir la conquista de Etiopía por parte de la Italia de Mussolini. Sin embargo, no fue a causa de que fueran un «tigre de papel». Contrariando a la mayor parte de los analistas, Mulder asegura que ese fracaso no se debió a que las sanciones fueran demasiado blandas —insuficientes—, sino a lo contrario: eran demasiado fuertes y extremas y, en consecuencia, difíciles de implementar y potencialmente contraproducentes.

Otro punto fundamental sobre el que Mulder pone es foco es la crítica al presupuesto liberal de que los seres humanos son maximizadores racionales del interés propio. Así, los partidarios de las sanciones argumentaban que éstas detendrían la guerra, en tanto los ciudadanos de los países que podrían sufrirlas reaccionarían ante el desmejoramiento de sus condiciones materiales de vida y exigirían a sus líderes que evitaran el conflicto y mantuvieran la paz. Como señala Mulder, «La mayoría de la gente en la mayoría de los

lugares la mayor parte de las veces toma decisiones colectivas tomando en cuenta un número mucho mayor de factores». O sea, deja de lado el modelo simplista del *homo economicus*. Benjamin Coates resalta que

El surgimiento de «sanciones» como el término preferido para la coerción económica en tiempos de paz demuestra el poder de los defensores de las mismas. Los líderes alemanes e italianos de entreguerras rechazaron la descripción y, en cambio, conceptualizaron las sanciones como la simple continuación del bloqueo de los tiempos de la guerra. Que las sanciones hoy en día sigan siendo vistas comúnmente como una alternativa a la guerra refleja el residuo de la hegemonía global estadounidense. Incluso los programas estadounidenses unilaterales se describen como «sanciones», lo que sugiere las formas en que Washington ha buscado universalizar sus intereses nacionales.

Esto es significativo dado el doble rol —a veces contradictorio— entre Estados Unidos como

gendarme planetario, a cargo de la gestión colectiva y la asociación económica, lo que implica una coordinación (aunque acotada) de la tríada Estados Unidos-Europa-Japón, y la defensa lisa y llana de sus intereses nacionales.

Liane Hewitt destaca correctamente como una de las tesis fundamentales del libro que el «arma económica» reinventó el liberalismo en el siglo XX, en el que se impusieron la guerra total y la soberanía nacional sobre la economía. La incorporación de las sanciones económicas dentro la de Carta de Naciones Unidas, en 1945, fue el triunfo final de los defensores de las mismas contra los neutralistas, luego de dos décadas de debates, que Mulder recrea en detalle. Así, uno de los aportes de la obra es que reinterpreta la crisis del liberalismo del período de entreguerras no solo como el resultado de los embates de fascistas y comunistas contra el orden liberal, sino también de un conflicto agudo entre los propios liberales: sancionistas vs. neutralistas.

La segunda tesis de Mulder, según esta doctoranda de la Universidad de Princeton, es que la amenaza de sanciones económicas, en la década de 1930, no solo no frenó la guerra, sino que tuvo un efecto destabilizador, generando presiones económicas que empujaron los planes expansionistas de Alemania, Italia y Japón. Como concluye Hewitt, «lejos de pavimentar el camino para el sueño liberal de la paz perpetua, las sanciones parecen incentivar el descenso hacia la perpetua “guerra de paz” o las “guerras eternas”». La Administración Biden debería estudiar mejor esta experiencia histórica, dada la forma en

que está encarando la confrontación con Rusia.

Si, como dijo Carl von Clausewitz, la guerra no es simplemente un acto político, sino una continuación de las relaciones políticas por otros medios, este libro muestra la génesis del proceso a través del cual se fue difuminando la frontera entre la guerra y la paz, habilitando a ciertos gobiernos poderosos —y las instituciones que manejan, como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial— a sancionar a otros, incluso sin declararles formalmente la guerra. Quizás enriquecería el análisis incluir en este punto las teorías del imperialismo, tan populares en esa época, y las nociones de hegemonía o las más actuales de la geopolítica crítica para dar cuenta de cómo las sanciones moldearon (y moldean) la estructura jerárquica de las relaciones interestatales. Y cómo son usadas hoy en día, fundamentalmente por Estados Unidos y las potencias occidentales, para intentar ralentizar el proceso de transición hacia un mundo más multipolar.

Como señala Jamie Martin, Rusia y China parecen haber aprendido la lección. El desarrollo de dos poderosos instrumentos del liberalismo globalista —los préstamos condicionados y las sanciones económicas— animó a Pekín y a Moscú a fortalecer sus capacidades nacionales y avanzar hacia la «amistad sin límites» que anunciaron en febrero pasado, impulsando además alianzas estratégicas con India, Irán y otros actores de peso para plantear nuevas instituciones globales que no les sean hostiles. Pocas veces un estudio histórico como el de Mulder fue publicado en un momento tan oportuno. ✕

## La crisis del imperialismo y la guerra de Rusia contra Ucrania

**La crisis del neoliberalismo generó una crisis de la dominación imperial. En ese marco, la invasión rusa a Ucrania es un eslabón en una cadena de acontecimientos históricos que, por primera vez en décadas, torna realista un escenario de nueva guerra mundial.**

**E**n un artículo reciente en el New York Times, Thomas Friedman afirmó haber salido de un almuerzo con el Presidente Biden «con el estómago contento y el corazón triste». ¿La razón? Aunque Biden no lo dijo, Friedman creyó leer entre líneas que «a pesar de haber unido Occidente él teme no poder unir Estados Unidos». Pero, ¿es posible separar de modo tan taxativo la dominación doméstica de la dominación imperial? Detrás de esa afirmación se atisba la incompreensión, bastante usual, de la conexión

interna que existe entre ambas y, más concretamente, entre crisis del neoliberalismo y crisis imperialista. Y aún hay algo más, «unir Occidente» ya no alcanza, al menos si de lo que se trata es de suturar la dominación imperial. Más bien, «unir Occidente» es polarizar el mundo, todo lo contrario de un nuevo orden mundial.

En lo que sigue, en primer lugar, trataremos de mostrar por qué la crisis del neoliberalismo significó, simultáneamente, una crisis de dominación política y una crisis de lo

que Leo Panitch denominó el «imperio informal». En segundo lugar, partiremos de allí para intentar entender la invasión rusa de Ucrania y las tensiones mundiales que se despliegan alrededor de ella.

### Crisis del neoliberalismo...

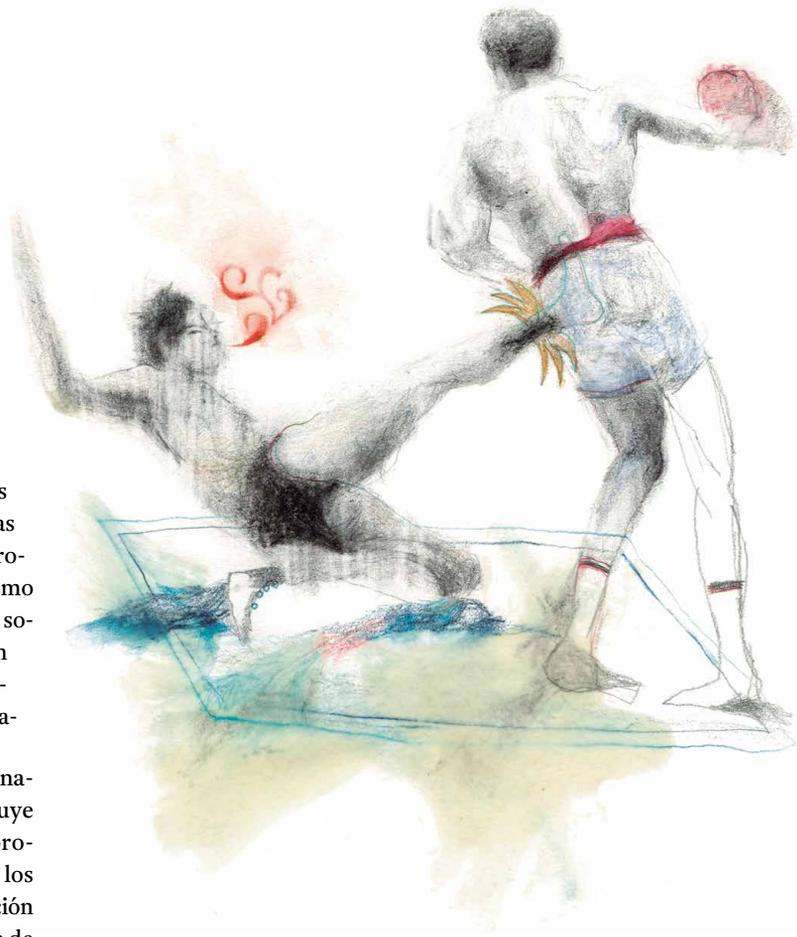
En un artículo anterior definimos el neoliberalismo como un modo de dominación política «basado en la extensión e intensificación de la competencia. La desregulación de los mercados, la apertura comercial y las privatizaciones sometieron al imperativo de la valorización a empresas y personas impulsando la reestructuración de la producción y provocando el aumento del desempleo y la desigualdad [...]. En el neoliberalismo la restricción monetaria y las políticas de equilibrio fiscal son un medio permanente de imposición de la coerción del mercado sobre masas desmovilizadas e individualizadas. La presión de la competencia, de este modo, se

transformó en un mecanismo de sometimiento de los trabajadores y de las mayorías populares.»

A su vez, planteamos que el neoliberalismo y la fase actual de internacionalización capitalista se encuentran históricamente asociados aunque es necesario distinguirlos. Mientras la segunda es el proceso más profundo y duradero, el neoliberalismo estructuró la ofensiva del capital sobre esa base y ofreció una solución temporal a los problemas de dominación que la internacionalización plantea.

Más precisamente, la internacionalización productiva instituye una contradicción entre la reproducción global del capital y la de los Estados nacionales. La reproducción del Estado depende de la fijación de capitales en su territorio, de la inserción de la acumulación local en los procesos de reproducción global (función de acumulación) y de la construcción de dominación política (función de legitimación), pero la internacionalización del capital debilita sus capacidades de regulación de la acumulación a nivel local y erosiona sus posibilidades de integración política. La desmovilización e individualización a través de mecanismos de mercado permitió la sutura temporal de esa contradicción.

Pero, entre fines de los años noventa e inicios de los dos mil, Sudamérica atravesó un ciclo de insurrecciones contra el neoliberalismo. Y desde 2008 la crisis del neoliberalismo se volvió global. Una a una las grandes potencias y gran parte de la periferia abandonaron la restricción monetaria, que sobrevive, con crecientes dificultades, en la zona euro.



Con la crisis del neoliberalismo se reabrió el problema de dominación que plantea la internacionalización capitalista a los Estados nacionales. Las crisis políticas recurrentes y los ciclos de protestas a escala global en 2011-2012, 2018-2019 y actualmente en la pospandemia dan cuenta de ello.

### ... y crisis del imperialismo

Pero, hasta el momento de su crisis, el neoliberalismo también había instituido una coordinación de facto de las políticas de los Estados nación y es necesario preguntarse cómo su fin afecta al sistema imperialista.

Las teorías clásicas del imperialismo entendían, en una forma simplificada, que la competencia y la guerra entre Estados eran expresiones más o menos directas de la competencia

entre los capitales nacionales. Sin embargo, la relación entre competencia de capitales y disputas interestatales es más compleja, especialmente en la actual fase de internacionalización capitalista.

Los Estados nación siguen siendo los espacios de construcción de la dominación política. Y, dado que la dominación de los capitalistas como clase solo se organiza a través del Estado, de ello se sigue la fragmentación nacional de la dominación de clase y, por lo tanto, de la clase capitalista. Pero eso implica, como regla general, que un Estado nación nunca se enfrenta a una clase capitalista ya construida de la que sería expresión.

En la fase actual de la internacionalización del capital, además, los Estados nacionales se enfrentan a la presión *exterior* de los capitales





transnacionalizados y de los procesos de acumulación globales.

Es decir, no es posible reducir el Estado a los intereses de los capitales fijados en el territorio nacional ni a los intereses de los capitales transnacionalizados en competencia en el mercado mundial. En este sentido, como señala Pascual, la territorialización de la dominación política a través de muchos Estados nación supone fragmentación y competencia y, por lo tanto, conflicto. Pero el hecho de que los Estados nación dependan de la reproducción ampliada del capital, y aún más en la medida en que el ciclo de esa reproducción es crecientemente global, empuja hacia relaciones de cooperación.

No obstante, las teorías clásicas del imperialismo registraron aspectos esenciales de un proceso de transformación histórica del capitalismo que inauguró una fase particular. En primer lugar, registraron que la expansión imperialista de fines del siglo XIX y comienzos del XX produjo un cambio cualitativo: la mundialización del capital. Por primera vez el mundo era un mundo capitalista. Desde esa perspectiva, todavía estamos dentro de la época imperialista. La mundialización del capital y la persistencia del carácter estatal nacional de la dominación política y de la formación de clases exigen una coordinación entre Estados y el establecimiento de jerarquías para la estabilización del sistema internacional. En segundo lugar, registraron el cambio de la dinámica y del resultado de la expansión capitalista en un período dominado por la gran industria, en el que se produjo un salto cualitativo en la concentración y centralización del capital. En particular, la noción



de desarrollo desigual y combinado de León Trotski sepultó las miradas evolutivas y etapistas del desarrollo capitalista y captó la combinación de atraso y desarrollo que produce la expansión capitalista a la periferia durante su fase imperialista, una dinámica que está en la base de la fractura mundial entre centro y periferia y de la producción de relaciones de dependencia.

De estas dos dimensiones se sigue una sobredeterminación política del desarrollo capitalista global, esto es, del modo en que se reproduce la separación explotación/dominación a nivel mundial. Sin ella no pueden entenderse los fenómenos de estabilización/desestabilización de la dominación del capital sobre el trabajo a escala planetaria ni, a un nivel más profundo, la configuración/reconfiguración de los espacios de producción y realización del valor.

¿Qué hipótesis podemos formular, a partir de este marco, sobre la cuestión imperialista en la actual fase de internacionalización del capital?

Frente a los planteos de una transnacionalización del capital y la dominación política, Panitch y Gindin afirmaron que, a pesar de los procesos de internacionalización del

capital, siguen existiendo burguesías nacionales. De modo que, durante la fase neoliberal, tendió a configurarse un *imperio informal* bajo la hegemonía del Estados Unidos, que articuló la dominación de su capital a nivel global. Desde esa perspectiva, dicho Estado presentaría un doble carácter, por un lado, representante del capital estadounidense y, por otro lado, articulador de la reproducción global del capital.

Podemos apropiarnos y generalizar la tesis de Panitch y Gindin del *imperio informal* diciendo que, dada la fragmentación de la dominación del capital sobre el trabajo en muchos Estados nación la única forma de existencia de un sistema imperialista es la constitución de un *imperio informal*. Ello requiere mecanismos de coordinación que al mismo tiempo que instituyan jerarquías en el plano del sistema internacional de Estados —es decir, que estructuren el sistema internacional como sistema de dominación— generen un marco para la competencia y el conflicto entre Estados y que establezcan ciertas condiciones para la reproducción ampliada del capital global. El establecimiento de los acuerdos de Bretton Woods en la

segunda posguerra es un ejemplo de ello, como lo es el Consenso de Washington en el período neoliberal. La crisis de los mecanismos de coordinación es, por lo tanto, la crisis del sistema imperialista y la apertura de períodos de predominio del conflicto y de los acuerdos trabajosos para obtener treguas temporales.

Por lo tanto, la coordinación de facto instituida por el neoliberalismo configuró el sistema internacional de Estados como *imperio informal*. En este sentido, Panitch y Gindin también aciertan al señalar el doble carácter del Estado estadounidense en el período y la contradicción que esto supuso para sus intervenciones. No obstante, si bien la ruptura de los grandes capitales con sus territorios y con sus Estados nación de origen no es completa también es cierto que el proceso de internacionalización de la producción y de centralización global del capital ha acelerado ese proceso. La fractura en los países centrales entre capitales cuyo espacio de acumulación es efectivamente internacional y aquellos cuyo ámbito predominante sigue siendo el nacional es indicativa de ello. El punto central no es el carácter nacional de los capitales individuales sino que los procesos de articulación de la dominación siguen siendo nacionales. Por lo tanto, el Estado estadounidense en su función de dominación territorial tiene como su fundamento la reproducción de una relación de fuerzas nacional. Mientras que en su función global, dado su lugar en la jerarquía del sistema imperialista, tiene como fundamento la reproducción del sistema de dominación estructurado por el imperio informal. La sutura de dicha contradicción durante la fase

neoliberal se desarrolló mediante la represión de demandas por la vía de la coerción económica. Es decir, mediante la subordinación/adecuación de la relación de fuerzas nacional al ejercicio de la función global.

Por todo ello, la crisis del neoliberalismo fue simultáneamente la crisis de los modos nacionales de estructurar la dominación política y de la coordinación de facto del sistema imperialista. Esto explica la falta de coordinación de las respuestas de los Estados nación a la crisis de 2008, la crisis climática o la pandemia de COVID-19.

La crisis del neoliberalismo se ha establecido como un terreno de disputa por la configuración de un nuevo modo de dominación política posneoliberal e intentos fallidos de restauración neoliberal, lo que supone necesariamente un trasfondo de inestabilidad en la reproducción global del capital. Sin dudas, el entrelazamiento internacional de los capitales modera la tendencia a que la descoordinación y el conflicto entre Estados se convierta en guerra. Sin embargo, del mismo modo en que los procesos de separación entre economía y política a nivel nacional pueden dar lugar a relaciones afuncionales o disfuncionales, la separación entre explotación y dominación a nivel global puede dar lugar a largos períodos de descoordinación e incluso a una disfuncionalidad del sistema internacional de Estados, lo que no excluye escenarios de guerra como el actual.

### **Unir Occidente no es suficiente**

Una de las consecuencias más relevantes de la expansión geográfica

del capitalismo tras el derrumbe soviético y el fin de los socialismos reales fue la transición china al capitalismo y su espectacular desarrollo económico. Para inicios de los dos mil China ya asomaba como una potencia económica comparable a Japón y una década después era la segunda economía del mundo.

El desarrollo chino, aun con características singulares, no puede desvincularse del proceso de desarrollo capitalista de la región Asia-Pacífico desde fines de los años cincuenta, acelerado a partir de los setenta. En un contexto de competencia entre Estados por la territorialización de capitales y la inserción en los procesos de reproducción global, la región fue el polo más atrayente de capitales, de industrialización exportadora e inserción en cadenas globales de valor.

La crisis mundial de 2008 enfrentó a Estados Unidos con un mundo que ya no dominaba —a pesar de ser la principal potencia económica y militar— y con nuevos actores desafiantes. La larga fase de crecimiento débil posterior —marcada por presiones por la reestructuración de la producción global, a las que se sumó la pandemia de COVID-19— mostró un escenario internacional de descoordinación global y de acumulación de tensiones regionales y mundiales marcada por la guerra económica entre EE. UU. y China.

Durante su mandato presidencial, Donald Trump intentó resolver la tensión entre dominación doméstica e imperial subordinando la segunda a la primera. Mientras desarrollaba una política de atracción de capitales —con especial énfasis en la repatriación de los de origen

→



estadounidense— y transformaba la polarización interna en herramienta de legitimación política, los conflictos internacionales estuvieron estrictamente marcados por los intereses económicos y políticos de orden doméstico. Esto acentuó la descoordinación global, lesionó la relación entre Estados Unidos y Europa y debilitó a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

A su turno, Joe Biden buscó recomponer las relaciones con Europa y relanzar la OTAN, tratando de devolver a EE. UU. a la posición de potencia dominante. Ese esfuerzo se completó con los intentos de aislar a China y Rusia, profundizando los lazos con Corea del Sur y Japón en Asia y presionando a Europa para limitar su integración energética con Rusia y de comercio con China. Pero pronto descubrió que, tras el ascenso de China y la región Asia-Pacífico y con el acercamiento creciente entre China y Rusia, unir Occidente no era suficiente.

## Mirar el mundo desde Rusia

La configuración plena del Estado y de la sociedad soviéticos se desarrolló desde la década de 1930 sobre la base de la colectivización forzosa del campo, la instauración de la planificación centralizada como mecanismo de coordinación económica, la burocratización estatal y la fusión entre el Estado y el partido comunista. Por lo tanto, es coetánea de la fractura del mercado mundial poscrisis de 1930 y de su reconstrucción, sobre la base de los acuerdos de Bretton Woods. La integración de la Unión Soviética a ese mercado mundial y a ese sistema internacional de

estados de posguerra es parte de su definición.

La dinámica económico-política de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) se caracterizó por la contradicción entre centralización política y presión objetiva por la descentralización de los mecanismos de coordinación económica. El crecimiento desequilibrado y la reproducción de la escasez de bienes de consumo impulsaban a las autoridades soviéticas a ensayar formas de descentralización económica. Dicha presión se hizo aún más intensa frente a las dificultades de la economía soviética para generar innovación productiva en el marco de la competencia con Occidente y de una inserción en el mercado mundial cada vez más centrada en la provisión de energía y materias primas. El desarrollo científico tecnológico tuvo su mejor desempeño en aquellas ramas y sectores mejor adaptados a la planificación central: la investigación en ciencia básica, el desarrollo tecnológico aplicado a industrias básicas y energía y el desarrollo de tecnología armamentística. Esas son aún las actividades de exportación de Rusia.

Sin embargo, cualquier proceso de descentralización de toma de decisiones, más allá de cierto punto, agrietaba los mecanismos de integración política en una formación social compleja y heterogénea como la de la Unión Soviética.

La crisis mundial de la década de 1970 y el proceso de internacionalización del capital que desató no podían dejar de impactar en la URSS, que entró en una fase de estancamiento, aunque el aumento de los precios del petróleo limitó sus efectos. A inicios de los años ochenta,

con el fin de los precios altos de los hidrocarburos y ya en el marco del giro neoliberal, de una nueva revolución tecnológica y de la reestructuración de la producción global, las tendencias centrífugas se desataron. La perestroika de Mijaíl Gorbachov aceleró un proceso que se incubaba por la expansión del mercado negro y la apropiación de facto de las empresas estatales por sectores de la burocracia y la Unión Soviética se desintegró en el corto periodo transcurrido entre el fallido golpe de Estado del 19 de agosto de 1991 y diciembre del mismo año.

El impacto inicial de la desintegración de la Unión Soviética fue el colapso de la red de conexiones e interdependencias que permitía la reproducción económica y política de todo el espacio soviético. De modo que la formación de estados nacionales, la construcción de mercados interiores y la relación con el mercado mundial y con el sistema internacional de Estados eran problemas estrechamente interrelacionados. La transformación de esas interdependencias asimétricas en el interior del espacio soviético en relaciones de comercio exterior es expresiva del grado de entrelazamiento de esos problemas.

La transición al capitalismo en Rusia durante la era de Boris Yeltsin se desarrolló de manera caótica. Los procesos de privatizaciones, desregulación económica y, ante todo, de separación entre Estado y mercado, culminaron en la crisis rusa de 1998 que señaló el fin del neoliberalismo en ese país y en gran parte de los Estados de la órbita soviética. También fue el inicio de un proceso de recentralización política y de un creciente papel del Estado en la economía a

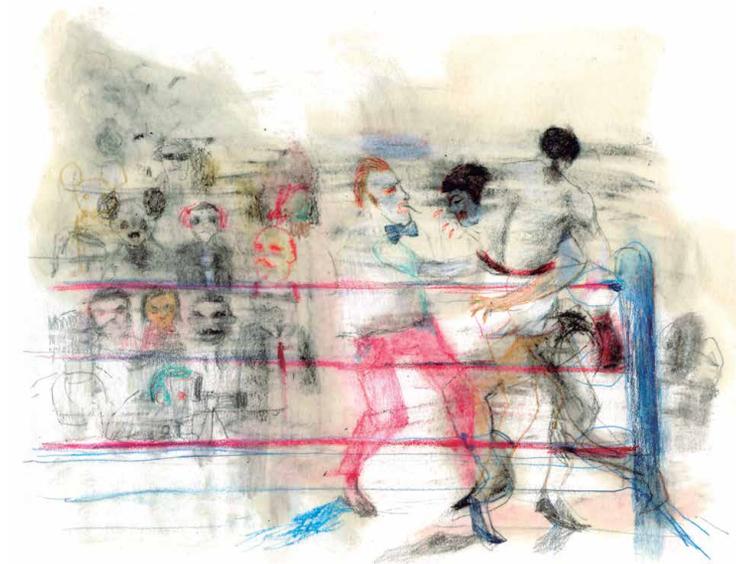
partir del control de sectores estratégicos y de la alianza con la nueva oligarquía rusa (en particular a través de las Fuerzas Armadas).

En términos políticos, Rusia avanzó hacia un régimen híbrido (semidemocrático, semidictatorial). Una modalidad de régimen que encontramos con variaciones en China —de carácter definitivamente totalitario— o en Turquía, con rasgos semidemocráticos. Estos regímenes «articulan el apoyo activo de minorías constituidas por amplias capas de la población; la fuerte presencia de las FF. AA. en el sistema político y su interrelación a través de diversos mecanismos con la producción capitalista; y la exclusión/neutralización política de la mayoría de la población adulta».

Pero en términos de política internacional se apuntó a la reconstrucción de las relaciones asimétricas con el espacio de la ex Unión Soviética. Se trataba del inicio de la era de Vladimir Putin, con su ascenso a primer ministro en 1999.

No es casualidad que en 1998, en el marco de la crisis rusa se iniciara la política expansiva de la OTAN hacia el oriente Europeo, tampoco que en 1999 la OTAN interviniera en Yugoslavia. Además, la coordinación imperialista comenzó a erosionarse antes de 2008. A las crisis del neoliberalismo en la periferia les siguió una primera advertencia en el centro: la crisis de las puntocom en Estados Unidos. Y, fundamentalmente, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 el creciente unilateralismo norteamericano empezó a tener sus primeros efectos sobre el orden mundial pos Guerra Fría.

A pesar de ello, Putin, inicialmente, mantuvo sus expectativas



de cooperación con Estados Unidos, sobre todo en el marco de la masacre perpetrada en Chechenia que determinó su entusiasta adhesión a la lucha antiterrorista post 2001.

Pero los intentos cada vez más claros de Rusia de transformar las antiguas relaciones asimétricas dentro del Estado soviético en relaciones de dominio sobre los nuevos Estados del Asia Central y el Cáucaso generaron tensiones crecientes con Estados Unidos y Europa, que desarrollaban también una política expansiva hacia el este. Las llamadas revoluciones de colores de Georgia, Ucrania y Kirguistán entre 2003 y 2005 fueron el escenario de la disputa regional de Rusia con Estados Unidos y Europa. También el teatro de las primeras incursiones militares rusas y de presiones diplomáticas y económicas cada vez menos disimuladas ante los intentos de algunos países de salir de la órbita rusa. De hecho, la revolución naranja de 2004-2005 en Ucrania fue el inicio de un largo período de conflicto interno que derivó en la revolución de 2013 y en la invasión rusa a Crimea de 2014.

Pero después de la crisis de 2008, las tensiones se inscribieron

en un nuevo escenario global de guerra económica China-EE. UU. y de abierta crisis imperialista. A su vez, la crisis imperialista se tradujo en vaivenes de la política estadounidense y en oscilaciones de Europa, que alternó entre una mayor autonomía respecto de EE. UU. y una mayor integración comercial y energética con China y Rusia durante el gobierno de Trump, para pasar a un reforzamiento de la OTAN y a un enfrentamiento con Rusia (¿y China?) a partir de la asunción de Biden.

La política de Biden de «unir Occidente» lleva a la polarización global y al acrecentamiento de las tensiones regionales, especialmente en el Cáucaso y en la región Asia-Pacífico. La invasión rusa de Ucrania es un eslabón en una cadena de acontecimientos que, por primera vez en décadas, torna realista un escenario de nueva guerra mundial. Pero deducir de ello que Rusia respondió a una agresión de la OTAN es reconocerle a Rusia el derecho de oprimir a los Estados de la ex Unión Soviética, una posición reñida con las mejores tradiciones de la izquierda de defensa de la autodeterminación de los pueblos y de rechazo a las guerras interimperialistas. ✕

# La (nueva) gran transformación

Los paralelos entre los años treinta del siglo veinte y el momento presente están a la orden del día. Recuperemos, entonces, a uno de los teóricos de la economía que mejor interpretó aquellos momentos para echar luz sobre la situación actual.

Pocos teóricos de la economía son tan relevantes para entender la coyuntura actual como Karl Polanyi. Las ideas de este economista austrohúngaro, que vivió y trató de explicar la crisis del capitalismo en la primera mitad del siglo veinte y el desencadenamiento de movimientos fascistas que produjo, tienen una resonancia familiar en el presente, marcado por una economía estancada que está sometida a perturbaciones de los tipos más diversos, por la perspectiva de una catástrofe climática y por el miedo al autoritarismo de derecha.

La coyuntura contemporánea puede ser leída como un escenario similar al que Polanyi definió como «contramovimiento»: una etapa en la que una fase de crecimiento capitalista es seguida por una caída que precipita respuestas colectivas contra la rapacidad de la lógica de la ganancia y revela en el proceso el instinto de autoprotección de la sociedad. Teniendo en cuenta la pertinencia de estas ideas, algunos economistas definieron la situación actual como un nuevo «momento Polanyi».

Personaje intelectual destacable que combinaba conocimientos de

economía, historia, sociedad, política y antropología, Polanyi impulsó firmemente el pensamiento socialista mediante la reconstrucción de las premisas sociales del capitalismo moderno y del modo en que la sociedad había reaccionado a su desarrollo. En términos teóricos, su aporte clave fue destacar la ficción detrás de la noción liberal del mercado como estructura social autónoma, independiente y separada de las instituciones y las ataduras sociales. De hecho, como en las ciudades medievales, el mercado siempre estuvo incrustado en relaciones sociales y regulado por instituciones. Esto no implica concebir el funcionamiento de la sociedad como un apéndice del mercado: «en vez de la economía incrustada en las relaciones sociales, son las relaciones sociales las que están incrustadas en el sistema económico».

Esta transformación de la sociedad en una sociedad de mercado fundada en la ficción de un «mercado autorregulado» fue clave en la concepción del mundo liberal,



caracterizada por su intento de separar los procesos económicos del resto, vaciándolos así de toda consideración social, cultural o política. Sin embargo, esta noción terminó derrumbándose en momentos de crisis, cuando quedó claro que el mercado no era una institución separada de la sociedad sino una parte de la sociedad cuya supervivencia dependía de una variedad de instituciones sociales que abarcaban mucho más que las actividades económicas.

En los años en que Polanyi empezó a trabajar en su gran obra, *La gran transformación*, estaba observando uno de esos momentos de explosión capitalista que hacen que la lógica de la ganancia se vuelva todavía más brutal y abierta, precisamente cuando merman las oportunidades de obtener beneficios. La prosperidad de la Belle Époque, que permitió la construcción de los imponentes rascacielos de la isla de Manhattan y el estilo de vida extravagante de los ricos de los grandes centros metropolitanos de Europa y de Estados Unidos —bien retratado en muchas novelas de la época—, pronto reveló estar fundada en una enorme burbuja financiera que empezó a mostrar signos de agotamiento el martes negro del 24 de octubre de 1929.

La sociedad entró en pánico mientras los bancos quebraban, las empresas cerraban sus puertas y millones de desempleados quedaban a la deriva buscando formas de ganarse la vida. El crack sacó a luz las dudosas premisas en las que descansaba el liberalismo de los comienzos del siglo veinte, con su fe en el espíritu emprendedor, el enorme poder que ejercían los barones de la industria y los financieros y el limitado poder del Estado, al

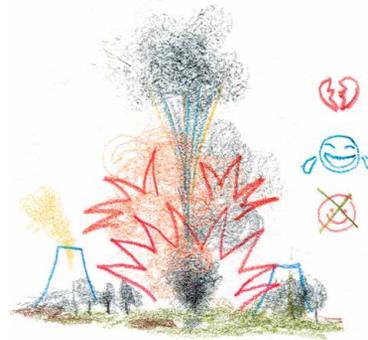
que el liberalismo asignaba el papel de «vigilante nocturno». Con todo, aun en medio del caos, la especulación y la explotación continuaron, tornándose aún más odiosas debido a lo evidente de la bancarrota moral del capitalismo después de la crisis.

Polanyi argumentó célebremente que, enfrentada con estas condiciones, la sociedad exhibía un instinto de autoprotección fundado en un principio que «apunta a la conservación del hombre y de la naturaleza, además de la organización productiva, y que descansa en el respaldo variable de los elementos más inmediatamente afectados por la acción perjudicial del mercado». Entre estos estaban «la legislación fabril, la seguridad social, el socialismo municipal, las actividades y prácticas sindicales», utilizados con el objetivo de reinsertar el control social y la solidaridad en la economía, y «socialmente necesarios para prevenir la destrucción de la sustancia humana por medio de la acción ciega del automatismo del mercado». Detrás de estos intentos humanos desesperados era posible encontrar la manifestación de formas de solidaridad que la lógica de la ganancia capitalista siempre tendió a negar, dado que no se adecuaban a su perspectiva, pero

que actuaban de repente —a veces violentamente— cuando la codicia capitalista atacaba los mecanismos fundamentales de reproducción y supervivencia de la sociedad.

La intención de Polanyi era rescatar el término protección de su asociación restringida con el proteccionismo comercial y la economía política nacionalista de Friedrich List. Para Polanyi, la autoprotección de la sociedad era una tendencia que podía llevar a resultados políticos muy distintos. Una respuesta fue el New Deal de Franklin Delano Roosevelt, que se sirvió de una intensa intervención estatal con el fin de evitar que la economía colapsara y aplicó enormes planes de desarrollo económico. Desde la Autoridad del Valle del Tennessee hasta la Public Works Administration, las inversiones estatales generaron empleos que beneficiaron a millones de personas que las avaras empresas capitalistas habían abandonado. Y la intervención estatal también creó condiciones fértiles para el desarrollo de los sindicatos, capaces de negociar buenos salarios para sus miembros.

Una respuesta muy distinta fue la de los movimientos fascistas en Italia, Alemania y Japón. El fascismo respondió a la crisis creando lo que





Polanyi definió como una «sociedad crustácea» que perseguía una «soberanía más celosa y absoluta que cualquier otra conocida hasta entonces». Aplicó políticas autárquicas a menudo relacionadas con la defensa imperialista de mercados cautivos y una carrera armamentística que preparó el terreno para la explosión de la Segunda Guerra Mundial. En este contexto, la única protección que los movimientos fascistas tenían para ofrecer era la proyección étnica y nacionalista del país como un todo, mientras que los salarios y el bienestar de los trabajadores eran sacrificados en nombre del interés más elevado de la nación.

En años recientes, muchos comentaristas (Yanis Varoufakis, por ejemplo) establecieron paralelos entre los años 1930 y el presente y, de manera más o menos explícita, entre los análisis de Polanyi y la situación económica contemporánea. Por supuesto, también es necesario destacar las diferencias

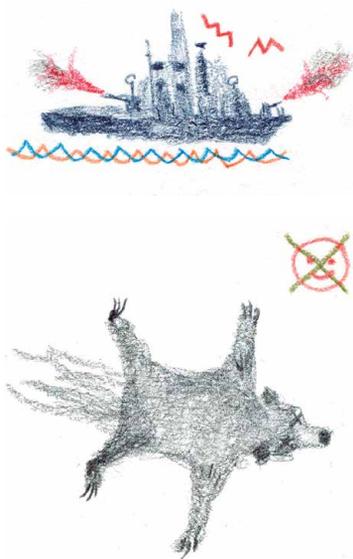
que existen entre ambos momentos, y evitar la tentación de leer en términos demasiado simplistas el peligro actual como el de un retorno del fascismo bajo la misma forma que adoptó hace casi un siglo. Una diferencia fundamental entre el presente y aquel momento es que el fascismo fue posible por la Primera Guerra Mundial, la masacre de millones de personas y la creación de ejércitos de soldados mutilados y desempleados que los movimientos fascistas reclutaban con facilidad. Afortunadamente, por ahora no existe ese nivel de desesperación fundado en la experiencia directa de la guerra. Además, las instituciones capitalistas, a pesar de su continuo fanatismo por el mercado, aprendieron algo sobre la necesidad de evitar la implosión de la economía en medio de una crisis, aunque eso implica suspender su creencia en el hecho de que «el mercado es más sabio». Con todo, existen muchos puntos de contacto entre el contexto histórico que analizó Polanyi y las condiciones actuales.

Como en la época de Polanyi, estamos en un mundo de financiarización extrema donde el ánimo de lucro invade cada vez más áreas, incluso aquellas que según nuestro autor nunca deberían haberse transformado en mercancías, como la tierra, el trabajo y el dinero. Pensemos en las tendencias radicales hacia la gentrificación y la inflación de activos en la denominada economía de activos, que convirtieron al capitalismo en un sistema rentista, donde importa más lo que heredamos que lo que ganamos. Pensemos en el modo en que el capitalismo trata el trabajo como si fuera una mercancía cualquiera que se puede comprar por fracciones

mediante contratos de cero horas o fingiendo que los trabajadores de Uber o de las plataformas de *delivery* son autónomos. O pensemos en la enorme especulación que se está produciendo en los mercados financieros, y en particular en torno a las criptomonedas, una forma de «dinero» cuya única función es actuar como instrumento de especulación.

Cuando consideramos todos estos frentes de manera simultánea, la imagen que obtenemos es la de un capitalismo pervertido, que ni siquiera hace lo que se supone que hacen los capitalistas: hacer inversiones productivas para cosechar beneficios. Pero las inversiones están tan estancadas como la productividad, y esta condición conduce al capitalismo a una lógica caníbal. El capitalismo contemporáneo es caníbal en dos sentidos. En primer lugar, porque hace que unas empresas devoren a otras, en una economía dominada por fuertes tendencias oligopólicas. Pero, en segundo lugar, porque el capitalismo contemporáneo a menudo apunta a devorar las estructuras de soporte social que lo hacen posible, como un animal que come poco a poco el árbol que garantiza su supervivencia.

Otro elemento de enorme similitud radica en el colapso de la globalización. Lo que Polanyi observó fue la desaparición de la globalización de fines del siglo diecinueve y principios del siglo veinte, cuya existencia fue puesta en cuestión por el desarrollo de la competencia imperialista entre potencias mundiales que intentaban defender con celo sus propios mercados aumentando tarifas y aplicando otras medidas proteccionistas. En la actualidad estamos viendo una dinámica similar



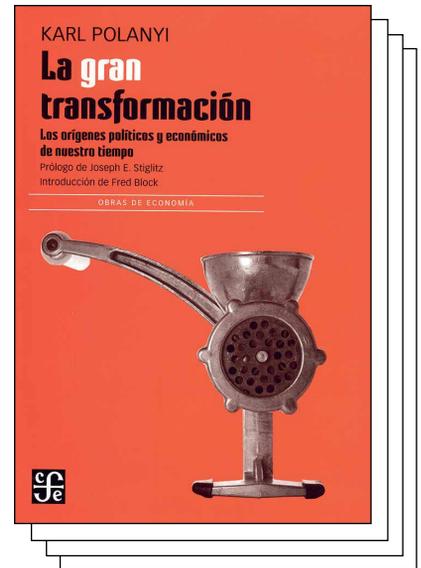
en medio de un proceso definido a veces como «desglobalización»: muchos indicadores de interconectividad mundial están estancándose o decreciendo, y la competencia entre potencias está ejerciendo mucha presión sobre las cadenas de suministro. El mundo, que hasta hace poco era concebido como un mercado único, empieza a parecerse cada vez más a un espacio fragmentado a lo largo de las fronteras entre distintos bloques de poder, mientras muchos países muestran una preocupación creciente por el suministro de productos básicos que tienen un valor estratégico más general, especialmente la energía, la comida y la tecnología.

El último elemento que remite a la semejanza de nuestra época con el escenario analizado por Polanyi es que, una vez más, estamos observando en Occidente el ascenso y la popularidad creciente de movimientos de extrema derecha que tienen rasgos similares a los de los movimientos fascistas que describió Polanyi, y que en muchos casos comparten sus referentes ideológicos. El Rassemblement National en Francia, los Fratelli d'Italia de Giorgia Meloni y el ala trumpista del Partido Republicano tienen preocupantes reminiscencias con los movimientos fascistas del pasado. Como sucedió en los años 1930, su crecimiento está fundado precisamente en la capacidad de demanda de protección de las personas en medio de un capitalismo en colapso, que hace que los ciudadanos teman por su propia supervivencia y por la de la sociedad. De ahí el tono milenarista y apocalíptico que ostentan muchas de estas formaciones, y el modo en que tematizan el miedo a

la desaparición como consecuencia de la baja fertilidad, la inmigración y las amenazas geopolíticas de China y de otros países.

En un mundo de inestabilidad vertiginosa y de extremos políticos y sociales, de populistas de derecha y de empresarios narcisistas, de políticos corruptos y de instituciones esclerosadas, todo indica que enfrentamos dilemas muy parecidos a los que consideró Polanyi. Estas semejanzas también destacan la relevancia de la estrategia política implícita del autor, la necesidad de una política de protección que surja de la izquierda como un medio de brindarles a los ciudadanos y a los trabajadores un sentimiento de seguridad, y de neutralizar a la vez el atractivo de la política de protección de la derecha. Mientras que durante la época socialdemócrata el discurso de los partidos de centroizquierda estaba repleto de referencias a la protección y a la seguridad, el giro individualista de nuestra sociedad, y la política que puso en juego, hacen que estos términos —y las preocupaciones asociadas a ellos— parezcan ajenos y poco atractivos para muchos activistas. Sin embargo, las condiciones actuales ponen de manifiesto que estas cuestiones vuelven a ser muy relevantes y que, en gran medida, la batalla contemporánea por el consenso gira en torno a las distintas perspectivas de la protección, a las diferentes maneras de entender cómo, por qué y de qué quiere protegerse la sociedad.

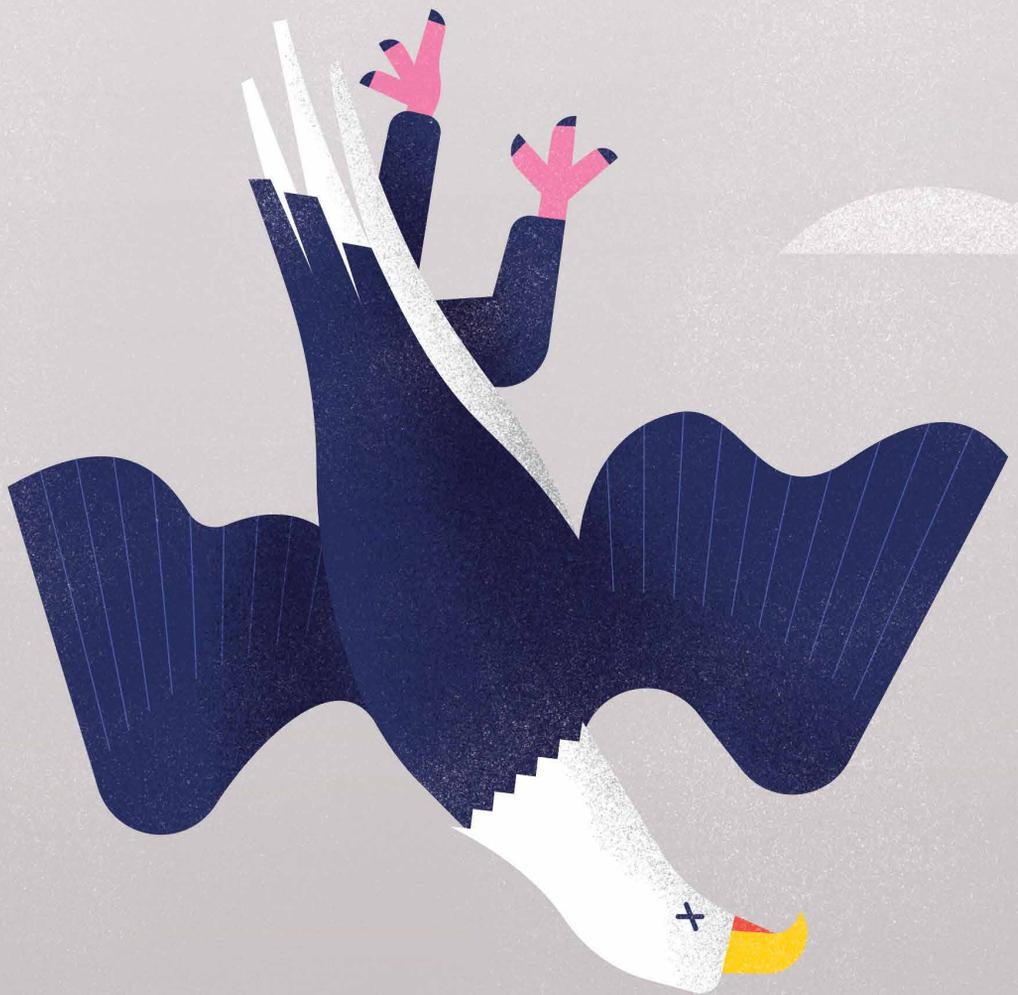
Esta política de la protección no debería ser concebida simplemente como una política del miedo o como una política puramente negativa orientada a escudarse contra las amenazas. Como sugiere el



análisis de Polanyi, es también una oportunidad democrática de tomar el control sobre el curso de la realidad y pensar cómo reconstruir la sociedad y responder a necesidades que son universales y que implican no solo el bienestar económico sino también la dignidad humana, un ambiente seguro y un sentido de la solidaridad, de la comunidad y de la identidad. En última instancia, una de las tendencias más brutales del capitalismo es la precariedad existencial, que hace que las personas se sientan permanentemente inseguras y frágiles y que facilita su explotación. Luchar por un sentido de la seguridad también significa luchar por las condiciones mínimas en las que los individuos y las sociedades sean capaces de elegir conscientemente la dirección de su futuro en lugar de ser meras presas del curso arbitrario dictado por la presión de los acontecimientos y las exigencias del mercado. ×

# SÍ Y OBITU

sam gindin



# NTOMAS MÓRBIDOS ARIOS PREMATUROS



Aunque hoy Estados Unidos aparezca como hundido en la decadencia social y democrática, sería apresurado firmar su certificado de defunción imperial. La izquierda no debe intentar aliviar su trabajo depositando confianza en la competencia interimperial o en el «declinismo».

ILUSTRA  
LEANDRO MANGADO

TRADUCE  
VALENTÍN HUARTE

**L**a globalización, que ahora se nos presenta como una fatalidad, se veía bastante distinta en la primera mitad del siglo veinte. Entonces, ante el espanto de dos guerras mundiales y la interrupción del libre mercado durante la Gran Depresión, el capitalismo mundial parecía algo *imposible*. Quedó en manos de Estados Unidos, respaldado por el dinamismo de su industria y de sus finanzas, la tarea de crear y difundir un orden capitalista mundial factible. Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, casi un tercio del planeta estaba fuera del capitalismo o —como era el caso de muchos movimientos de liberación— intentando abandonarlo. Pero a fines del siglo veinte, la lista de países fuera del capitalismo incluía solo a Cuba y a Corea del Norte.

Contra lo que indicaría este éxito capitalista, el país responsable de haberlo organizado está hundido en un lodazal mórbido de decadencia social y democrática. Estados Unidos es hoy una ciénaga de gobierno disfuncional y frustraciones populares polarizadas y putrefactas, que lleva a muchos intelectuales de izquierda a afirmar que el imperio está en las últimas.

La primera sección de este artículo enfatiza esta cuestión disputada, profundizando en la naturaleza del orden mundial de la posguerra y en la relación entre las contradicciones sociales nacionales y la persistencia del imperio estadounidense. Las otras dos secciones analizan, respectivamente, los fundamentos económicos actuales del liderazgo estadounidense y el supuesto desafío de China contra su dominio. La conclusión está centrada en las consecuencias políticas de los argumentos presentados.

01.

El capitalismo globalizado no derivó mecánicamente de la «lógica» del capitalismo sino que fue un resultado contingente que hubo que *crear*. Los Estados Unidos estuvieron en el centro de esta creación y ahora su presunta decadencia está en el corazón de su disolución.

Marx y Engels son hasta cierto punto responsables de haber concebido la globalización como un proceso contenido en los genes del capitalismo. Sabemos que cuando el capitalismo estaba todavía en su infancia, Marx

y Engels destacaron el impulso estructural del capital a expandirse: «Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones». Sin desmerecer la clarividencia de esta tesis, dejé de lado un factor muy crucial: el rol de los Estados y de las fuerzas sociales que los influncian. Incorporar los Estados al análisis vuelve problemáticas las expectativas respecto del funcionamiento fluido del capitalismo mundial, dado que abre la puerta a la politización de la competencia por los mercados y por las ganancias, en la que cada Estado actúa de manera parcial en función de sus propios capitalistas y del particularismo nacionalista de su fuerza de trabajo. A esto hay que sumar el hecho de un desarrollo económico desigual —algunos Estados son más fuertes, otros son más débiles— y la perspectiva de conflictos y de rivalidades constantes.

Cuando la Segunda Guerra Mundial estaba llegando a su fin y la mera posibilidad de un capitalismo mundial estable parecía una quimera, los Estados Unidos, después de haber tomado nota de la catastrófica historia reciente del capitalismo y de la posición singular en la que habían salido de la guerra, sentaron las bases de un nuevo tipo de imperialismo. Había que eliminar los imperios territoriales y reemplazarlos con un imperio *universal* de Estados formalmente soberanos abiertos al capital de todos los países y cada vez más interdependientes. La ley, orientada esencialmente a la conservación y a la expansión de los derechos de propiedad privada y del dominio de los mercados liberalizados, debía gobernar la distribución del trabajo, de los recursos y del capital.

Cada Estado era responsable de crear condiciones favorables a la acumulación mundial en sus propios territorios, incluso la del tratamiento igualitario del capital extranjero y del nacional. Estados Unidos —con sus extraordinarias capacidades económicas, financieras, administrativas y militares— asumió el rol de Estado representante mundial para la creación y supervisión de esta totalidad. Las intervenciones militares no desaparecieron pero se volvieron distintas a las del pasado, en el sentido de que su función ya no era principalmente la de saquear y explotar por la fuerza. En cambio, de forma mucho más parecida al funcionamiento «voluntario» del capitalismo a nivel nacional, el rol de los militares era preservar y expandir las *condiciones* para que un mundo mercantilizado y fundado en normas hiciera sus negocios en paz.

En este mundo de Estados soberanos, un Estado —el de Estados Unidos— era más soberano que los

otros. Esa autonomía especial era un requisito esencial a la hora de actuar en función de los intereses del todo. Otros Estados terminaron reconociendo, aunque no sin tensiones periódicas, la importancia funcional de aceptar la reproducción del papel dirigente de Estados Unidos como «Estado indispensable». Las finanzas, aunque extendían sus alas por todo el mundo, permanecían arraigadas en los Estados Unidos. Esto les garantizaba los privilegios que surgían del hecho de estar ancladas en el dólar estadounidense, del marco regulatorio de la Reserva Federal y del Tesoro, de la asistencia fundamental de la FED durante las crisis financieras —es decir, el papel que cumple efectivamente una y otra vez como banco central del mundo— y del rol servicial del Estado a la hora de allanar caminos de ingreso en el extranjero y de protegerlas de amenazas populistas.

Aunque este orden mundial incluía instituciones internacionales que facilitaban la expansión y la profundización del capitalismo mundial y gestionaban disputas entre Estados, el fundamento de su autoridad provenía de los Estados individuales y sobre todo del de los Estados Unidos. En ese sentido, la legitimación del orden mundial no surgía de instituciones externas sino de la responsabilidad de cada Estado, lo que transmitía el mensaje de que participar en el capitalismo mundial y aceptar su disciplina garantizaba la prosperidad nacional.

El hecho de que generalmente las promesas de prosperidad común se desdibujaran para las clases obreras era inseparable de las presiones competitivas que actuaban sobre los Estados con el fin de priorizar la acumulación de capital por sobre las necesidades sociales. En los Estados Unidos, este hecho generó tensiones adicionales porque mientras los privilegios del imperio beneficiaban al capital estadounidense, las cargas fiscales y comerciales implicadas en la supervisión del capitalismo recaían principalmente sobre la clase obrera (por ejemplo, el desvío de gasto estatal de programas sociales hacia programas militares y la localización de los empleos en otras partes del mundo). De aquí la pregunta, bien aprovechada por Trump, de por qué, si Estados Unidos era la potencia dominante a nivel mundial, sus trabajadores no estaban recibiendo una proporción más grande de los beneficios.

En cuanto al profundo malestar de la *sociedad* estadounidense fue tomado como evidencia de un malestar *imperial*, una buena parte de la izquierda alentó el «declinismo». Después de todo, si el poder de Estados Unidos es una fuerza represiva, su debilitamiento tiene que ser

algo bueno. Esta tesis tiene dos problemas. El primero es que, en ausencia de una izquierda eficaz, es tan probable que el énfasis en el declinismo conduzca tanto a una respuesta conservadora como a una progresista. El declinismo puede, por ejemplo, conducir a la exigencia de fortalecer las empresas estadounidenses para hacerlas más competitivas, con el corolario de que los trabajadores deben aceptar restricciones. Y para muchos trabajadores que están arreglándose como pueden para sobrevivir y que no tienen ninguna alternativa o fuerza de oposición claras, volver a lo que en retrospectiva tal vez no se ve como tan malo podría, aunque con cierto desgano, terminar siendo algo aceptable. O, como sucedió con el trumpismo, las frustraciones podrían ser captadas por la extrema derecha aun si sus máximas nacionalistas son simplistas en cuanto a la resolución de sus problemas (a pesar de todas las promesas de Trump de recuperar empleos mediante el aumento de los aranceles a China, el resultado final de sus acciones performativas fue que China abrió más sus mercados a empresas financieras y de alta tecnología estadounidenses mientras que los empleos industriales siguieron languideciendo).

El segundo problema es que —de nuevo, en ausencia de una izquierda fuerte— el imperio estadounidense no depende de la satisfacción de necesidades sociales sino de su capacidad material para llevar más lejos la expansión rentable del capital. A menos que lo social desafíe a lo económico, el capitalismo —aun si es un capitalismo horrible— se mantendrá con vida. Es esta capacidad material, dimensión principal del declinismo, la que analizaremos a continuación.

## 02.

Evaluar la base material de Estados Unidos es en última instancia una cuestión empírica. Sin embargo, hacerlo en términos económicos estrechos no nos llevará muy lejos. Los «hechos» económicos casi nunca son independientes. De manera similar, señalar los incidentes repetidos de las crisis como si fueran presagios de un colapso material más profundo conlleva sus propias ambigüedades. El tema no es que existan alteraciones —el desarrollo del capitalismo mundial es un proceso histórico complejo y desigual con baches inevitables— sino si, una vez que aparece un «mar de problemas», el Estado estadounidense tiene la capacidad de



→ responder de formas que los contengan y los resuelvan, como hizo otras veces en la historia reciente.

Estados Unidos tuvo déficits comerciales todos los años desde 1976. Esto coincidió con la pérdida de áreas significativas de la base industrial del país. ¿Es evidente que esto insinúa la existencia de debilidades imperiales acumuladas? No necesariamente. Un dato particular —como los déficits comerciales recurrentes— puede tener distintas consecuencias en Estados que ocupan distintas posiciones en el todo.

En el caso de todos los Estados que no son Estados Unidos, los déficits comerciales repetidos generan una presión hacia la implementación de respuestas difíciles. Sin embargo, en el caso de un Estado extraordinario como el de Estados Unidos, la presión es moderada. Estados Unidos puede cómodamente y durante largos períodos importar más de lo que exporta y subvencionar la brecha con los fondos que los inversores de ultramar colocan con impaciencia en los mercados financieros del país. Por eso, en vez de indicadores de un fracaso económico, los déficits comerciales son de hecho indicadores de la *fortaleza* de Estados Unidos. Los déficits comerciales continuos de los Estados Unidos destacan el acceso privilegiado del país a la fuerza de trabajo y a las finanzas mundiales.

Pero aun así los déficits conllevan la destrucción de la industria estadounidense. El proceso aparece en cierto sentido mitigado si medimos las tendencias según el cálculo capitalista de valores en dólares en vez de empleos. La producción industrial de Estados Unidos creció 64% durante los últimos 25 años, incluso teniendo en cuenta la inflación (el crecimiento es más lento en los años recientes, pero no obstante persiste). Y los beneficios nominales de las empresas no financieras, que colapsaron durante la crisis de 2008-2009, se recuperaron y en 2021 sumaron un total de un billón seiscientos mil millones de dólares (\$1 600 000 000 000), es decir, estuvieron un 86% encima de su pico precrisis de 2006).

Mucho más significativo, no obstante, es que aun cuando muchas plantas estadounidenses cerraron, hubo expansiones y brotaron muchas industrias nuevas en otros sectores y regiones. Esta reestructuración cualitativa de los negocios enfatizó bienes y servicios que estaban en la cima estratégica de la pirámide económica mundial: productos y plataformas de alta tecnología (Apple, Google, Pharma); redes de distribución masiva (Amazon, Walmart) y servicios comerciales que ayudaron al capital en todo el mundo (servicios de ingeniería,

jurídicos, contables, de publicidad, de consulta y por supuesto financieros). Para quienes perdieron sus trabajos, todo esto representó una compensación mínima o inexistente; para la reproducción del poder económico de Estados Unidos, fue crucial.

El factor decisivo en la evaluación del debilitamiento de Estados Unidos fue la flexibilidad y la creatividad del Estado a la hora de responder a las crisis recurrentes. Consideremos la evidencia. A comienzos de los años 1970, las grandes inversiones estadounidenses en ultramar, los enormes gastos militares en el extranjero y los crecientes déficits de importación llevaron al exterior muchos más dólares de los que entraron. Esto creó un exceso de dólares en el extranjero que condujo al colapso de los acuerdos de Bretton Woods, establecidos en la posguerra. Sin embargo, el resultado de esta crisis fue un incremento de la dependencia internacional del dólar que otorgó todavía más maniobrabilidad a Estados Unidos en sus actividades internacionales.

A mediados de los años 1970, el país atravesó una estanflación: inflación y desempleo. Después de un período de una década de malestar social y soluciones fallidas, el Estado renovó su modo de acumulación: liberalizó las finanzas, aceleró la globalización y en gran medida aplastó al movimiento obrero. La reestructuración que siguió fortaleció el dólar, restauró las ganancias y Estados Unidos recuperó su trono mundial.

La Crisis Financiera Global de 2008 fue la crisis más amenazante y profunda desde la Gran Depresión. Originada en Estados Unidos, parecía desacreditar el «financiamiento cowboy» estadounidense, señalar el fin del neoliberalismo y hasta amenazar la supervivencia del capitalismo. Fue la intervención sin precedente del Estado, que esencialmente asignó a la Reserva Federal el rol de banco central del mundo, la que salvó el sistema financiero estadounidense y mundial. Estados Unidos volvió a sus negocios con normalidad y los ahorros extranjeros aceleraron su desplazamiento hacia la seguridad, respaldada por el Estado, de los mercados financieros estadounidenses.

El peso creciente de las finanzas en la economía estadounidense fue interpretado muchas veces como un indicador convincente de debilitamiento industrial. Pero las finanzas estadounidenses, más que un desvío, fueron un elemento fundamental del progreso económico (comprender esto explica la conformidad, cuando no el

→



→  
 respaldo activo, de la industria a la «financiarización»). Las finanzas facilitan la globalización acelerada brindando un seguro de riesgo sobre los tipos de cambio fluctuantes. Su fluidez acelera la distribución del capital en los sectores más prometedores y en negocios nuevos y refuerza medidas más «racionales» para las decisiones de inversión corporativa internas. Y a pesar de toda la inestabilidad que conllevan las finanzas, también brindan un respaldo macro de la economía a través de la deuda, al tiempo que integran y disciplinan más rigurosamente a las clases obreras a las prioridades de la acumulación de capital.

03.

China — con su población de 1300 millones de personas, un crecimiento del PIB, de la industria y de las exportaciones que está entre

los más altos del mundo, una capacidad de desarrollo tecnológico impresionante y una potencia militar en alza — aparece como la única alternativa posible a la dominación estadounidense.

Hace por lo menos una década que China viene anunciando que reducirá su dependencia del dólar. Pero en los años que siguieron a la crisis financiera de 2008-2009 duplicó sus compras al Tesoro de Estados Unidos y disputa con Japón el puesto de mayor comprador (el Reino Unido está tercero, cerca de un 40% menos que China). Como en el caso de Japón, la tenencia china de dólares estadounidenses sirve en parte para mantener su moneda a un precio más bajo y, en consecuencia, hacer sus exportaciones más competitivas, y en parte como precaución para limitar las reacciones proteccionistas de Estados Unidos.

China tampoco pudo revertir la composición de las reservas de divisas en posesión de los bancos centrales. Cerca del 60% de los fondos están en dólares estadounidenses, el euro está en segundo lugar, con poco más del 20%, y la libra y el yen más abajo, con aproximadamente un 6% cada uno. El yuan está a la zaga con un 3% (apenas por encima del dólar canadiense). Nótese que la importancia creciente del euro, lejos del yuan, prácticamente no amenazó al dólar estadounidense y hasta ayudó a estabilizar su rol actuando como una divisa complementaria. (John Grahl argumentó persuasivamente que el euro está anclado al dólar y a la FED y que depende de ellos).

En cuanto al uso del dólar en transacciones internacionales (reservas oficiales de divisas, transacciones



**EL CAPITALISMO  
 GLOBALIZADO  
 NO DERIVÓ  
 MECÁNICAMENTE  
 DE LA «LÓGICA»  
 DEL CAPITALISMO  
 SINO QUE FUE  
 UN RESULTADO  
 CONTINGENTE QUE  
 HUBO QUE CREAR.**

de divisas, instrumentos de deuda en divisas, depósitos internacionales y créditos internacionales), un índice elaborado por la Reserva Federal muestra la dominación inequívoca del dólar estadounidense y la estabilidad de esa dominación. Aunque el yuan creció considerablemente en términos porcentuales, sigue siendo marginal, mucho más abajo, no solo del euro, sino incluso de la libra y del yen.

Nada de esto niega la importancia de la influencia que tiene China en la trayectoria del capital y de la geopolítica mundiales. El punto es más bien que China no tiene capacidad de desafiar seriamente el rol del dólar estadounidense y por lo tanto el liderazgo imperial de Estados Unidos. No es solo una cuestión de tiempo: es estructural. Para garantizar el florecimiento de una moneda mundial dominante, los mercados financieros de un país no solo deben ser profundos, líquidos y sofisticados, sino también estar suficientemente liberalizados como para superar el miedo a las intervenciones arbitrarias del Estado y las amenazas a los derechos de propiedad privada. Esto es algo que el Partido Comunista de China

nunca considerará: el control centralizado de las finanzas es uno de los fundamentos de su control sobre la economía y de su consecuente legitimación.

Más importante todavía es que aquellos que conducen sus análisis siguiendo el mantra de la competencia interimperial tienden a asumir erróneamente que el interés estratégico y las ambiciones de China están puestas en reemplazar a Estados Unidos. Sin embargo, los desafíos y el interés principales de China son la acumulación originaria y la modernización económica, fundamentales en su transición de sociedad campesina y en la legitimación de su régimen. Los medios que eligió pasan por la integración, a un nivel sin precedente histórico, a un capitalismo mundial supervisado por Estados Unidos. En ese marco, busca reconocimiento y respeto como uno de los principales jugadores a nivel mundial con la exigencia legítima de mejorar su estatus *dentro* de la jerarquía de los Estados capitalistas. Derribar a Estados Unidos y asumir las enormes cargas del imperio no es su objetivo estratégico. Con esta perspectiva, China no desafió la autoridad imperial de Estados Unidos, sino que lo convocó a actuar como una potencia imperial «responsable», y no —es una referencia indirecta a Trump— como una que desobedece arbitrariamente las reglas cuando lo cree conveniente.

De nuevo, aquí no solo cuentan las contradicciones del imperio estadounidense sino también las de China. Los logros recientes de China no pueden proyectarse desaprensivamente hacia el futuro. Su crecimiento encontrará el límite del medioambiente; en los debates sobre si orientar el desarrollo hacia fuera o hacia dentro surgieron divisiones intraclase y regionales y la expansión de China hacia el extranjero no siempre es recibida con gratitud.

Sin embargo, todavía más importantes son las tendencias en la formación de clase opacadas por la ideología oficial, que pone el foco en la base productiva como condición esencial en la preparación para el socialismo. El modelo de desarrollo de China creó una clase capitalista poderosa con vínculos internacionales y con cierta autonomía del PCCh y del Estado (las amenazas constantes de contener a los oligarcas, redistribuir su riqueza y terminar con su corrupción siguen siendo esencialmente performances). Al mismo tiempo, la dependencia extrema de China de la competencia mundial reforzó estándares nacionales y presiones que socavan las condiciones de trabajo y las prioridades sociales. Aunque el nivel de vida mejoró en cuanto a consumo individual,

las frustraciones en temas de vivienda, salud y otros servicios sociales, junto con la reforma democrática, siguen siendo puntos de irritación social. Más significativa y contrastante con el desarrollo de una clase capitalista es la supresión de todas las medidas que apuntan a nutrir a una clase obrera independiente y coherente.

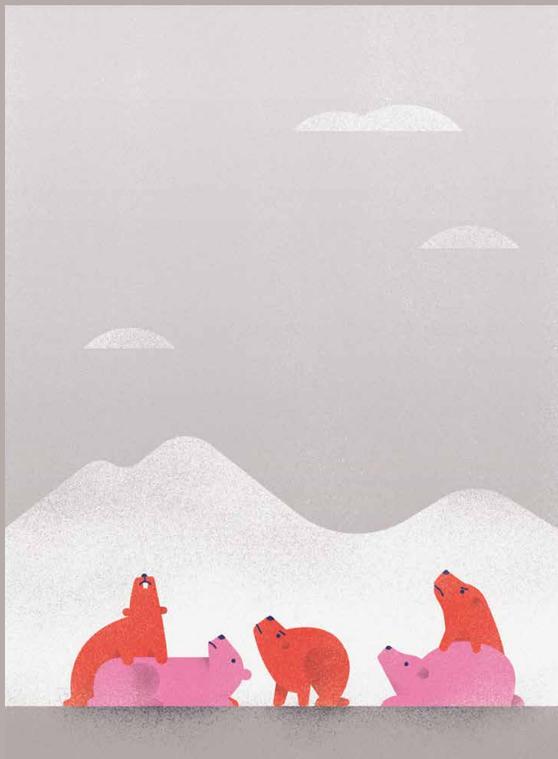
## 04.

Entre los complejos problemas que la invasión de Rusia a Ucrania le plantea a la izquierda mundial, hay dos más relevantes a los fines de este artículo. ¿Estamos asistiendo a un renacimiento de la competencia interimperial? ¿Qué sugiere la guerra en cuanto al «declinismo» estadounidense?

La invasión rusa de un país formalmente soberano fue un acto imperialista. Pero aunque puso en cuestión el *alcance* de la dominación unipolar de Estados Unidos, no planteó un desafío al *hecho* del imperio estadounidense. Rusia probó tener la capacidad de actuar independientemente del imperio estadounidense, pero ni se acerca a la capacidad implicada en el sentido tradicional de la competencia interimperial: reemplazar el poder imperial existente. Ni tampoco está lista China —cuyo desarrollo sigue dependiendo de su integración al capitalismo mundial liderado por Estados Unidos— para unirse a Rusia en un bloque de poder con ese programa.

En cuanto al debilitamiento de Estados Unidos, aunque la invasión de Rusia evidenció los límites de esta potencia, también mostró el control que Estados Unidos sigue ejerciendo sobre sus a veces nerviosos aliados, el rango y la escala impresionantes de las sanciones que puede imponer para complementar su potencia militar y el alcance singular de su maquinaria propagandística. Y sin embargo esto también implica ciertas contradicciones en el poder estadounidense que todavía están desarrollándose. Estas abarcan las barreras al involucramiento directo de las tropas de infantería de la OTAN, el contragolpe frente a las sanciones que está dañando a «Occidente» tanto como a Rusia y la renuencia de una buena parte del Sur Global a respaldar el papel de Estados Unidos en Ucrania. Esto último responde a un duro aprendizaje sobre el cinismo de Estados Unidos, que ahora pretende vestir la túnica de defensor de la soberanía estatal, y al miedo justificado de estos países a que las sanciones aplicadas terminen volviéndose en

→



→ su contra en caso de manifestar su propia soberanía y «pasarse de la raya».

Aquí el punto principal para quienes somos de izquierda es que no debemos intentar aliviar nuestro trabajo depositando su peso en la competencia interimperial o en el «declinismo». Las divisiones y los conflictos entre Estados capitalistas (incluido el de Rusia) no son el lugar donde debemos buscar un nuevo espacio político para la izquierda. Como destacué antes, en ausencia de una izquierda nacional fuerte, *si efectivamente* se desencadenara una intensa competencia interimperial no jugaría necesariamente a nuestro favor y de hecho es poco probable que lo haga. Es más probable que genere caos y haga crecer los peligros del nacionalismo y de una guerra nuclear. Lo mismo vale en el caso de las tendencias hacia el «declinismo» que pueden generar contramedidas para corregir esa trayectoria mediante ataques más intensos contra la clase obrera.

Por ahora, podemos hacernos eco de la respuesta de Mark Twain cuando descubrió su obituario en un diario: las declaraciones de muerte del imperio estadounidense

son «enormemente exageradas». Mientras la clase obrera estadounidense acepte su destino y deje tiempo y espacio político para que el Estado lidie con sus problemas, el imperio sobrevivirá.

No podemos desafiar la trayectoria imperial que conlleva gasto militar, libre mercado, movimientos de capital y sumisión a las prioridades empresariales a menos que confrontemos también la cuestión práctica de desacoplarnos del capitalismo mundial y de su disciplina mientras seguimos viviendo por el momento dentro de sus límites. Esto apunta a poner más énfasis en el desarrollo interno, en la creación de espacios dentro del capitalismo que desafíen inherentemente la lógica capitalista y que no sean marginales (el medioambiente, los servicios públicos), en la democratización de las finanzas y en la distribución del plusvalor social, así como en la expansión de las incursiones en la propiedad pública y la planificación democrática.

Aquí nos topamos con una sobria lección de las conclusiones que las élites capitalistas sacaron durante la crisis de los años 1970, que siguen definiendo el momento actual: no bastó con salir del paso. Profundizar drásticamente el capitalismo se convirtió en algo necesario. En contraste, el movimiento obrero nunca captó esta realidad de alternativas polarizadas y ese fracaso es lo que define ahora la crisis del mundo del trabajo. Desde entonces, el capital dejó de ofrecernos un punto medio y las estructuras capitalistas —trabadas en una lucha competitiva por la supervivencia— son *incapaces* de concedérselo. Nuestra única alternativa genuina es desarrollar las fuerzas sociales que pueden generar un cambio radical.

Es tentador luchar contra la internacionalización capitalista contraponiéndole un internacionalismo de la clase obrera. Por supuesto, es posible realizar actos específicos de solidaridad internacional y la sensibilidad internacionalista es fundamental. Pero no podemos actuar consistentemente en la escena internacional si no somos fuertes en casa. Si no podemos desarrollar una solidaridad genuina entre la clase obrera dentro de nuestros países, es una ilusión pensar que podremos saltarnos este paso y construirla a través de las fronteras. Como dice con tanta claridad el *Manifiesto del Partido Comunista*, «Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía comienza siendo nacional. Es lógico que el proletariado de cada país ajuste ante todo las cuentas con su propia burguesía». ✕

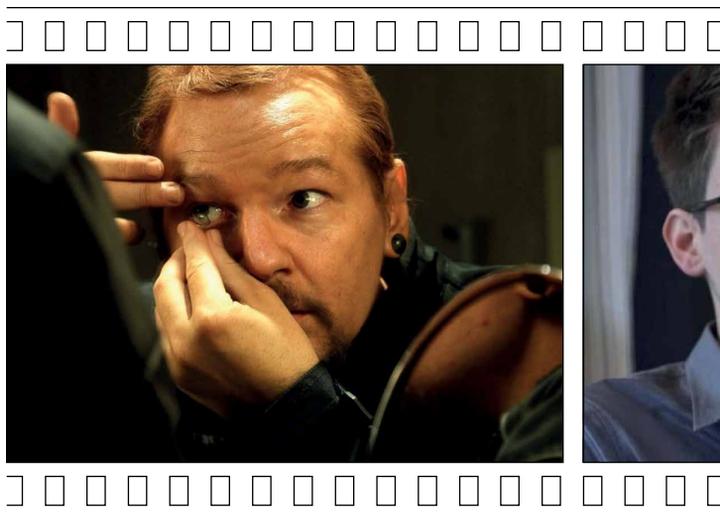
# capital cultural

---

GRAMSCI ON DEMAND

# WikiAssange

Cinco películas para entender las múltiples aristas del caso Julian Assange.



En junio de 2022 la ministra del interior del Reino Unido, Priti Patel, aprobó la extradición de Julian Assange a Estados Unidos, donde enfrentará una posible condena a 175 años de cárcel por publicar información confidencial sobre las vejaciones a los derechos humanos cometidas por el gobierno estadounidense en las guerras de Irak y Afganistán desde el mítico sitio WikiLeaks. Esta decisión viene a reavivar un conflicto que ya lleva más de una década y genera una controversia internacional como pocos otros casos.

Assange está preso en la cárcel de máxima seguridad de Belmarsh,

en el Reino Unido, a la que llegó luego de su expulsión de la Embajada de Ecuador en 2019, donde residió durante siete años como asilado político gracias a la intermediación del exjuez español Baltazar Garzón y al visto bueno del expresidente Rafael Correa. En 2019, ya enemistado con su antecesor, el mandatario ecuatoriano Lenin Moreno tomó la decisión de dejarlo librado a su suerte, alegando que se trataba de un «espía común y corriente» y que había «destrozado las instalaciones de la embajada». Pero este cambio político debe analizarse también considerando que ese año WikiLeaks había hecho pública una investigación

por sospecha de corrupción contra el propio Moreno, conocida como los «INA Papers».

El fin del asilo dejó al activista australiano a la buena de las autoridades británicas, quienes lo mantienen recluido desde entonces en una cárcel de alta seguridad, acusándolo de violar las normas de la libertad condicional que le impusieron en 2010 a partir de cargos por abuso sexual en Suecia, cargos que ya se han retirado tanto en ese país como en la isla del norte. En Estados Unidos, por el contrario, pesan sobre él 18 acusaciones por delitos, de las cuales 17 se enmarcan en la Ley de Espionaje de 1917.

Finalmente, hace unas semanas, el presidente mexicano Andrés Manuel López Obrador explicitó ante la prensa que su país estaría dispuesto a otorgar asilo político a Assange, mientras que la mujer del periodista, la abogada Stella Moris —que forma parte de su equipo legal y conoció a Assange en la embajada— empezó una gira internacional por medios y asociaciones políticas para evitar que se lo extradite, impulsando una campaña internacional por su liberación. Según ella, en caso de que se lleve a cabo el traslado a los Estados Unidos, el futuro de su marido sería la muerte por suicidio o por cadena perpetua.

Con todo, el *Affaire Assange* no deja de ser una usina de discusiones sobre los límites que los intereses del imperialismo imponen a las democracias occidentales, al tiempo que ilumina el complejo entramado del derecho a la información y los secretos de Estado en la era digital. Para entender más sobre el tema, desde *Jacobin* te traemos esta lista de cinco películas.

### 1) *Risk* (Laura Poitras, 2016)

Filmada durante seis años desde 2010, mientras se seguía a Assange en su derrotero, este documental es el fin de la «Trilogía de la guerra» de la documentalista ganadora del Óscar Laura Poitras, quien recibió varias amenazas por este y otros trabajos y fue incluida en listas negras de la Casa Blanca y de Hollywood. Su serie de filmes, que cosechó numerosos galardones en todo el mundo, denuncia las violaciones a los derechos humanos cometidos por el ejército de Estados Unidos en Irak

y Afganistán, incluyendo retratos de la vida de los iraquíes bajo ocupación estadounidense.

En este caso, lejos intentar proponer un busto idealizado del personaje/mito Assange, la propia voz en *off* de la creadora aborda lo que ella llama «las contradicciones de un hombre poco normal» y sirve para entender el mundo privado de Assange desde una mirada tan antibelicista y antiyanqui como la suya.

### 2) *Underground, la historia de Julian Assange* (Robert Connolly, 2012)

Basada en un libro firmado por Assange y su compañera de aventuras informáticas Suelette Dreyfus en 1997, esta película australiana cuenta los orígenes del periodista como *hacker* y activista en su país natal, junto con un grupo de amigos universitarios que se meten en todo tipo de problemas en los albores de internet. Se muestra la infancia y adolescencia de Assange, que con su hermano y su madre vivió escondido por años y tuvo que mudarse muchas veces tratando de huir de su padrastró violento.

Como es una ficción, la película también sigue al detective que trata de capturar a Assange cuando él y sus secuaces ya han accedido a varias computadoras pertenecientes a una universidad, una compañía de telecomunicaciones y otras organizaciones para detectar errores de seguridad y quebrar sus sistemas. Esto le valió a Assange cargos en Australia, de los que se libró por medio de una multa pero que siguen siendo el bautismo de fuego para el activista,

profeta en su propia tierra desde su más tierna infancia.

### 3) *We Steal Secrets: The Story of WikiLeaks* (Alex Gibney, 2013)

Contrariada ya desde el título por el colectivo WikiLeaks, que en su web afirmó «Nosotros no robamos, a nosotros nos llega información y solo la publicamos», este documental dirigido por el ganador del Oscar en 2007 es la versión más oficial del *Affaire Assange*, aunque no por eso deja de ser controversial. Allí se relata el origen del *hacker* en Australia pero también la creación y crecimiento de WikiLeaks desde su inicio en los años 2000.

Hace eje y contrapunto además con el derrotero personal, militar y político de Chelsea Manning (Bradley Manning, antes de su cambio de género), la soldado que en 2010 filtra los explosivos cables de la CIA que llevan al *hacker* y su web a la fama. Así logra enlazar los destinos de ambos aunque, perdonada por Obama en 2017, Chelsea ahora está libre, lo que genera una paradoja alucinante (quien filtra la información no merece condena, pero quien publica la información filtrada, sí).

### 4) *El juez y el rebelde* (Clara López Rubio y Juan Pancorbo, 2017)

Esta película española sigue los pasos de Assange desde que, en 2012, el exjuez español Baltazar Garzón decidiera representarlo. Aquí se pueden ver en detalle las negociaciones

→



que llevaron al asilo en la embajada ecuatoriana y las gestiones para que la ONU emitiera un dictamen condenando la persecución inglesa sobre el periodista australiano. Con un tono a mitad de camino entre alegato por la libertad de expresión y el diario de trabajo de un equipo jurídico, logra retratar de manera efectiva la cotidianidad del entorno de Assange en la embajada y sus estrategias legales.

### 5) *Citizenfour* (Laura Poitras, 2014)

Mientras seguía a Assange por cielo y tierra para el documental que estrenaría recién en 2016, en enero de 2013 Laura Poitras comenzó a recibir correos electrónicos cifrados firmados por un tal «Citizenfour» que le aseguraba tener pruebas de los programas de vigilancia ilegales

dirigidos por la Agencia de Seguridad Nacional estadounidense (NSA, por sus siglas en inglés) en colaboración con otras agencias de inteligencia en todo el mundo. El colaborador anónimo resultó ser Edward Snowden, quien finalmente contactó con WikiLeaks para que lo ayudaran a recibir asilo político en Rusia.

Ganador del Oscar, este documental muestra la potencia de esos llamados *whistleblower* (soplones) de los cuales Assange y su web se nutren continuamente, que aportan información que cada tanto desestabiliza la agenda internacional, con más o menos impacto real contra el panóptico poder del imperio. La película sirve para entender el calado global que tiene WikiLeaks como plataforma de expresión de todos aquellos que quieran revelar secretos confidenciales, pero también como un partido político extraterritorial que cuida a los suyos. ✕



## John Carpenter, cineasta del Apocalipsis

**T**al vez sea una sorpresa para los que siempre amamos sus películas, pero la reputación del director John Carpenter no fue siempre tan brillante.

Hoy, Carpenter es considerado universalmente como uno de los grandes cineastas de género estadounidense, autor de media docena de clásicos oscuros, reconocidos por su ritmo regular, por su vibrante música electrónica y por su acción cruda. En un intento de aprovechar este nuevo consenso, Hollywood pasó la última década anunciando una oleada de *remakes*, relanzamientos y nuevas versiones de sus películas clásicas.

En 2018, la secuela de *Halloween* de Blumhouse Productions, autorizada y compuesta por Carpenter, recaudó 225 millones de dólares con un presupuesto de 10 millones. Es la película gore de más éxito económico de la historia. Y en 2020, el mismo estudio anunció que estaba trabajando con Carpenter en otro relanzamiento de uno de sus clásicos —*The Thing*, de 1982— a pesar

de que otro estudio había hecho una precuela hace menos de una década.

Se trata de un cambio bastante significativo respecto de fines de los años 1990, cuando Carpenter ni siquiera lograba hacer despegar una película de bajo presupuesto. Con el cambio de milenio, el director había prácticamente desaparecido del cine. Hoy está abocado a una carrera musical y sale de gira con su hijo, Cody, con quien interpreta la música de sus películas, cada vez más reconocida, y otras composiciones en todo el mundo.

Después de una caída en desgracia tan abrupta, ¿cómo explicar la

**Las películas de John Carpenter nos muestran sociedades que se desmoronan y no es raro que su obra resuene ahora más que nunca.**

actual veneración generalizada por todo lo que hace John Carpenter? Hoy es difícil imaginar que la mayoría de sus films tuvieron un mal desempeño en las taquillas. Después de una serie de éxitos grandes y pequeños en los años 1970 y a comienzos de los 1980 —entre los que cabe mencionar *Halloween* (1978), *The Fog* (1980), *Escape From New York* (1981), *Christine* (1983) y *Starman* (1984)— el cúmulo de fracasos comerciales de Carpenter, como *Big Trouble in Little China* (1986) *Prince of Darkness* (1987), *Memoirs of an Invisible Man* (1992), *In the Mouth of*





*Madness* (1994), *Village of the Damned* (1995), *Escape From L. A.* (1996) y *Ghosts of Mars* (2001), lo convirtieron en un autor no financiable y condenaron su carrera.

Es probable que la obra maestra de Carpenter, *The Thing*, haya sido su fiasco más impactante, ignorada por las audiencias y ampliamente descalificada por los críticos en ese trágico 1982, cuando *Blade Runner* también fracasó terriblemente. Los estadounidenses prefirieron la soleada y suburbana *E. T. the Extra-Terrestrial* antes que estos oscuros y deprimentes clásicos. Según uno de los admiradores más fieles de Carpenter, el director Guillermo del Toro, este fracaso «en cierto sentido partió el corazón de Carpenter», quien, según las declaraciones de su admirador, se refirió con amargura a su reciente reputación estelar, diciendo «¿En qué sentido toda esta mierda me hace bien?».

En 2016, Del Toro postuló una serie maratónica de veinte tuits en tributo a John Carpenter, «un verdadero autor», que comenzaba así: «Cuando pienso en John Carpenter, me sorprende que demos por sentado su éxito. ¿Cómo? ¿Por qué? Es un éxito absolutamente singular».

Después de elogiar algunas películas individuales de Carpenter en términos de su «rigurosa precisión, simplicidad y elegancia» y la perfecta y «bien administrada puntuación rítmica» de sus partituras, Del Toro descargó una tormenta de tuits alabando *The Thing* como la cima de los logros de Carpenter y diciendo «que se jodan todos» los críticos que la despreciaron. La cadena terminó con una «Última idea por hoy: Carpenter crea una obra maestra tras otra y suelen pasar

desapercibidas. Ahora vayan a rezar a la iglesia del bluray».

Pero no es solo Del Toro. Quentin Tarantino, Bong Joon-ho, Robert Rodríguez, Olivier Assayas, Danny Boyle, Edgar Wright, Nicolas Winding Refn, James DeMonaco (de la franquicia *The Purge*), David Robert Mitchell (de *It Follows*) y Kleber Mendonça Filho (de *Bacurau*) están entre los cineastas que elogiaron a Carpenter en entrevistas, hicieron referencia a la influencia que tuvo en sus carreras y a veces incluyeron guiños de adoración en sus propias películas.

Los jóvenes tienden a elogiar sobre todo la denominada Trilogía del Apocalipsis de Carpenter: *The Thing*, *Prince of Darkness* y *In the Mouth of Madness*. Estas películas, junto con *Halloween*, *Escape From New York* y *They Live* son probablemente las más citadas como evidencia de la genialidad del autor.

La explicación es simple: envejecieron bien. La mirada apocalíptica de Carpenter, tal vez demasiado adusta en la época de Ronald Reagan, George H. W. Bush y Bill Clinton, ahora parece profética. Carpenter abandonó las esperanzas políticas frustradas de la izquierda y salió de la deteriorada economía de los años 1970 con sus inclinaciones cínicas y antiautoritarias plenamente desarrolladas, y empezó a identificar a los Estados Unidos como un Estado fallido tan pronto como en los años 1980, durante los dos mandatos presidenciales de Reagan.

Su ataque más explícito a la pesadilla estadounidense es la seudomarxista *They Live*, en la que un héroe de la clase obrera, interpretado por el luchador profesional Roddy Piper, combate contra unos

extraterrestres disfrazados inteligentemente de la burguesía de la época de Reagan. «Es un documental», suele decir Carpenter. «No es ciencia ficción».

El concepto narrativo de la película consiste en unas gafas especiales distribuidas por una organización política clandestina que permiten identificar entre nosotros a los alienígenas que controlan la población humana con dispositivos de vigilancia sofisticados y con la emisión omnipresente de mensajes subliminales como «Consuman», «Obedezcan» y «No cuestionen la autoridad». Las gafas surgieron del deseo de Carpenter de una forma tangible y directa de representar la conciencia política: «Intenté ponerme en el lugar de los revolucionarios. ¿Cómo podemos que las personas tomen conciencia del mundo en el que viven?».

Pero las visiones dispépticas que Carpenter tiene del capitalismo estadounidense van mucho más allá de *They Live*. Consideremos el personaje del antihéroe John Trent (Sam Neill) en *In the Mouth of Madness* (1994). Investigador insensible y elegante, Trent está tan metido en la conversación que sostiene con un ejecutivo durante el almuerzo que ignora al fanático religioso que se acerca a él con un hacha hasta que el agresor rompe las ventanas del restaurante y aterriza en la mesa. El psicópata también había tenido una carrera profesional: había sido agente de un escritor de terror pop ultraexitoso llamado Sutter Cane, del que ahora era fanático devoto.

Un placer secreto y sombrío nos invade cuando vemos que Trent pierde el control después de enterarse de que las obras de Cane — un éxito de ventas — están desencadenando un

apocalipsis monstruoso que parece recién salido de una historia de H. P. Lovecraft. «Este libro enloquecerá a todo el mundo», advierte el editor de Cane. «Esperemos que así sea», responde el ejecutivo. «La película sale el mes que viene». La película termina con Trent en un cine mirándose a sí mismo en la pantalla grande como nada más que un personaje en la adaptación condenada al éxito de la última novela de Cane. Y no es cualquier libro: retrata una conquista capitalista monstruosa con capacidad de devorar toda la realidad.

No es coincidencia que los cineastas situados políticamente a la izquierda respondan con tanta fuerza a las películas de Carpenter, ni que los jóvenes con cierta sensibilidad izquierdista vuelvan a ellos. Los personajes de Carpenter tienden a ser tipos de la clase obrera con vidas precarias que eran difíciles antes de que llegaran los monstruos. Pensemos en protagonistas como

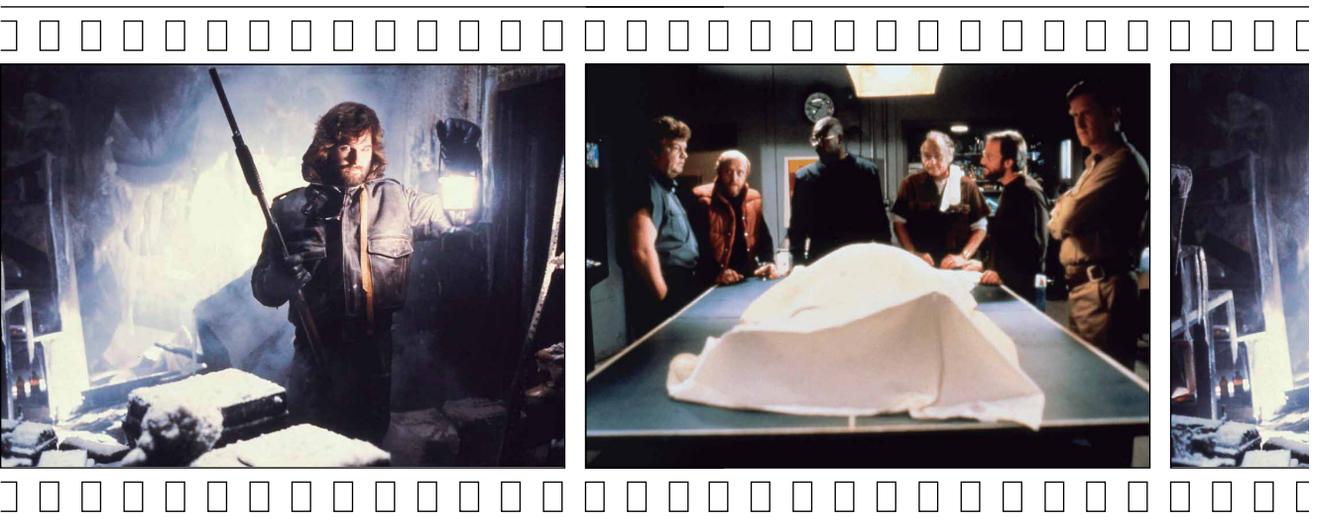
«Rowdy» Roddy Piper, el gigante de mirada triste, o John Nada, el obrero sin techo a la busca de un empleo que, en *They Live*, se hace amigo de Frank Armitage (Keith David), trabajador negro de una empresa de construcción. Y pensemos en la manera en que Frank gruñe con desprecio cuando Nada insiste con obstinación y contra la evidencia de la decadencia urbana y del sufrimiento humano que los rodea, en que el trabajo duro y la perseverancia generarán oportunidades: «Yo todavía creo en Estados Unidos».

La frecuentemente comentada «estructura de asedio» de muchas de las películas de Carpenter, que enreda a los personajes principales en espacios pequeños rodeados por fuentes de peligro que se multiplican y son cada vez más intensas, refleja nuestras vidas de catástrofes continuas, en las que nos preguntamos si podremos encontrar un refugio ante la pandemia, el cambio climático,

una economía inestable, derechos civiles y programas sociales que colapsan y una inclinación política que conduce hacia el desastre y posiblemente hacia el fascismo.

La ciudad de *Assault on Precinct 13* marca el comienzo de este dispositivo estructural de Carpenter. Pero el autor suele complejizar el marco con una filtración anterior del peligro en el «espacio seguro», que hace difícil decidir si quedarse y defender el refugio, escapar y combatir el peligro desde afuera o hacer una guerra en dos frentes.

Otras «estructuras de asedio» de Carpenter incluyen la casa suburbana como trampa de terror de *Hollywood*, la estación antártica invadida por un alienígena roba cuerpos de *The Thing*, la iglesia rodeada de sin techo poseídos por demonios de *Prince of Darkness* y el Manhattan de *Escape From New York*, una metrópolis tan deteriorada por la pobreza y por el crimen que se





convirtió en una cárcel de máxima seguridad. Por eso no es sorprendente que George A. Romero, con sus muchas películas de zombis que recurren a «estructuras de asedio», tenga tanta admiración por Carpenter. Ambos cayeron en desgracia en Hollywood justo cuando la «revolución» de Reagan empezaba a acelerarse, y ambos vieron que la sociedad estadounidense avanzaba hacia un fin desastroso en un momento en que hacerlo no era nada popular.

Está claro que Carpenter no es un director sofisticado, y es fácil confundir su enfoque crudo, claro y sencillo con falta de ambición. De hecho, la claridad es una cualidad escasa y preciosa en el mundo cinematográfico en el que la pontificación pretenciosa, enrevesada y cargada de símbolos se considera una prueba de intelecto e importancia; la lógica es que si una película es difícil de seguir, debe ser buena.

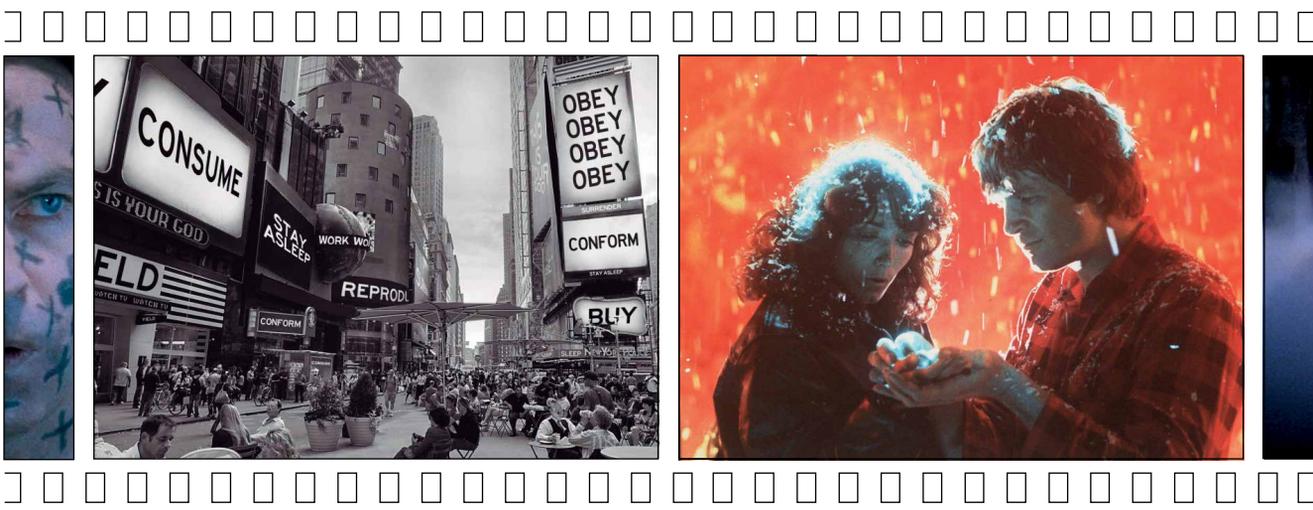
De hecho, el estilo de Carpenter es tan limpio que se puede echar de menos su pericia. Obtiene efectos insidiosamente terribles de decisiones de dirección aparentemente simples. Su estilo de planos amplios no solo aumenta el impacto del movimiento en las escenas de acción, sino que también decepciona por su «apertura», que muchas veces nos deja la vaga sensación de que recorremos la totalidad del escenario sin lograr localizar el peligro. O de que el peligro es un elemento del cuadro, aunque minimizado de un modo que acentúa cierta «normalidad» de los alrededores que decepciona hasta el espanto.

En la original *Halloween*, el asesino psicópata aparece curiosamente a plena luz del día junto a un cerco alto pero pasa desapercibido, o entre las sábanas limpias que cuelgan de la soga, o al lado de unos niños que juegan truco o trato con sus padres.

El mismo tipo de artesanía simple se aprecia en las películas del

ídolo de Carpenter, Howard Hawks, también especializado en el cine de género y que suele destacarse por ser capaz de hacer maravillas con cualquier género popular. Carpenter vuelve muchas veces a Hawk en busca de inspiración narrativa y formal. Está claro que tomó *Rio Bravo* como base de *Assault on Precinct 13*, y que rehizo inventivamente *The Thing From Another World*, película de monstruos producida por Hawks, en la infinitamente más sombría *The Thing*.

La adaptación de Carpenter, como la de Hawk, está basada en *Who Goes There?*, novela de 1938. Pero la reedición es una maravilla a la hora de insinuar el terror y eliminar todo elemento reconfortante de la versión de Hawk, especialmente su respuesta ante el caos que, en sus películas serias y orientadas hacia la acción, suele ser la fortaleza, la competencia profesional y el código de conducta de un hombre o de un



grupo de hombres que son, o que deberían ser, expertos en su rubro.

En las películas de Carpenter, los miembros del elenco que hacen el primer contacto con el alienígena mueren casi tan pronto como empieza la película. Y, en vez de que el alienígena asuma una forma única y estable (originalmente interpretada por James Arness de *Guns-moke* como un enorme monstruo estilo Frankenstein), Carpenter opta por una criatura que cambia de apariencia. Cualquier persona —o cualquier ser vivo— podría ser el alienígena. La película comienza con el *tour de force* de una escena de persecución que arranca con la toma ligeramente vacilante de una Steadicam que apunta a una enorme ladera congelada. ¿Quién mira? Resulta que es el alienígena, pero lo hace bajo una forma que nadie en la audiencia es capaz de reconocer, o quiere reconocer: la de un husky solitario que corre a

través de la tundra helada perseguido por un loco que le dispara desde un helicóptero.

Este loco que desvaría en noruego es asesinado por la tripulación estadounidense en el marco de un acto que estos últimos consideran como de autodefensa. Después cobijan al perro junto a los otros huskies, que lloran de terror frente al intruso, pero son ignorados. De aquí en adelante, somos testigos de una descomposición social completa en los cuarteles, que pronto deja en claro que las condiciones son tan mortíferas en el interior como en el exterior, porque el alienígena está en medio de una cacería sigilosa que implica ocupar y destruir el cuerpo de un miembro de la tripulación tras otro.

Al principio, los hombres son filmados en grupos amplios y que congenian. Después, bajo la presión de una paranoia y de una desconfianza crecientes, los grupos se reducen a alianzas incómodas de tres hombres

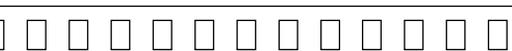
por cada toma, o solo dos, y, cerca del final, aparece uno solo, es decir, ningún hombre comparte el «marco» con otro, puesto que cada uno está luchando una batalla solitaria para sobrevivir a la amenaza alienígena.

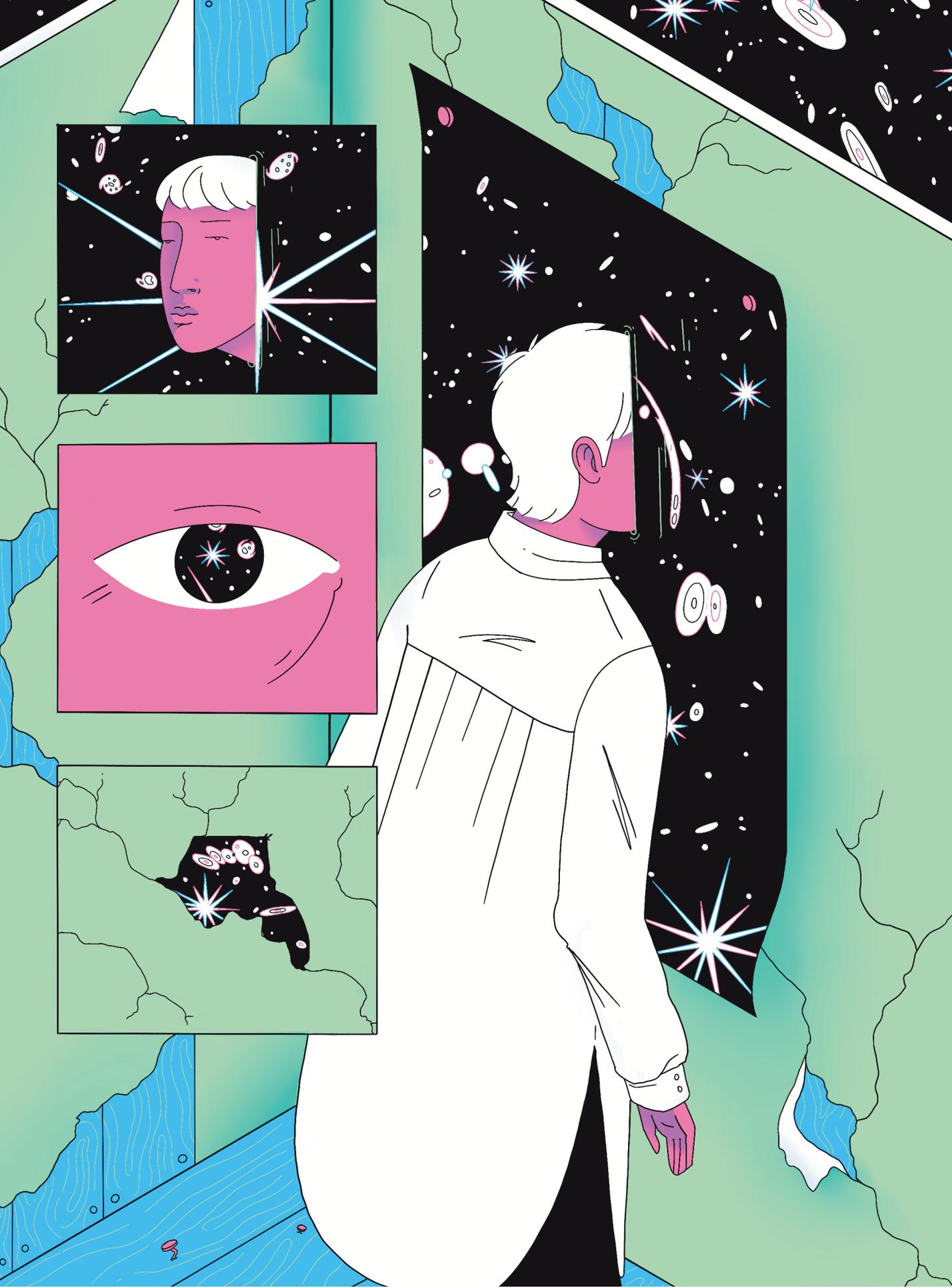
En la versión de Hawk no hay ningún héroe. Es un equipo de iguales. Y su vínculo no hace más que fortalecerse, hasta que finalmente derrotan al alienígena en conjunto. Hawk termina su película con la transmisión de un mensaje de la tripulación a todo el mundo: «Vigilen los cielos, en todas partes. Mantengan la guardia». Es el espíritu entusiasta de Estados Unidos cuando recién ganaba la Segunda Guerra Mundial.

Pero la película de Carpenter termina cuando su héroe, R. J. MacReady, intenta juntar fuerzas con su principal contrincante por el liderazgo, Childs (Keith David), mientras ambos mueren de frío, en el mismo cuadro, fuera de sus cuarteles incendiados. Su única misión es vivir lo suficiente como para evitar que el alienígena escape del fuego.

Este final resultó no ser una receta de éxito en las taquillas. Más tarde Carpenter declaró arrepentirse de su apego por estos finales oscuros, sugiriendo que algunas de sus películas podrían haber tenido un mejor desempeño con las audiencias si hubiese concedido un poco más de felicidad.

Pero las conclusiones ambivalentemente pesimistas de Carpenter están completamente de acuerdo con su concepto general: una sociedad que se desmorona y personas que como consecuencia caen en la paranoia, en el cinismo y en una incapacidad creciente para superar la desconfianza y contraatacar. Un verdadero cineasta a la altura de nuestra época. ✕





Imperialismo,  
telescopios  
y otras  
fantasmagorías.

natalia romé

**LA  
CATÁSTROFE  
MUNDANA**

ILUSTRADA  
POR  
BELÉN VALVERDE

D

## E LA INMINENCIA A LA INANIDAD

La frase que reza que «es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo» ha perdido su brillo. Ya no suscita la chispa crítica ni la sonrisa cómplice; funciona más bien como un mantra o una contraseña de ingreso a un grupo de ilustre medianía. Como en los mejores mitos populares, su autoría se pierde en la multiplicación de nombres. Y no es que la cuestión haya sido zanjada...

Durante los largos meses de 2020, a propósito de la llamada «geopolítica de las vacunas», transitamos sin perplejidad al regreso del campo semántico de la Guerra Fría. Fantasmas del desastre marcan nuestra experiencia del tiempo con el signo del eterno retorno. Esos discursos resuenan hoy —en la guerra real de Ucrania y en la prometida de Taiwán— como una profecía defectuosa acerca de la repetición, la pulsión de muerte y las tendencias autodestructivas de la humanidad. Un juego de espejos, simulacro de simulacros, marca el pulso de nuestra experiencia del presente.

Pero los fantasmas de la destrucción no agotan el espectro. Recientemente, las imágenes provistas por el telescopio Webb abrieron a millones de ojos la posibilidad de contemplación del espacio en el tiempo. Un «más allá» transmundano, algo laico y accesible a todas las pantallas, democratizó la fantasía escapista, hasta hace poco degustada exclusivamente por afortunados como Jeff Bezos. La imaginería telescópica que nos deja asomar al espectro de un mundo sin nosotros (¿una época anterior a la era del llamado Antropoceno?) nos da también la medida de la fantasía de un «nosotros» más allá del mundo.

¿Pero qué tienen en común la distopía catastrofista y la utopía escapista? Pues bien, que en ambas imaginaciones la historia —y, más precisamente, la historia de la mundialización del capitalismo— queda fuera del campo de visión. En latín, *spectrum* proviene del verbo *specere* (mirar, observar). Según el Diccionario de la Real Academia Española, significa «fantasma, espectro luminoso y conjunto de las especies microbianas contra las que es activo un antibiótico», entre otras cosas. La cuestión del espectro es la de la configuración de los límites del campo de la visión y, por lo tanto, también la frontera ambivalente entre el ver y no ver. Ver lo que

no está, presentir lo que no se ve, concita la semántica de la ilusión, la inminencia o la amenaza.

En 1982, Michel Pêcheux señalaba como tarea urgente de la lucha ideológica comunista identificar estas resonancias diversas del espectro para poder pensar la ineficacia de los discursos revolucionarios en su tarea de prefigurar «otro mundo» más allá de éste. Sugería, desesperadamente, que cada época debía preguntarse por los resortes imaginarios que configuran el campo de lo visible como «mundo». Apenas diez años después, en *El fin de la historia y el último hombre*, Francis Fukuyama celebraba el ocaso de la Guerra Fría, no como la culminación de un período específico de la historia de posguerra, sino en tanto fin de la historia como tal: «el punto final de la evolución ideológica de la humanidad».

Tras el éxito del libro de Fukuyama, Jacques Derrida exponía en *Espectros de Marx*, las conexiones de la captura telecomunicacional de la espectralidad con los contornos del no acontecimiento anunciado por Fukuyama. Postular la idea del fin como un episodio *ya acontecido* era paradójico pero verosímil. A fin de cuentas, «reinventaba» la escatología cristiana: el «criterio transhistórico y natural» del «hombre en cuanto hombre» como medida de todas las cosas. Una metafísica de la «naturaleza humana», tan dócil al principio de individuación capitalista del «propietario», que sería retomada por Friedrich Hayek como *ethos* de «competencia libre» en los años cuarenta y reescrita por Gary Becker como «capital humano» en los noventa.

En *¿Hay un mundo por venir?*, Danowski y Viveiros de Castro ubican el nudo imaginario de la «crisis civilizatoria» que subyace en las actuales imaginaciones de éxodo intergaláctico y agita los espectros de una destrucción total. Esta «floración disfórica», dicen, ubicada a contracorriente del optimismo humanista de los últimos siglos de historia de Occidente, preanuncia o expone el declive del horizonte de la historia imaginado como epopeya del espíritu. La «ruina de nuestra civilización global en virtud de su hegemonía indiscutible» amenaza con llevarse considerables porciones de la población. Aunque es «la idea misma de especie humana la que está siendo interpelada por la crisis», la cosa no comenzaría por cualquier lado, sino «claro está, por las masas miserables que viven en los guetos y basureros geopolíticos del “sistema mundial”».

El esquema resulta notablemente prístino, mientras que la amenaza se ciernen bajo la forma de una «crisis que



interpela a la humanidad» toda. En el orden de la existencia, la destrucción comienza —ya ha comenzado— por las regiones periféricas, las zonas desechables, lo infrahumano o no humano de la humanidad. La paradójica democratización de las consecuencias del «apocalipsis» comenzará por quienes todavía esperan inclusión en el Reino del Hombre y se desayunarán con el desastre sin haber asistido a la fiesta de la víspera.

### HUMANISMO IMPERIALISTA

La idea de una «crisis de la humanidad» es inescindible de lo que Aníbal Quijano caracteriza como el primer patrón del poder efectivamente global de la historia, consolidado a fines del siglo diecinueve. En *La acumulación del capital*, Rosa Luxemburgo lo llama por su nombre: imperialismo, y lo explica como la lógica expansiva de la reproducción ampliada del capital que avanza solo si existe una zona de mundo no capitalista. Es el tiempo del tránsito de la plusvalía absoluta a la plusvalía relativa en el corazón industrial

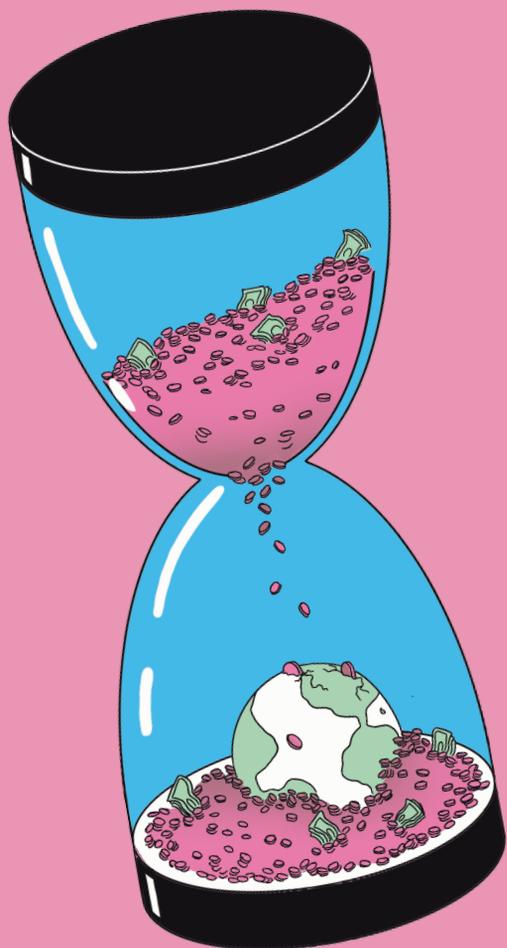
del sistema-mundo, momento en que Silvia Federici ubica la reconfiguración de la división sexual del trabajo con la figura del ama de casa proletaria. El imperialismo reprime la historia de sus heridas inmanentes: la clase, la raza, el sexo. «Catástrofe de la humanidad» es el nombre de esa represión.

Desde la primera guerra mundial, el hecho de que la humanidad sea capaz de aniquilarse a sí misma constituye un dato recurrente de la preocupación teórica y política, al punto de que podríamos pensar que es la inminencia de su autoaniquilación lo que promueve la idea de humanidad como ilusoria comunidad homogénea y global, alimentada, paradójicamente, de las amenazas de su destrucción. Entre las contradictorias modulaciones de esta idea podemos contar tanto los desarrollos científico-tecnológicos destinados a postergar el desastre —profundizándolo—, como la invención de la ideología jurídica de los Derechos del Hombre, cuya consolidación global coincide con el proyecto integrista de unificación ideológica impulsado en el contexto de la Guerra Fría (frente a los movimientos tercermundistas y de liberación nacional, informados, a su vez, por formas antimperialistas de humanismo contestatario).

Paulatinamente, el régimen de historicidad moderno se torsiona sobre sí mismo y el porvenir queda atenazado por una temporalidad de la inminencia de la catástrofe. «Presentada primero como “una revolución científica”, la bomba lanzada sobre Hiroshima abrió de hecho la presente era: la de la amenaza nuclear», dice Hartog en *Regímenes de historicidad*. La catástrofe, entonces, aparece como una de las formas tendenciales en las que el «presentismo» fue ganando terreno a las utopías futuristas, arrinconando la ideología humanista hacia posiciones reaccionarias.

El siglo XXI presenta una inflexión en la vivencia de la catástrofe. El 11 de septiembre de 2001 llevó esta lógica a un punto límite: el de un «acontecimiento contemporáneo que, al dejarse ver en su propia constitución, se historiza enseguida y es ya, en sí mismo, su propia conmemoración: bajo la mirada de las cámaras», comenta Hartog. Cuando la promesa de la catástrofe se deja ver, su potencia mesiánica, moral o religiosa se desliza al terreno de la fantasmagoría técnica. La utopía historicista y humanista de Fukuyama sobrevive en su reverso ominoso: la consagración «final» de la idea occidental coincide con el fin, no ya de la historia, sino

→



→ del mundo. A partir del siglo XXI, la historia ha salido del campo de visión: ni la técnica ni la amenaza corresponden ya a su escala; son suprahistóricas, cósmicas.

Con la reciente pandemia, la humanidad vuelve a ser interpelada por la promesa de la catástrofe como lo fue a lo largo del siglo XX; es decir, es llamada a la existencia como sujeto de la historia. Si el gesto tiene poco de novedoso, lo nuevo parece ser, en cambio, su temporalidad infrahistórica: el desplazamiento de la *inminencia* del desastre hacia su *insignificancia*. La relación del presentismo con el catastrofismo se trastoca hacia una experiencia del desastre que no sabemos exactamente

cómo ni cuándo, pero *ya ha acontecido*. Se trata de un dato nada menor: una catástrofe ya acontecida ofrece una experiencia, a todas luces, decepcionante. Antes que una interpelación moral a la cautela o la responsabilidad, la catástrofe produce frustración.

Podemos olfatearla en nuestra atmósfera más próxima. La pandemia quedó atrás y las imágenes postapocalípticas de «la vida silvestre» avanzando sobre las urbes vacías dieron paso a una normalización de la catástrofe, menos dramática que cansina. En esa escena, el apocalipsis se vuelve seductor... Un *grand finale* (¿una nueva guerra mundial, por ejemplo?) no se ve tan mal. Lo verdaderamente insoportable es la inexorable inanidad de una «normalidad» desastrosa que puede durar demasiado. Buena parte de las teorías conspiracionistas que florecen actualmente encuentran en ese tipo de decepción tierra fértil donde crecer y fortalecerse. Y el hecho de que esas teorías se diseminen con rapidez entre quienes viven en condiciones infrahumanas no tiene nada de extravagante.

Álvaro García Linera nos invita a pensar la condición liminal de este presente. Un tiempo en el que «ha colapsado el horizonte predictivo» que configuraba no solo el campo de «lo visible» para una sociedad, sino el mismo régimen escópico que hace existir a un cuerpo de relaciones materiales *como sociedad*. Habitar un límite (¿una orilla, una bisagra?) sea quizás no poder captar bien todavía el modo específico en el que los espectros de nuestro tiempo inciden en las relaciones sociales y subjetivas. En este tiempo liminal, aquella vieja incertidumbre táctica inescindible de una clara certidumbre estratégica —tan propia de la modernidad— ha sido sustituida, dice Linera, por la «certidumbre táctica de que no hay ninguna certidumbre estratégica». ¿Despertará la incertidumbre estratégica espectros del pasado o soluciones tecnocráticas? ¿La respuesta será cósmica o política? Aún es demasiado pronto para decirlo.

Lo que sí parece claro es que el reverdecer actual de los conspiracionismos restituye, al menos, una imagen de mundo. La respuesta conspirativa funciona porque convierte a la política en una escena de lectura religiosa, exégesis de símbolos y señales en el «libro abierto del mundo». Como reiterativa inflexión del catastrofismo, las actuales teorías conspirativas vienen a atender a la necesidad de explicarnos lo invisible de la causalidad abstracta del capital de un modo mítico o religioso. Esta nueva metafísica humanista cumple con la función de mantener la actual crisis de reproducción del capital

en la oscuridad, conservarla inexplicable. En ese punto radica su eficacia ideológica.

### **PRESENTE ABSOLUTO DEL CAPITAL**

Ya decía Marx en los *Grundrisse* que el capitalismo debe comprenderse, justamente, como una «economía del tiempo». La fórmula temporal del modo de producción capitalista —que el capital se origina en el capital— describe un modo presentista de organización del tiempo. Este es otro de los modos de leer el recurso de Marx a la categoría de fetichismo; fetichista es el tiempo circular que delimita una interioridad, el espacio completo del «mundo de mercancías» como presente absoluto.

Esa experiencia metafísica es desmentida por la condición histórica misma del capitalismo. «La hora solitaria de la última instancia no suena jamás», decía Louis Althusser evocando a Engels. Esto quiere decir que lo económico no es la verdad de las relaciones sociales, sino la ausencia de relación sobre la que se organiza una formación social capitalista (la plusvalía no es una sustancia, sino una no relación, la «propiedad» de una desposesión). Claro que, si asumimos la condición capitalista de la unificación de la experiencia social del tiempo, debemos nombrar como ideología dominante el procedimiento de presentificación y empobrecimiento del complejo de tiempos de una coyuntura. Y es preciso hacerlo porque, sin el concepto de ideología, se vuelve prácticamente imposible nombrar la condición imaginaria de esa simplificación que hace que la historia material se experimente como el presente metafísico de la humanidad.

La crítica ideológica del presentismo nos regresa a la teoría materialista de la historia concebida como un *tiempo de tiempos*, en el que la (no) relación capitalista existe como presencia de una ausencia. Y nos conduce también a una segunda cuestión: la teoría de la reproducción del capital como teoría de sus desequilibrios inmanentes, en definitiva, al problema de la duración del capitalismo como articulación eficaz de tiempos (que podría no durar). En el orden de su existencia concreta, toda formación social es una complejidad de tiempos diferencialmente articulados, en los que no existe un único modo de producción —y por lo tanto la subsunción no es total—, sino uno dominante que opera, unificando fuerzas y relaciones que le son heterogéneas.

Saber no solo *cuáles* sino *qué* son las fuerzas productivas y las relaciones de producción en una formación social es una tarea sensible y estratégica para comprender qué cosa es el imperialismo, afirmaba Althusser en *Sobre la reproducción*. ¿Qué otra cosa nos reclamaba pensar Mariátegui cuando analizaba la economía del gamonal o del salitre subsumidas contradictoriamente a la lógica del capital monopólico? ¿De qué otro asunto conversa Marx con Vera Zasúlich? ¿Qué es la «formación social abigarrada» de René Zavaleta Mercado, sino una articulación contradictoria de tiempos heterogéneos en los que opera la dominancia abstracta pero real de la desposesión capitalista? Sin esa complejidad, nuestra comprensión de la historia concreta se disuelve en el fetichismo del presente abstracto del capital como «el mundo de la humanidad».

Como descubría Luxemburgo, el «punto de vista de la reproducción» amplía el campo de visión de esa economía cerrada teorizada en el Libro I de *El capital* (entre la teoría del salario y la acumulación primitiva) para permitirnos ver la articulación ampliada de múltiples temporalidades concitadas por la trabazón necesaria de relaciones capitalistas y no capitalistas en la dinámica imperialista. Desde el «punto de vista de la reproducción», el presentismo se revela como un efecto —ideológico— de la abstracción capitalista del tiempo, mostrando su articulación necesaria con relaciones que le son heterogéneas. Su asedio economicista y humanista se reinscribe como una metafísica de la catástrofe también en la amplia estela de la herencia marxista, desde las tendencias evolucionistas de la II Internacional y el estalinismo hasta las pretendidas superaciones tecnocráticas y juristicas que quisieron saldar la llamada «crisis del marxismo» desplazando a la complejidad histórica de su campo de visión.

**NO ES «EL MUNDO», SE DICE IMPERIALISMO Y ESTÁ EN CRISIS** En *El nuevo imperialismo*, David Harvey analiza la singularidad del capitalismo tardío en clave de una profunda crisis de reproducción. El capitalismo de rapiña, descrito como «acumulación por desposesión», es una respuesta al agotamiento de las formas de reproducción ampliada tradicionalmente basadas en estrategias de espacialización y temporalización del capital. Las

→



primeras, orientadas a colocar activos en regiones periféricas, reconfiguran fronteras y regiones (como anticipaba Luxemburgo y reconoce en *Imperialismo en el siglo XXI* John Smith), dando por resultado la sobreexplotación del trabajo del Sur por el capital del Norte Global.

En cuanto a las estrategias de temporalización de la reproducción, Harvey muestra que la colocación del capital y el trabajo excedente en infraestructura social, prolongan los tiempos de la reproducción. Pero como recuerda Cinzia Arruza en «El género como temporalidad social», la reproducción ampliada del capital es un ámbito de temporalidades en conflicto en el que «el capital atraviesa incesantemente la fantasmagoría de sus continuas metamorfosis». El planteo del punto de vista de la reproducción hace visible la condición ideológica de aquellas concepciones del capitalismo como un sistema tendiente al equilibrio, desde la teoría marginalista a las más recientes del capital humano de Gary Becker, afirma reiteradamente George Caffentzis, incluidas las nuevas formas de fatalismo algorítmico, vitalista o economicismo aceleracionista.

Así pensado, lo que Harvey identifica como una «acumulación por desposesión» no es la verdad oculta del capital ni la totalización de su poder, sino una reacción coyuntural frente a su propia crisis de reproducción. Una crisis liminal en la historia del imperialismo, en la que sus diversas estrategias de temporalización y espacialización se encuentran enrarecidas. Y donde las modulaciones catastrofistas del presentismo se muestran poco eficaces para impulsar la restitución de una utopía humanista pero todavía mantienen su capacidad narrativa para dejar al capitalismo fuera del campo de visión. Son tiempos, como decía Pêcheux, en los que el poder combate multiplicando sus espectros.

El feminismo no inventó el concepto de reproducción, pero sí prestó su cuerpo al campo de visión que nos permite reconocerlo hoy en su fuerza crítica y política. La teoría feminista, y especialmente los desarrollos sobre la reproducción, ven lo que la teoría de Marx «descubre sin ver». Con ello iluminan otras genealogías, entre las que podemos empezar a rastrear las bases de una perspectiva no catastrofista del presente. El punto de vista de la reproducción, como señalara José M. Aricó, inaugura el momento ético-político de la teoría marxista, no como su «complemento», sino como una lógica inmanente que conecta ciencia y revolución y que no cabe en ninguna metáfora de la visión. ×



## EL PUNTO DE VISTA DE LA REPRODUCCIÓN, COMO SEÑALARA JOSÉ M. ARICÓ, INAUGURA EL MOMENTO ÉTICO-POLÍTICO DE LA TEORÍA MARXISTA.

# la guillotina

---

AQUÍ NO HAY PATÍBULO

# El destino manifiesto de Putin

Desde que salió del colapso postsoviético, la Rusia de Vladimir Putin ha resurgido como una potencia imperialista comparativamente débil pero cada vez más agresiva.

**H**ay una extraña reticencia en algunas partes de la izquierda a considerar el imperialismo ruso en sus propios términos. La mayoría de las veces, se lo trata como un espejo del imperialismo occidental, reaccionando a sus provocaciones, pero imitándolo en lo esencial.

Esta teoría de la «imitación» tiene cierta base en la realidad. Como señala el intelectual liberal búlgaro Ivan Krastev, partes del discurso de Putin para justificar la anexión de Crimea en 2014 repitieron casi textualmente la declaración de

independencia de Kosovo, que fue fuertemente alentada y patrocinada por Estados Unidos y sus aliados de la OTAN. Krastev también señala que el asalto ruso a Kiev comenzó con un ataque a la torre de televisión de la ciudad, al igual que la OTAN bombardeó la torre de televisión de Belgrado en 1999.

Estas similitudes, sin embargo, no son más que una prueba de la obsesión de Putin por la «hipocresía occidental» y su deseo de exponerla ante el mundo. No cambian el hecho de que Crimea era muy diferente de Kosovo —para empezar, Kosovo

nunca fue anexionado por Estados Unidos— o de que el Kremlin se ha distanciado de hecho de este tipo de retórica en los últimos años.

La reaparición del imperialismo ruso en la escena mundial no puede separarse de la rivalidad interimperialista global, pero tampoco puede reducirse a ella. La singular trayectoria de Rusia desde el colapso de la URSS creó una forma específica, aparentemente anacrónica, de imperialismo centrado sobre todo en la expansión territorial, que culminó con la invasión de Ucrania en 2022.

## El imperialismo liberal y sus límites

Hace más de un siglo, el marxista ruso León Trotski observó que una combinación de condiciones geográficas desfavorables, baja densidad de población y feroz competencia internacional había conducido a la aparición de un Estado poderoso y militarista en Rusia que simultáneamente obstaculizaba el



desarrollo económico y trataba de estimularlo mediante la intervención estatal. El camarada de Trotski y posterior líder de la Revolución Rusa, Vladimir Lenin, añadió más tarde que el Estado ruso generó su propia forma de imperialismo, una que era, bromeó, «burda, medieval, económicamente atrasada y militar-burocrática».

La utilidad de la visión de Trotski residía en su observación de que la trayectoria histórica de Rusia era producto tanto de condiciones locales únicas como de poderosas presiones externas para competir con las otras grandes potencias. En muchos sentidos, lo mismo ocurre con el imperialismo ruso actual. De hecho, incluso presenta algunas similitudes

con el tipo de imperialismo que Lenin describió hace 100 años.

La introducción del capitalismo en Rusia en la década de 1990 fomentó el ascenso de una nueva clase dirigente. Esta élite capitalista actuó simultáneamente como una llamada «burguesía compradora», es decir, una clase dominante local que convierte la riqueza de recursos del país en activos extranjeros y bienes raíces, así como una burguesía nacional que rápidamente compró industrias privatizadas y dominó las cadenas de suministro en todo el espacio postsoviético.

Al mismo tiempo, Rusia heredó de la URSS un ejército hinchado y el segundo mayor complejo militar-industrial del mundo. Los

oficiales que componen esta gigantesca burocracia fueron formados en el pensamiento estratégico del periodo soviético y llevaron estas ideas a sus nuevas carreras como burócratas militares rusos.

Durante un tiempo, los intereses de las élites económicas y políticas rusas pudieron coexistir en relativa armonía. Mientras el *boom* económico de la década de 2000 generaba un excedente de capital que los empresarios estaban dispuestos a reinvertir en los países postsoviéticos, el Kremlin consideraba el espacio postsoviético como su esfera de influencia «natural». En consecuencia, el Estado y los empresarios trabajaron juntos para establecer el control





político sobre la región a través de medios económicos, al tiempo que ejercían presión política cuando era necesario. El estudioso de la política exterior rusa Andrei Tsygankov describió este periodo con la sencilla fórmula: «Si no es con tanques, entonces con bancos». Anatoly Chubais, arquitecto del capitalismo ruso y actor clave en el Kremlin, habló abiertamente de que Rusia iba a establecer un «imperio liberal».

Sin embargo, la estrategia pronto se topó con sus límites. El motor económico de Rusia comenzó a tambalearse tras la crisis económica de 2009. En 2021, el PIB ruso era solo ligeramente superior al de 2008. A medida que el crecimiento se ralentizaba, el excedente de capital para reinvertir en el extranjero también se agotó, y los vecinos de Rusia empezaron a buscar financiación en otros lugares. Políticamente, el modelo ruso —con su dramática desigualdad, su burocracia disfuncional y su régimen autoritario corrupto— resultó poco atractivo para las poblaciones de los países vecinos. En consecuencia, el Kremlin solo podía mantener relaciones amistosas con otros autócratas: los movimientos democráticos en el espacio postsoviético condujeron inevitablemente a un cierto distanciamiento de Rusia.

Putin rompió definitivamente con la estrategia liberal de construcción del imperio en 2014. Incapaz de influir en el movimiento que derrocó al presidente ucraniano Víktor Yanukóvich, el Kremlin rompió sus propias garantías de seguridad a Ucrania —consagradas en el Memorando de Budapest de 1994— al anexionarse Crimea y apoyar a los separatistas prorrusos en la región

del Donbas. Desde entonces, la confrontación militar ha eclipsado todos los aspectos de la política exterior rusa.

Los intereses inmediatos de la élite empresarial rusa fueron sacrificados en aras de los objetivos geopolíticos del Kremlin, y la integración de Rusia en la economía mundial dio paso a un creciente aislamiento combinado con una confrontación directa con Occidente. La decisión de invadir Ucrania en febrero de 2022, que los generales rusos habían barajado desde que comenzó el conflicto con ese país, marcó la culminación de la estrategia que se ha venido aplicando desde 2014.

### El revanchismo ruso recargado

El imperialismo ruso contemporáneo se caracteriza por dos rasgos. En primer lugar, está marcado por una obsesión por el territorio, como lo ejemplifica el discurso de las «zonas de amortiguación» y los «corredores terrestres». Sus ambiciones económicas son, en el mejor de los casos, indirectas y tienen una base estrictamente territorial: para el Kremlin, el objetivo final es el sometimiento político de la región postsoviética. Los beneficios económicos se derivan del control político.

Después de que fracasaran todos los demás intentos de subyugar a Ucrania, el *establishment* ruso recurrió a la conquista territorial en estado puro. En este momento, el objetivo de Putin es apoderarse de todo el territorio ucraniano posible. A pesar de varios reveses militares, sigue manteniendo el objetivo maximalista de conquistar todo el

país. Cuando el expresidente Dmitri Medvédev, uno de los colaboradores más cercanos de Putin, se preguntó si Ucrania «seguirá existiendo en el mapa del mundo» dentro de dos años, no se trató de un simple ruido de sables, sino que fue un fiel reflejo de la mentalidad de Putin.

En segundo lugar, la lógica territorial del imperialismo ruso está vinculada a una visión del mundo que Putin y su entorno han defendido sistemáticamente desde el infame «discurso de Múnich» pronunciado en la Conferencia de Seguridad que tuvo lugar en esa ciudad en el año 2007. Según Putin, el colapso de la URSS supuso la pérdida de territorios que «históricamente» pertenecían a Rusia. El fin de la Guerra Fría marcó una violación fundamental de los principios de «justicia» geopolítica, que suponían una división del mundo en esferas de influencia entre las principales potencias nucleares.

Así, en su reciente discurso en el Foro Económico de San Petersburgo, Putin afirmó que solo «los Estados poderosos y soberanos pueden tener voz en este orden mundial emergente. De lo contrario, están condenados a convertirse en colonias desprovistas de todo derecho». Según Putin, Ucrania —así como, por ejemplo, los Estados de Europa del Este o de África— nunca podrán determinar su propio destino, pues la historia ha decretado que están destinados a seguir siendo colonias de tal o cual «soberano». Occidente debe abandonar su hipocresía reconociendo esta dura realidad y aceptando una redivisión del mundo que tenga en cuenta las apetencias de todos los actores globales.

La pretensión de Rusia de intentar el estatus de gran potencia

también va acompañada de argumentos relacionados con la oposición de las culturas «alta» y «baja»: así, la propaganda del Kremlin subraya constantemente la crudeza de la lengua ucraniana y la inferioridad de la identidad nacional ucraniana, al tiempo que afirma que la incorporación rusa de los territorios ucranianos devolverá a sus poblaciones a su auténtico «espacio histórico y espiritual». Es difícil pensar en una declaración más abierta de imperialismo, no solo en la práctica sino también en términos de ideología.

Habiendo emprendido un camino de conquista imperial que probablemente sea irreversible, no es de extrañar que la imaginación política de la élite rusa esté tan fijada en el pasado. Putin se compara ahora abiertamente con Pedro el Grande, que a principios del siglo dieciocho «devolvió» el territorio ruso y «fortaleció» el país de forma parecida a como lo hace hoy. Con el telón de fondo de un declive económico sin precedentes y un creciente aislamiento internacional, Putin y sus secuaces optan por engañarse a sí mismos con declaraciones de un «nuevo mundo» en el que desempejarán un papel protagonista.

## Hacer tiempo

La clave de la estrategia actual de Putin no es tanto derrotar militarmente a Ucrania, sino utilizar el miedo a una guerra mayor para presionar a Occidente para que le ceda el país. Rusia sigue acumulando enormes ingresos por las exportaciones de petróleo y gas a pesar de las sanciones, y sus armas y recursos humanos están lejos de agotarse, lo que significa que la

guerra podría prolongarse durante meses o incluso años. Como sugiere el propio Putin, el tiempo juega a su favor: a pesar de su apoyo público a Kiev, los líderes de la UE ya están presionando silenciosamente a Zelensky para que concluya un acuerdo de paz lo antes posible, incluso si eso significa ceder grandes extensiones de territorio o incluso la pérdida de la independencia de Ucrania.

Para Putin y la élite rusa, este giro de los acontecimientos solo puede interpretarse como una prueba de que la estrategia de comerciar con el miedo y el chantaje funciona y debe seguir adelante. Ya se han nombrado en varias ocasiones posibles objetivos futuros de la expansión militar rusa: Moldavia, donde las tropas rusas están estacionadas en la no reconocida Transnistria, los países bálticos, donde Putin calificó recientemente la ciudad estonia de Narva de «intrínsecamente rusa» y la Duma debatió la revocación de su reconocimiento de la independencia de Lituania y de Kazajistán, cuyas provincias del norte Putin describió recientemente como un «regalo» de la Federación Rusa.

El giro a la agresión territorial hacia el exterior también ha provocado dramáticos cambios internos. Rusia se encuentra bajo la ley marcial de facto: cualquier crítica pública al gobierno se criminaliza, mientras que la élite gobernante se agrupa en torno a una agresiva ideología nacionalista. La primera ola de sanciones no consiguió desestabilizar el régimen, sino que lo hizo más resistente. Para mantener la lealtad de la élite, los oligarcas son compensados por sus pérdidas económicas con los activos y la cuota de mercado que dejan las empresas occidentales

que se van. La maquinaria de propaganda funciona a toda máquina, mientras que todos los medios de comunicación independientes están prohibidos. Cualquier actividad de protesta es rápida y eficazmente aplastada.

Dadas las ambiciones territoriales del imperialismo ruso contemporáneo, es probable que las concesiones diplomáticas no pongan fin a la agresión de Putin. De hecho, lo único que le ha frenado hasta ahora ha sido la obstinada resistencia de los propios ucranianos. Pero, como ha ocurrido varias veces en la historia de Rusia, a veces es la derrota militar del Estado en el exterior la que expone las profundas divisiones sociales en el interior y vuelve esa agresión hacia dentro, contra ese mismo Estado. ✕



# El laboratorio del imperio

---

**Hace más de 150 años, Estados Unidos se estrenó como potencia imperial en Centroamérica. Hoy la región concentra todas las contradicciones de un imperio a la deriva.**

**A** lo largo del siglo XX, Centroamérica fue percibida como un «laboratorio del imperio», según la formulación del historiador Greg Grandin. La premisa de este enfoque es que, entre la guerra contra México, el descubrimiento de oro en California y la presencia de filibusteros como William Walker en Nicaragua, la región sufrió en primera persona el impacto del expansionismo estadounidense. Con la aceleración de la industrialización tras el final de la Guerra de Secesión (1861-1865), Estados Unidos se incorporó al mundo imperial.

La intervención en Cuba, disfrazada de guerra hispano-estadounidense (1898), seguida de la escisión en Panamá, que fue el origen del canal (1903-1904), presagiaron continuas intervenciones en la región: el «gran garrote» había llegado para quedarse.

Desde entonces, en Centroamérica se diseñaron y experimentaron formas de dominación política y de subordinación económica que se han globalizado, orientando las relaciones de Estados Unidos con el Tercer Mundo. En este sentido, se puede decir que la región estuvo a la vanguardia del imperialismo.

Sin embargo, las formas implacables de dominación generaron formas radicales de rebelión: las revoluciones se hicieron «inevitables», como escribió Walter LaFeber. Y la contrarrevolución, también. La radicalidad del desafío guerrillero se correspondió con un terrorismo de Estado sin parangón: en El Mozote, Rabinal o Comalapa se multiplicaron los Auschwitz. Así, Centroamérica no solo se convirtió en laboratorio del imperio, sino también en caricatura de América Latina, en tanto las características del subcontinente adquirieron allí rasgos extremos.

El terrorismo de Estado fue el capítulo centroamericano de la contrarrevolución mundial en la Guerra Fría. Mientras que en Sudamérica las guerrillas se enfriaron en los años 70, con algunas excepciones, en Centroamérica la lucha armada se prolongó. Como si la región batallara desesperadamente por escapar de un destino que, finalmente, habría de imponerse. Entre la derrota de la reforma encarnada por



el derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954 y el ocaso de la revolución sellado con el revés sandinista en las urnas en 1990, se apagó todo un horizonte: el de la posibilidad de hacer de estos pueblos verdaderas naciones. Porque entre los días de William Walker y los de Ronald Reagan hubo un cambio crucial en la dinámica del sistema de capital, que todavía condiciona el presente de la región. La dominación imperialista, así como la resistencia que generó desde el siglo diecinueve, tuvo como telón de fondo un sistema capitalista en expansión sobre el que se construyó el poder de Estados Unidos.

Pero en el último cuarto del siglo veinte esta dinámica cambió. Desde entonces, el sistema se enfrenta a una crisis estructural, que se expresa en la imposibilidad de reanudar los ciclos de acumulación ampliada. La financiarización y el extractivismo son distintas respuestas a la misma crisis: en el primer caso, se adelanta el valor futuro; en el segundo, se intensifican los rasgos depredadores del sistema.

Si la dominación imperial en Centroamérica se constituyó y evolucionó en el marco de la expansión del sistema capitalista, ¿qué ocurre cuando el sistema abrazado por el imperio ya no ofrece ninguna

promesa de civilización? ¿Qué queda cuando el desarrollismo al que aspiraban personajes como Arbenz ha perdido su lastre histórico, mientras que la revolución ha desaparecido de la agenda? ¿Qué significa hablar de imperialismo en un mundo donde el capitalismo ya no se expande y donde el imperio está a la defensiva?

### Atracción y repulsión

En el siglo veinte, Estados Unidos y sus empresas succionaron la riqueza de la región. La United Fruit Company fue emblemática de esta realidad. En el siglo veintiuno, esta situación no ha cambiado por completo, pero existen otros elementos que la vuelven más compleja. Ahora sucede con frecuencia que es difícil determinar la nacionalidad de una empresa minera o agroindustrial, donde se confunden los actores transnacionales y los nacionales. Al mismo tiempo, los tratados de libre comercio restringen aún más la limitada soberanía de los Estados nacionales.

En 1952, el gobierno de Arbenz impulsó una reforma agraria que amenazaba el negocio de la United Fruit. Ésta tuvo que conspirar para derrocarlo. En 2017, El Salvador se convirtió en el primer país del mundo en prohibir la minería a cielo abierto, fruto de una lucha comunitaria que adquirió relevancia nacional. La empresa agraviada no amenazó al gobierno, pero sí judicializó al Estado. Es cierto que la demanda se presentó en Washington y que la empresa en cuestión era estadounidense. Pero se trató





de toda una arquitectura jurídica diseñada para defender el capital transnacional antes que a cualquier interés nacional. Pacific Rim Cayman exigió al Estado salvadoreño una indemnización de 250 millones de dólares por pérdida de beneficios potenciales. La demanda fue presentada ante el Centro Internacional de Registro de Diferencias Relativas a Inversiones del Banco Mundial en Washington, al que El Salvador —de acuerdo con una cláusula del Tratado de Libre Comercio de América Central (CAFTA)— está obligado a responder.

En resumen, el Estado salvadoreño debió defender ante un tribunal del Banco Mundial su derecho a denegar el permiso a explotar una mina a una empresa que demostró ser incapaz de cumplir los requisitos legales para hacerlo, gastando 12 millones de dólares en el proceso. En un fallo poco habitual, el Estado salvadoreño ganó el caso. Pero existen otros juicios similares en curso, interpuestos por empresas energéticas (como la estadounidense TECO, que demanda a Guatemala) o bancos (como el británico HSBC, que demanda a El Salvador). El elevado costo de estos juicios internacionales penaliza a los Estados centroamericanos, por no hablar de las exorbitantes indemnizaciones que se exigen.

Los tratados internacionales no sustituyen a los cañones, pero su poder de intimidación es comparable. En la práctica, es la soberanía violada por otros medios. Los TLC también han impulsado la industria maquiladora que, como sabemos, basa su rentabilidad en la explotación de mano de obra barata con escasa regulación. A su vez,

---

## Centroamérica no solo se convirtió en laboratorio del imperio, sino también en caricatura de América Latina.

---

la creación de zonas económicas especiales ha radicalizado la lógica de las plantaciones bananeras del pasado, formalizando la condición de enclaves económicos que contribuyen poco a los ingresos del Estado y no generan cadenas de valor en el espacio nacional. En el campo, como ocurrió en México con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), la agricultura familiar y comunitaria se ha visto gravemente afectada. La región importa cada vez más alimentos (incluso el maíz de las tortillas). Entre la sobreexplotación de las maquilas y el endeudamiento del campo, vivir del trabajo es cada vez más difícil.

El resultado es que el principal producto de exportación de Guatemala, Honduras y El Salvador (y, cada vez más, también de Nicaragua) son las personas. La migración, cada vez más necesaria, se ha convertido en otra industria que explota

la miseria. Por un lado, ofrece una válvula de escape a las tensiones sociales nacionales. Por otro, los inmigrantes aportan las remesas necesarias para equilibrar unas economías cada vez más deficitarias.

En la actualidad, el volumen de las remesas en Guatemala es casi igual a las exportaciones del país, y representan casi una quinta parte del PIB. Honduras y El Salvador se encuentran en una situación similar. Si en el siglo veinte la élite centroamericana servía al imperio para mantenerse en el poder, en el siglo veintiuno los centroamericanos de a pie trabajan para el imperio para mantenerse, a secas.

Resulta chocante constatar que ni siquiera la extraordinaria violencia producida por el terrorismo de Estado en la Guerra Fría y por la contrarrevolución en Nicaragua había expulsado a la gente de esta manera y a esta escala. Es difícil imaginar un testimonio más

elocuente del poder corrosivo del neoliberalismo, que en este caso vino acompañado de los acuerdos de paz. Desde el punto de vista del pueblo, la paz fue la continuación de la guerra con otros medios. El neoliberalismo y la globalización encarnados en los TLC han erosionado el tejido social en el campo y en la ciudad. Pero también han configurado subjetividades individualistas y competitivas. Al mismo tiempo, el desencanto con las promesas de paz ha llevado a un descrédito de la política como vía para el cambio social.

El fenómeno migratorio revela una juventud que se moviliza para cambiar su vida a gran escala. En Guatemala, unos 300 jóvenes abandonan el país cada día con destino al norte. Si en la Guerra Fría los jóvenes se comprometían masivamente en una apuesta política —que podía tomar forma de sindicato, partido o guerrilla— hoy en día el inconformismo se canaliza según la gramática individual y competitiva de la migración. Los jóvenes que en el pasado lucharon por cambiar *su* país, ahora luchan por cambiar *de* país.

¿Cómo puede mobilizarse una lucha antimperialista cuando el imperio es el objeto del deseo? ¿Cuándo la ambición que mueve a los jóvenes es integrarse en el imperio, aunque sea en una posición subordinada, en lugar de superarlo? ¿El objetivo es integrarse en lugar de liberarse? Y, en el caso de los que se quedan, ¿cómo criticar al país del que proceden las remesas para una familia que de otro modo no encontraría sustento? Ciertamente, este deseo contiene mucha ambigüedad, en tanto viene acompañado de múltiples impotencias,

privaciones y humillaciones inherentes al racismo. Además de la nostalgia. Pero, por regla general, lo que prevalece es el anhelo de integración, que opera incluso como estrategia de defensa frente a las humillaciones de quienes experimentan el desamparo.

Con este deseo llega también la incorporación de los valores del imperio, globalmente conocidos a través de la industria cultural. De ahí el interés de Nayib Bukele por legalizar el voto de la diáspora salvadoreña, que no siente la violencia doméstica en su piel pero se siente orgullosa de quienes pusieron a su país en el mapa, por muy cuestionables que sean la dictadura *cool* o el bitcoin como signos de modernidad.

### Aceleración y contención

Atracción y repulsión se combinan de forma interesada en la relación de Estados Unidos con Centroamérica. Aquí no hay víctimas sino intereses: el trabajo de los migrantes, las importaciones de las maquilas, la depredación de los bienes naturales y el consumo de drogas son también negocios para el imperio. La ambivalencia de Estados Unidos hacia Centroamérica es estructural. Y, como tal, también configura su política.

Estados Unidos respaldó el golpe que derrocó a Manuel Zelaya en 2009 en Honduras para conjurar el fantasma del bolivarianismo en la región, encarnado en un presidente liberal que coqueteó con el ALBA y con cambios constitucionales que allanaran el camino para refundar el país. Entretanto, el golpe creó las condiciones para que

la narcopolítica se apoderara del Estado. Bajo el liderazgo de Juan Orlando Hernández, Honduras se convirtió en un territorio de tráfico de drogas y en un productor masivo de migrantes.

Por ese motivo, trece años después, Estados Unidos vio con buenos ojos la victoria electoral de la esposa de Zelaya, Xiomara Castro. La expectativa es que este gobierno implemente políticas sociales, conteniendo el narcotráfico y la migración. El narcopolítico, por su parte, que dirigió el país durante dos mandatos tras el golpe, está a punto de ser detenido en Estados Unidos, como ya ocurrió con su hermano, condenado a cadena perpetua. Asimismo, funcionarios cercanos a JOH, como su mano derecha Ebal Díaz, están refugiados en la Nicaragua de Daniel Ortega, quien los protege de la extradición. En este antiimperialismo al revés, la tiranía de «izquierda» protege a los narcocriminales de «derecha» de la justicia estadounidense.

Al mismo tiempo, el gobierno de Xiomara Castro busca apoyo internacional —es decir, de Estados Unidos— para crear una comisión investigadora análoga a la extinta Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala (CICIG). Al igual que en Guatemala, el objetivo es crear un organismo con el respaldo de la ONU, capaz de actuar con isonomía frente a la corrupción que incluye el poder judicial del país. El objetivo es dismantlar el Estado paralelo formado por los vínculos entre las empresas, la delincuencia y la política. El progresismo hondureño busca apoyo internacional para investigar a los criminales que el antiimperialismo orteguista protege.

→



## Depredación y conservación

Una ambivalencia comparable rodea el trabajo de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) y la cooperación internacional. En países en los que la financiación social estatal es mínima y la filantropía también, la resistencia social depende en buena medida de la cooperación internacional. Pero con disonancias trágicas: mientras en Guatemala Estados Unidos colabora con la elaboración de la memoria del terrorismo de Estado del que fue responsable, en El Salvador, país en donde reprimió los intentos de democratización desde abajo, apoya ahora la resistencia al autoritarismo legado por este pasado trunco.

A pesar de las contradicciones, las consultas e iniciativas de los movimientos populares más combativos de la región a menudo cuentan con el apoyo de la cooperación internacional. Lo mismo ocurre con el mejor periodismo de investigación independiente, que cumple una función ciudadana crucial. Esta situación provoca fricciones con los gobiernos. Un caso extremo es el orteguismo, que en 2022 anuló la personalidad jurídica de más de 900 organizaciones de la sociedad civil. Las entidades afectadas van desde asociaciones médicas hasta la fundación de los míticos hermanos Mejía Godoy, cantantes de la banda sonora de la revolución de 1979.

Ese mismo año, el mafioso presidente de Guatemala amenazó con expulsar a la USAID, acusada de «promover el indigenismo» en el país y de conspirar para implantar un Estado plurinacional «como en Chile». Curiosamente, hubo otro

Estado plurinacional que expulsó a la USAID: Bolivia, en 2013. Mientras la USAID era acusada de indigenismo en Guatemala, la combativa Prensa Comunitaria del país publicaba un tuit recordando al expresidente Jacobo Arbenz, derrocado con el apoyo de la CIA en 1954. Tuit que fue a su vez replicado por el vecino Bukele en El Salvador como parte de una puesta en escena de la autonomía que, como toda su política, se apoya en la desinformación. Más al sur, Ortega insiste en el discurso antimperialista, aunque dos tercios del comercio exterior de Nicaragua es con Estados Unidos, mientras que el FMI nunca ha defraudado al régimen. Independientemente de cómo se describan estos regímenes, la desinformación no distingue entre ellos.

## Reforma y barbarie

El drama de Centroamérica es que la exclusión de la competencia capitalista no la libera del sistema. Por el contrario, en una región que tiene poco que ofrecer como valor pero donde la reproducción de la vida está mediada por el dinero, la compulsión de valorizar se desata con toda violencia. Frente al extractivismo que expulsa a las poblaciones de sus territorios, las organizaciones de Honduras defienden el derecho a la permanencia. Sus compatriotas reclaman la posibilidad de emigrar, el derecho a irse. Pero los centroamericanos parecen no tener ninguno de los dos. Sin poder quedarse y sin poder irse, ¿cuál es su lugar en el siglo veintiuno?

En un mundo donde no caben otros mundos, la política imperial se preocupa cada vez más por salvar a los suyos. Incapaz de recrear

la misión civilizadora de la época de Kipling —cuando la carga del hombre blanco implicaba forjar un mundo a su imagen y semejanza (pero también a su servicio)—, se limita a defender los intereses internos. Frente a la corrosión de la sociabilidad burguesa a escala mundial, el imperio no tiene más que construir muros. Y poco que combatir sino la droga y el «terrorismo», enemigos infinitos sin principio, medio ni final.

En esta realidad, la política de Estados Unidos hacia Centroamérica ya no se ocupa de los mercados y la revolución, sino de las drogas y la inmigración. Ambos implican el control de los cuerpos y la militarización de los espacios: si América Central sigue siendo un laboratorio, solo lo es de esta necropolítica en movimiento. Su mano derecha es el punitivismo que construye muros y llena cárceles. Su mano izquierda quiere sacar a los jóvenes de la migración y las drogas para que estén más seguros. En una región inviable en términos de la lógica del valor, las relaciones con Estados Unidos no pueden sino ser ambiguas.

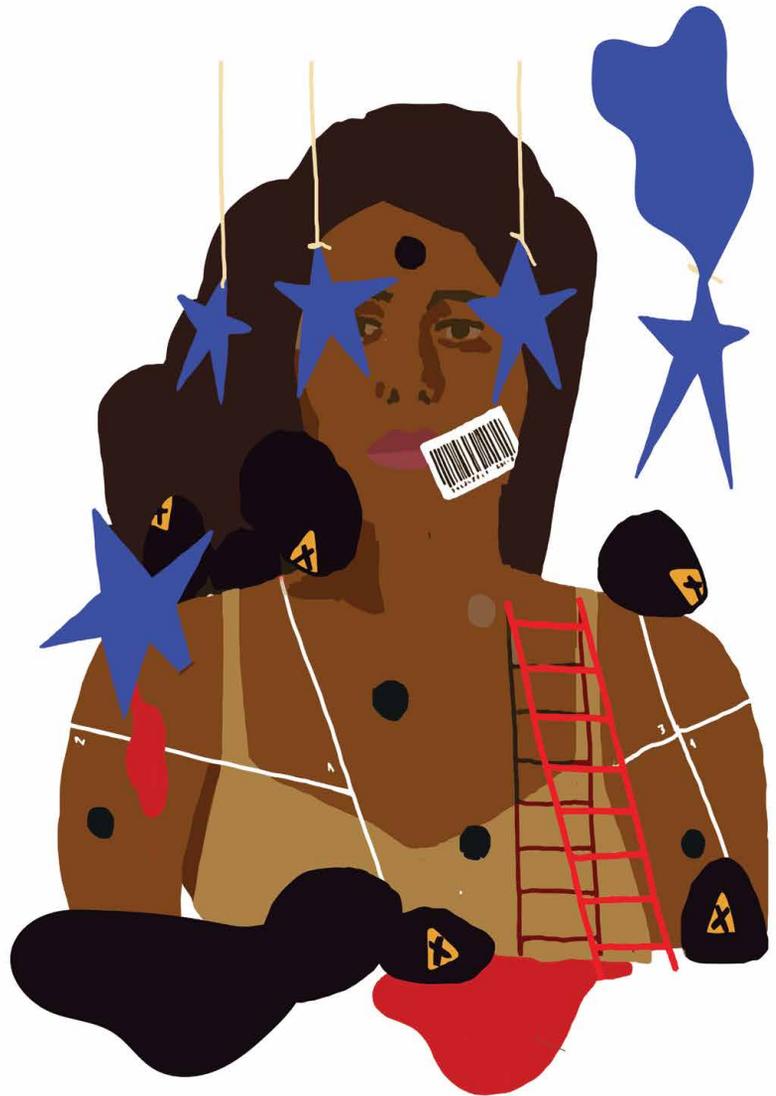
En el mejor de los casos, la política estadounidense pretende salvar el mundo de los blancos a escala global. Ello significa preservar el caparazón liberal en un mundo cada vez menos liberal. De ahí las paradojas en Centroamérica, donde es posible encontrar a la cooperación internacional del lado de los «buenos» en el bang-bang regional. La lucha contra la corrupción, la política antidrogas, la libertad de prensa, el pensamiento crítico, la militancia ecologista, el indigenismo e incluso los derechos humanos son valores que encajan en la agenda liberal de salvar a su propio mundo. Salvar el mundo de los

blancos a nivel global, en definitiva, significa defender las instituciones y los valores liberales que la propia dinámica del neoliberalismo erosiona. Ello explica la permanente ambivalencia de Estados Unidos, que no puede evitar la erosión inherente a esta forma social mientras que al mismo tiempo pretende preservarla (después de todo, su reino es en este mundo).

Esta dinámica corrosiva se mueve entre la aceleración de la crisis (como sucedió bajo el mandato de Trump) y los intentos por contenerla; entre la subversión —para mal— de los valores liberales y su defensa anacrónica. En un mundo en el que la subversión está encarnada por la derecha, los liberales a menudo convergen con la izquierda en la defensa de lo que queda de la sociabilidad de antaño.

Y es en el brazo internacional de esta política de contención donde se apoyan las diversas causas democráticas centroamericanas. Estados Unidos, que anuló la reforma agraria de Arbenz, apoyó hace unos años un proyecto de reforma agraria integral en Guatemala, que el Congreso terminó vetando. La propia elección de Xiomara Castro puede verse a la luz de esta dinámica: la aceleración de la crisis bajo Juan Orlando Hernández exigía su contención. Así, el mismo Departamento de Estado que apoyó el golpe en 2009 dio la bienvenida a Castro trece años después. En un contexto en el que Giammattei, Bukele y Ortega —aunque por diferentes motivos— tensan las relaciones con Estados Unidos, el gobierno de izquierdas hondureño se convierte en un posible aliado en la región.

La crisis sistémica del capital erosiona el tejido social, el medioambiente y los valores



liberales a diferentes ritmos e intensidades según la posición de cada país en el sistema global. Y América Central, una región marginada del sistema, revela hoy los efectos de esta corrosión a un nivel avanzado. Excluida de un sistema totalizador que no admite extraños, la anomia centroamericana no puede aislarse y penetra en el centro imperial por

sus poros, condicionando su política en términos muy diferentes a como supo hacerlo en el pasado. Así las cosas, la región que vivió uno de los capítulos más sangrientos de la contrarrevolución mundial durante la Guerra Fría vive ahora uno de los capítulos menos prometedores del desafío burgués: el de salvar su mundo... o acelerar su final. ×



ENTREVISTAN  
MARTÍN MOSQUERA Y NICOLAS ALLEN

ILUSTRACIONES  
JUAN PALARINO

TRADUCE  
PEDRO PERUCCA

# RAZONABLE DE PU



La brutal operación de Estados Unidos y la OTAN no justifica el aventurerismo enloquecido de Putin. Un análisis no unilateral sobre la guerra en Ucrania y su impacto regional y mundial.

**«ES PERFECTAMENTE  
LE NO ESTAR A FAVOR  
PUTIN NI DE ZELENSKY»»**

E

l escritor, cineasta e historiador paquistaní Tariq Ali, integrante de los consejos editoriales de la revista *New Left Review* y de Verso Books e histórico militante

de izquierda en Gran Bretaña, donde vive desde su juventud, analizó para *Jacobin* el nuevo escenario mundial abierto por la invasión Rusa a Ucrania. Siempre interesado en la evolución de los movimientos políticos latinoamericanos, también destacó que la coyuntura política actual abre la posibilidad de una nueva Marea Rosa en la región.

**Comenzamos con la gran pregunta, la que tiene que ver con el debate que está dividiendo a la izquierda internacional en torno a cómo caracterizar la guerra en Ucrania. Están los sectores que afirman que la guerra es solamente una «guerra de independencia nacional» contra un agresor imperialista, en este caso Rusia, y hay quienes afirman que también se trata de una «guerra por delegación» librada por Estados Unidos y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y que, por lo tanto, sería también una guerra interimperialista. Esas son dos de las principales posiciones sobre el conflicto, cada una con vertientes, pero ¿cuál sería su propia caracterización de esta guerra?**

**TA.** Desde el principio he visto que esencialmente se están librando tres guerras. Una es, por supuesto, la intervención rusa en Ucrania, en la que el aventurerismo enloquecido del presidente ruso Vladimir Putin lo llevó a pensar que su ejército era capaz de tomar todo el país sin más. Esa fue la causa inmediata de esta guerra en particular. En segundo lugar, es una guerra entre los invasores rusos y los nacionalistas ucranianos de toda clase, incluida la derecha dura dentro del núcleo nacionalista ucraniano, respecto de quienes no tiene sentido negar que son fascistas en lo político, con un legado que proviene de los fascistas que lucharon junto al Tercer Reich durante la Segunda Guerra Mundial. Hay una larga historia de eso en Ucrania. No es un gran secreto. Pero sería un error decir que todos los nacionalistas ucranianos son fascistas, aunque todo fascista ucraniano es nacionalista. Y la tercera, que en los últimos meses se ha vuelto el aspecto más importante de la guerra, tiene que ver con la intervención de la OTAN. Ahora bien, es absolutamente cierto que Ucrania no

es miembro de la OTAN, pero eso no significa que la OTAN no esté en Ucrania. Porque viene siendo el caso desde 2014, cuando sucedió la llamada «revolución de Maidán», que efectivamente fue un golpe de Estado en muchos aspectos organizado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, con [la subsecretaria de Estado para Asuntos Políticos] Victoria Nuland diciendo abiertamente que estaba allí para elegir al nuevo liderazgo de Ucrania. ¿Qué puede ser más claro que eso? No me cabe la menor duda de que, desde 2014, Estados Unidos ha ido aumentando su control político, militar e ideológico de Ucrania.

Esto plantea una pregunta sobre lo que podrían haber hecho los rusos sin embarcarse en la guerra. En mi opinión, podrían haber ejercido mucha presión. Y, en el peor de los casos, podrían haber amenazado con tomar el control de los *óblast* en el Donbas, Donetsk y Lugansk. Y, de manera curiosa, eso es básicamente para lo que Estados Unidos estaba preparado, algo que se consideraba inaceptable pero que podía constituir un punto de negociación. Entonces Putin perdió completamente la calma y decidió que iba a tomar toda Ucrania. Y la razón por la que hizo esto fue porque estaba harto. Rusia y Estados Unidos, con sus respectivos servicios de inteligencia, sabían perfectamente lo que estaba pasando. Desde el pasado mes de septiembre Estados Unidos conocía los planes rusos para la invasión a Ucrania, pero no podían creerlo y tuvieron que preguntarle a sus colegas rusos, quienes confirmaron esos planes por haber perdido la paciencia ante todos los juegos que había estado jugando Estados Unidos. Pero, aun así, en Estados Unidos muchos dudaban de que eso fuera a concretarse. Y la mayoría de la gente de la izquierda, sabiendo lo que había estado sucediendo hasta 2014, pensaba que Putin amenazaba efectivamente a Ucrania como forma de presión, con el objetivo de que del otro lado comiencen a escuchar y acepten sus demandas.

Tengo que decir que ninguno de nosotros creía en la amenaza de ocupación, algo tan irracional (exclusivamente en términos de racionalidad burguesa o incluso imperial, si se quiere) que no nos cabía en la cabeza. No era algo que pudiéramos haber previsto. Así que creo que ese es el preámbulo de la guerra. Y es interesante la respuesta inicial de personas de muy alto nivel en los Estados Unidos. Hay dos artículos de Tom Friedman en el *New York Times* que fueron muy críticos sobre el rol de Estados Unidos. Si bien allí Friedman no decía



explícitamente que EE. UU. eran responsable, todo su argumento era que esencialmente había provocado la guerra. No me gusta decir esto, pero hay que reconocer que se trató de un análisis bastante agudo, más que los de cualquier corresponsal de la prensa dominante en Europa.

El actual jefe de la CIA y exembajador estadounidense en la Federación Rusa William Burns ya había advertido hace años que la única línea roja para los rusos era Ucrania. Si la OTAN y la Unión Europea (ahora más o menos en acuerdo, con la excepción de Turquía) seguían por ese camino iban a provocar una respuesta sería por parte de Rusia. Muchas otras personas en el Departamento de Estado y en otros lugares plantearon advertencias en el mismo sentido. Mary Sarotte escribió todo un libro sobre el tema mapeando exactamente lo que había sucedido: *Not One Inch: America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate (Ni una pulgada: Estados Unidos, Rusia y la creación del estancamiento posterior a la Guerra Fría)*. Pero EE. UU. avanzó despreocupadamente después de 2014 y, aunque había muchas razones para ello, una razón clave era que no creía que Putin intentara ocupar la totalidad de Ucrania, como tampoco lo creía la izquierda. Y eso es lo que conmocionó a todo el mundo. Incluso el presidente estadounidense Joe Biden dijo públicamente que se hubiera podido aceptar la ocupación de Crimea y la ampliación

del espacio ruso con la toma de las provincias de mayoría rusa, lo que hubiera sido un punto de partida para las negociaciones. Pero los rusos fueron mucho más allá. Vale la pena tener esto en cuenta.

La ideología declarada de Putin es la de un gran chovinista ruso. No hay otra forma de describirla. Él glorifica el período zarista, cuando el Imperio ruso era enorme, odia a Lenin y a los bolcheviques por haberles dado a todas las naciones del antiguo Imperio zarista el derecho a la autodeterminación nacional. En particular, odia a Lenin porque afirma que entregó demasiado. Su forma de pensar no es nuestra forma de pensar, en eso podemos estar de acuerdo. Lenin y Trotsky, como la mayoría de los bolcheviques, eran internacionalistas y pensaban internacionalmente y el chovinismo ruso había sido su enemigo durante muchas décadas porque era la ideología de la élite gobernante. Putin incluso dijo que no existía tal cosa como una nación ucraniana. Esto es inaceptable.

Hay un argumento posible para plantear que, mirada en retrospectiva, la ampliación de Ucrania durante el período soviético, llevada a cabo cuando Jrushchov era el principal líder de la Unión Soviética, fue imprudente. Pero ¿quién puede decirlo cuando nadie había pensado jamás que la Unión Soviética se derrumbaría tan rápidamente? Putin no dice eso sino que él, Dmitri Medvedev y sus otros aliados afirman que no existe el Estado ucraniano ya que siempre fue parte de Rusia y que no hay nada que discutir. Esta posición implica que la ocupación de Ucrania apenas es una forma de recuperar algo propio, lo que no es cierto, porque incluso en los años veinte y treinta hubo grandes debates sobre Ucrania como nación, no solo por parte de los bolcheviques sino también por expertos en relaciones internacionales que sostuvieron que Ucrania es tan nación como Georgia, por ejemplo.

Eso es lo que Putin se niega a aceptar y ahí es donde estamos ahora. ¿Pero dónde estamos ahora exactamente? Mi opinión es que estamos en una situación en la que el intento inicial de Putin de tomar toda Ucrania demostró ser un desastre total y absoluto, incluso desde su punto de vista. El ejército ruso está atrapado, porque no era un ejército que esperara luchar durante tanto tiempo. Y eso es lo que va a pasar si el objetivo es tomar toda Ucrania, que no es un insignificante Estado báltico sino una nación de 14 millones de personas, incluso si no se

→

→

contara a la población rusófona. Entonces, ¿cómo podría tomarse Ucrania sin que la población y el ejército estén totalmente a favor y entiendan lo que se está haciendo y las razones para ello? En este sentido Rusia ha conseguido mejorar algo su posición en los últimos meses y hay sondeos de opinión que muestran que sus índices de aprobación están subiendo (sondeos realizados por agencias occidentales como Ipsos, no agencias rusas). Así que, básicamente, Rusia ha sido incapaz de cumplir sus objetivos.

Miles y miles de sus tanques han sido capturados y se dice que hasta 10 000 soldados rusos han muerto, lo que es una cantidad enorme. Probablemente, este sea el gasto bélico y de vidas humanas más importante desde hace mucho tiempo en Europa. Así que para Putin esto ha sido un desastre. Y mi opinión es que, en privado, la posición inicial de la OTAN era la de dejarlo ocupar algunos pequeños distritos para luego, a cambio de haberlo dejado hacer eso, incorporar a Ucrania a la OTAN. Eso era lo que Putin no quería que pasara ya que, por razones estratégicas de Estado, no quería bases militares de la OTAN justo en las fronteras de Rusia. Así que no iba a aceptarlo. Y en los medios de comunicación occidentales se habla muy livianamente de que la lucha se lleva a cabo entre Rusia y Ucrania, lo que es solo parcialmente cierto, porque el peso de la mayoría de los combates, en términos de suministro de armas, identificación y asesinato de generales rusos, es responsabilidad de Estados Unidos, que opera con el apoyo de la OTAN.

En cuanto a la solución, la única significativa es un acuerdo negociado en lugar de continuar con una guerra que va a costar cada vez más vidas ucranianas, la destrucción de ciudades ucranianas, etc. La esperanza rusa de que la entrada de sus tropas en Kiev fuera una expedición muy pequeña que rápidamente ocupe la capital y poco a poco vaya entrando en el resto del país, dejando atrás a miles de ucranianos en las fronteras con Polonia, no se ha cumplido. Ucrania organizó una fuerte resistencia, los alemanes están enviando armas, etc. Desde el punto de vista ideológico general, ha sido un gran triunfo para los Estados Unidos. No creo que haya otra forma de verlo. Hasta ahora, Putin ha sido humillado en el campo de batalla, sus fuerzas han sufrido, Suecia y Finlandia han decidido entrar en la OTAN y Suecia incluso ha comenzado a entregar a refugiados kurdos al presidente Erdoğan, para anular las objeciones turcas para sumarse a la OTAN. Así que es una especie de

victoria extraña, pero básicamente constituye una señal de que Estados Unidos ha impulsado esto y de que Rusia está ahora aún más aislada de lo que estaba antes de que decidiera ir a la guerra.

Ese es el balance hasta ahora. Así que las opciones creo que en gran medida están del lado de la OTAN. Ahora la OTAN o, en realidad, permítanme ser franco, Estados Unidos debe decidir si realmente quiere librar una guerra durante cuatro o cinco años para tratar de debilitar a Rusia a costa de una gran pérdida de vidas ucranianas y de la destrucción de sus ciudades. ¿Van a luchar hasta el último ucraniano simplemente para destruir a un nuevo enemigo de la Guerra Fría? Porque durante mucho tiempo Rusia fue un aliado de Estados Unidos. La guerra de Chechenia, por ejemplo, fue respaldada por Bush, Clinton y Blair. Mataron a mucha gente, y Grozny fue completamente destruida. Eso no fue un problema. Pero esto sí lo es porque desafía la estrategia de la OTAN en esa parte del mundo. La OTAN podría querer seguir luchando si piensa que puede quebrar al Estado ruso, pero no necesariamente ese sería el caso, incluso aunque fuera capaz de hacerlo. Porque si lo intentan se generarían más movilizaciones en Rusia y más gente estaría dispuesta a unirse y luchar para defender su propio país. Mucha más gente se involucraría en esa defensa de la que hoy está dispuesta sumarse a una invasión a Ucrania.

Así que estamos en un momento de transición. Putin está atascado. Ha obtenido algunas victorias en el Donbas, pero podrían ser de corto plazo. Estados Unidos dice que está decidido a luchar en la guerra y los nacionalistas ucranianos dicen que podrían haber estado dispuestos a aceptar la entrega del Donbas pero que ahora no lo están y quieren recuperar también Crimea. Bueno, si este es el caso, entonces esta guerra puede continuar durante algún tiempo. Y eso es lo que parece en este momento aunque, por supuesto, es una situación muy volátil en la que no pueden hacerse predicciones.

La otra parte de tu pregunta era sobre el estado de la izquierda. Muy pocos sectores de la izquierda apoyan la guerra de Putin y eso hay que reconocerlo. Hay unos pocos de línea dura que la apoyan simplemente porque el enemigo es Estados Unidos. Y esa nunca ha sido mi forma de ver la política, ni a nivel nacional ni a nivel mundial. El enemigo de tu enemigo rara vez es tu amigo, sí es que alguna vez eso sucede. La historia lo ha demostrado una y otra vez. Así que no es algo que pueda funcionar. Pero



**LA IZQUIERDA  
SIEMPRE SE  
DIVIDE CUANDO  
OCCIDENTE ESTÁ  
LUCHANDO  
EN UNA GUERRA  
Y HAY SECTORES  
QUE AHORA  
RESPALDAN  
LA PRESENCIA  
DE LA OTAN  
EN UCRANIA.**

no empezamos con la izquierda sino con el estado del mundo. La mitad del mundo, si no más, no votó para que Estados Unidos impusiera sanciones a Rusia. Eso es increíblemente importante, en realidad. Es que esa idea de que Estados Unidos decide a qué país sancionar y todo el mundo lo sigue no ha sido cierta en Cuba, ni en Venezuela, ni ahora en Rusia. Simplemente, no es cierto.

Cuando dos países del tamaño de China e India deciden tomar esa posición, no lo hacen por algún principio estratégico abstracto sino porque sus propios países, que tienen estrechos vínculos comerciales y económicos con Rusia, se verán muy afectados. La mayor parte de África hizo lo mismo. Los principales países del mundo se abstuvieron en la votación de las sanciones. Así que Estados Unidos tuvo que reunir a sus propios aliados, que son básicamente los países que dependen de él desde la Segunda Guerra Mundial. Esa es la realidad. Pero el resto del mundo no está a favor de la forma en que se está librando esta guerra y se opone totalmente a las sanciones a Rusia. Eso representa un cambio público respecto de una guerra que en el resto del mundo no se ve del mismo modo que desde los medios de comunicación europeos. En particular, los informes sobre el tema en India son bastante neutrales, presentando los puntos de vista de ambas partes.

En cuanto a la izquierda, los intelectuales están divididos. Algunos adoptan la posición que acabo de esbozar (que es la posición que defendemos en la *New Left Review* desde que comenzó la guerra y, por lo que leí, la posición de *Jacobin* no es tan diferente) y hay otros, como Slavoj Žižek, cuya ubicación no constituye una sorpresa. Está desesperado por algo de publicidad, así que se le ocurren estas ideas, pero nadie lo toma demasiado en serio en estos días. Hablando más seriamente, lo cierto es que su posición no ha cambiado desde la guerra de Yugoslavia, cuando apoyó los bombardeos de la OTAN. Ese fue el primer gran intento posterior a la Guerra Fría de expandir la OTAN por medio de la fuerza. Y Žižek defendió el bombardeo, algo que lo desacreditó un poco, aunque no demasiado en ese momento. Efectivamente, es un operador astuto e inteligente. Yo lo describiría básicamente como un liberal de izquierda. Y con este tema ha vuelto a sus orígenes. Creo que es inútil nombrar a otras personas.

La izquierda siempre se divide cuando Occidente está luchando en una guerra y hay sectores que ahora



→

respaldan la presencia de la OTAN en Ucrania y exigen más ayuda y más tropas para los ucranianos. Hicieron lo mismo con Siria, cuando era obvio que Estados Unidos estaba involucrado en el derrocamiento de un régimen que no le convenía en ese momento, apoyaron el derrocamiento de Gadafi en el cambio de régimen en Libia y ahora intentan no hablar de los desastrosos resultados en ese país. Y están haciendo lo mismo con Ucrania. Y creo que vale la pena subrayar que ninguna de estas personas, haya ahora cambiado de bando o reforzado sus posiciones previas, se preocupa demasiado por lo que sucede en Yemen, en Somalia, en el Sahara o por lo que ocurre entre bastidores en otras partes del mundo cuando a Estados Unidos no le gusta el régimen de algún país. Y si hablas con algunos de ellos sobre Palestina, básicamente plantean que los palestinos deben hacer un acuerdo a largo plazo con el Estado sionista, porque no se puede hacer nada más. Si renuncias por completo a cualquier forma de análisis radical de lo que ocurre en el mundo, ¿por qué debería esto ser diferente en Ucrania?

**Esto me recuerda a algo que Richard Seymour escribió hace poco planteando que la guerra es una especie de droga para los intelectuales de izquierda porque de repente sus ideas parecen tener una gran importancia e influencia mundial. Incluso hay algunos que se apresuran a apoyar las causas imperialistas, algo sorprendente, porque antes los intelectuales de izquierda eran los que, como decías, arrojaban luz sobre estas guerras ignoradas, las invasiones imperialistas o el colonialismo.**

**TA.** Eso es cierto, pero no se aplica a todos. Hay que decir que los intelectuales de la izquierda o del lado radical de los levantamientos revolucionarios han cambiado de bando durante mucho tiempo. Si nos remontamos a la revolución inglesa del siglo XVII, recomendaría un libro de Christopher Hill titulado *The Experience of Defeat*, en el que describe a los niveladores y a los miembros de otras sectas anticromwellianas que se opusieron a Cromwell por muy buenas razones, pero que luego se convirtieron en partidarios de la restauración monárquica y sobrevivieron para moverse libremente en la corte de Carlos II. Así que esto no es un fenómeno nuevo sino que solo lo parece para la generación actual. Lo mismo ocurrió después de la Revolución francesa y de la Revolución rusa. Muchos trotskistas que empezaron apoyando a Trotski terminaron alineados con el imperialismo estadounidense. Ahí es donde los llevó su



lógica particular. Max Shachtman es un ejemplo, porque terminó apoyando la invasión de Bahía de Cochinos en Cuba y básicamente defendió la guerra de Vietnam. Y hay otros como él. Solo digo que no es un fenómeno nuevo. Así que el hecho de que Žižek o un británico llamado Paul Mason, que estaba en la izquierda, hayan adoptado estas posiciones no es una gran sorpresa para mí. En cambio, franceses como Jean-Luc Mélenchon tomaron una posición que me parece muy equilibrada, no muy diferente de la nuestra.

Pero, una vez más, algunos de los grupos trotskistas se han lanzado a un entendimiento muy unilateral de lo que estaba pasando, básicamente sin cuestionar a la OTAN. Es como si la guerra saliera de la nada y no hubiera más responsables que Putin, que se volvió loco de repente. Es decir, explicaciones psicológicas de la guerra que dependen de una sola persona. Pero hay que leer a los periodistas y comentaristas estadounidenses para saber qué ha hecho su propio bando. Creo que es perfectamente posible decir en público, como he dicho, que estoy totalmente en contra de Putin y de las atrocidades que se están llevando a cabo en Ucrania pero sin estar a favor de la respuesta del gobierno ucraniano pro OTAN, que busca continuar

la guerra y poner sobre la mesa demandas inaceptables para que el enfrentamiento continúe. Es perfectamente posible adoptar una posición así. Cuando nos oponemos a la guerra de Irak, eso no significa que apoyemos la posición de Saddam Hussein. Cuando nos oponemos a la guerra en Siria, no significa que seamos partidarios políticos de Assad o de Gadafi en Libia. Puedes oponerte a una guerra incluso si no estás de acuerdo con la gente que está luchando. Y es perfectamente razonable no estar a favor de Putin ni de Zelensky.

Entiendo que decir esto es implica una especie de shock de horror para mucha gente. Pero cuando miramos a Zelensky queda claro que trabajó para ellos. Estados Unidos no lo quería, pero quedó atrapado en la corriente de la guerra y hubo que apoyarlo y construirlo. No es un tipo muy inteligente, simplemente hace lo que se le pide que haga. Entonces, ¿hasta cuándo vamos a adorarlo como a un héroe? Y eso es una clara muestra de cómo algunos en la izquierda se dejan atrapar por la propaganda de guerra. Esto sucedió menos en Irak que en Siria o Libia. Hay una mega propaganda en los medios de comunicación, la CNN y la BBC me resultan indistinguibles, ya que usan exactamente las mismas imágenes. Y los jóvenes no son conscientes del tipo de problemas más profundos que llevaron a esta situación, simplemente odian ver esa violencia. ¿Y quién puede culparlos? Yo también odio verla. ¿A quién le gusta que destruyan casas, que maten a gente corriente o que mujeres y niños intenten salir del país como refugiados? Claro que Occidente lo hace todo el tiempo en otras partes del mundo. Y es inaceptable, lo haga quien lo haga.

**Queríamos volver sobre el punto que estabas planteando en relación con la OTAN cuando aludiste a la incorporación de Suecia y Finlandia... Hay una revitalización de la OTAN que es bastante inesperada si tenemos en cuenta, por ejemplo, que Macron llegó a decir que la OTAN estaba en un estado de muerte cerebral poco antes de la invasión a Ucrania. Entonces, ¿estamos asistiendo también a una revitalización del poder militar estadounidense? ¿Cómo podemos leer la trayectoria de este fortalecimiento?**  
**TA.** Yo soy uno de los que nunca ha creído que el poder estadounidense esté en declive. Ha sufrido reveses, de los cuales el más reciente es Afganistán, pero eso no significa que su poder militar esté siendo superado por cualquier otro país o por una combinación de potencias.

El presupuesto militar de EE. UU. es superior a los seis presupuestos militares siguientes juntos, incluyendo a los de Rusia, China, India y la mayor parte de Europa. Y esa situación no ha cambiado. Aunque al inicio el rol de EE. UU. provocó cierta disidencia y nerviosismo entre algunas élites europeas, en particular en Alemania y marginalmente en los países escandinavos, por ahora se logró acotarla. ¿Pero a qué precio? Ahora Alemania tendrá que invertir ahora menos en gasto social y más en armamento y el ejército alemán crecerá. Si yo estuviera en el grupo de expertos asesorando al Departamento de Estado de EE. UU., diría: ¿están seguros 100% de que es una buena idea? No porque haya sido fascista sino porque actualmente es el país más importante de Europa, al punto de que si sacas a Alemania de la Unión Europea, ahora que Gran Bretaña ya está afuera, ésta se convierte en una broma.

Así que los alemanes jugarán un papel cada vez más poderoso y uno de los ejes estratégicos del Estado alemán ha sido tener relaciones amistosas en todos los niveles con los rusos. Hace tiempo que los dos países son complementarios en términos económicos y comerciales. Incluso durante el primer periodo de los bolcheviques, a finales de los años veinte, los alemanes no querían enredarse demasiado con ellos. Luego los nazis cambiaron eso y ya vimos con qué resultados para ellos. Pero cuando a la élite alemana se le negó el entrenamiento militar en su propio suelo, debido al Tratado de Versalles, los rusos firmaron el Tratado de Rapallo en 1922 por el que permitían el entrenamiento de los alemanes, porque estaban en contra de Gran Bretaña y Estados Unidos. Así que, independientemente de la estructura social capitalista de los dos países y de los diferentes niveles de desarrollo, hoy tienen grandes capitalistas que son amistosos entre sí.

¿Hasta cuándo seguirán aceptando los alemanes aislar a Rusia, algo que va en contra de sus propios intereses estatales y económicos? Probablemente hasta que termine la guerra de Ucrania, pero no creo que sus posiciones hayan cambiado tanto internamente. En el centro del Estado alemán hay un núcleo duro proestadounidense y una facción menos dura pero igualmente importante que es prorrusa. Ahora aparentemente la OTAN se ha reforzado, lo que obviamente es un gran alivio para los Estados Unidos. Pero está claro que no pueden depender exclusivamente de la OTAN. Australia estuvo presente en esta última reunión de la OTAN en Madrid donde

→

→

se atacó a China como una probable amenaza futura... En mi libro sobre Churchill (*Winston Churchill: His Times, His Crimes*) caractericé a Gran Bretaña y Australia como los dos cruciales Estados-testículo de los Estados Unidos. No son importantes por sí mismos. Y no hay garantía de que esta situación continúe si Escocia se independiza, dejando a Inglaterra mucho más débil que antes, o si cambia la situación en Australia. Aunque allí un gobierno horriblemente derechista fue sustituido por uno laborista que en política exterior pretende mantener a Australia como Estado-testículo, así que la actual situación no va a desaparecer rápidamente, pero las cosas cambian en el mundo y los movimientos de masas se desarrollan.

**Queríamos pedirte que entraras en una caracterización más amplia de la coyuntura. Hay un debate en curso sobre el posible final de la globalización, del neoliberalismo y del orden geopolítico heredado de la década de 1990. ¿Cuál es tu opinión al respecto?**

**TA.** Bueno, yo diría que la globalización, tal como existió inmediatamente después del colapso de la Unión Soviética y en los años noventa, con esa especie de entusiasmo que sostenía que era el único camino a seguir, se ha derrumbado. Y lo ha hecho no por la fuerza de la izquierda —excepto en Sudamérica, a la que me referiré en un minuto— sino debido a la crisis de 2008. Y mucha gente, incluyendo a esa suerte de intelectuales que defienden el orden existente —muchos de los cuales eran sus apologistas en el *Financial Times* planteando semana tras semana que la globalización era la solución a los problemas del mundo—, hoy no aceptan la nueva situación y plantean que no hay que renunciar a todo, que no hay que tirar el bebé con el agua del baño, que no hay que atacar a las privatizaciones y demás.

Pero la caída de Wall Street en 2008 fue un duro golpe contra la globalización, gracias al que perdió su brillo en otras partes del mundo donde se vio lo que estaba sucediendo. Y además que, simplemente sobre una base práctica, se puede constatar que la globalización no cumplió con sus promesas, excepto en China, que ha sido el gran descubrimiento de finales del siglo XX y que sin dudas dominará el siglo XXI. Y la razón para ello es que los chinos lo hicieron de manera inteligente. Aunque estuvieron tentados, no lo hicieron a la manera de los rusos, que decidieron volverse capitalistas poniendo efectivamente a la venta sus industrias por

sumas ridículas de dinero a los burócratas y sus amigos, muchos de los cuales habían sido incondicionales del Partido Comunista de la Unión Soviética. El origen de los oligarcas se encuentra en la burocracia que existía antes del colapso de la Unión Soviética.

Solo como nota a pie de página, en ese libro de Trotski de título mal traducido, *La Revolución traicionada* (que el propio autor había titulado ¿Qué es la Unión Soviética y hacia dónde va?, que era más sutil), se planteaba la existencia de período de transición en la Unión Soviética durante el que o bien se avanzaba hacia alguna forma de democracia socialista y se controlaba a la burocracia o se volvía al capitalismo, con la transformación de la mayoría de los burócratas que entonces defendían al régimen en capitalistas. Trotski no usó la palabra oligarca pero sí dijo que se volverían capitalistas, lo que fue bastante clarividente. Y eso es más o menos lo que pasó cuando la burocracia soviética se derrumbó. La dirección política soviética no tenía ninguna visión. Gorbachov y Yeltsin le creyeron a Occidente cuando les dijeron que iban a ayudarlos, pero de hecho vinieron y los saquearon.

Como sabemos, los chinos no aceptaron eso, aunque es importante recordar que lo consideraron. Pero finalmente debatieron las cuestiones dentro de sus *think tanks* y el liderazgo del partido y eligieron su método particular, que consistía en mantener una cantidad significativa de control estatal sobre la economía para poder intervenir rápidamente cuando tuvieran que hacerlo. Al mismo tiempo, utilizaron al Estado y sus estructuras político-económicas para crear nuevas ciudades y transformar a otras viejas como Shanghai o Beijing, consiguiendo exitosamente crear una clase media muy grande, que es bastante decisiva a muchos niveles. Ahora los rusos admiran a medias la forma en que lo hicieron los chinos y una de las cuestiones clave que los chinos remarcaron fue que estaban a favor de la *perestroika* pero no de la *glasnost* porque el partido debe mantener el control, de lo contrario todo podría salir como salió, un balance ahora obvio.

Pero incluso antes de la caída de Wall Street de 2008, donde la globalización fue golpeada bastante duro por primera vez fue en América del Sur. El caracazo venezolano produjo a Chávez. Recuerdo una cosa increíble que sucedió cuando arrestaron a Chávez y lo acusaron de llevar a cabo un golpe de Estado antes de que estuviera en el poder. Su plan era utilizar el ala más radical de los

→

«Es perfectamente razonable no estar a favor de Putin ni de Zelensky»



→

oficiales con los que se había estado reuniendo, quienes organizarían una huelga general para que se combinaran secciones del ejército y de la gran clase trabajadora. Pero la huelga general no se llevó a cabo y lo arrestaron. Pero él le dijo al gobierno de Venezuela, y esto es bastante fascinante: «No voy a negar esto. Pero, ¿por qué no me dejan admitir mi culpa ante el pueblo en la televisión?» Y lo hicieron. Así que Chávez habló en la televisión como detenido, diciendo: «Compañeros, lamentablemente, por ahora, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados». Al día siguiente vieron las encuestas de opinión que mostraban que el 70% de la población estaba de acuerdo en que Chávez tenía razón. Esto revela dos cosas: una es el hartazgo de la gente y la segunda la forma en que los políticos visionarios pueden golpear de repente, movilizándolo y vigorizando a las masas. Y sé que los venezolanos han tenido momentos difíciles y han cometido errores, no tengo problemas en reconocerlo, pero esto sentó las bases de lo que luego se conoció como la Marea Rosa, que consistió en una política socialdemócrata efectivamente de izquierda y democrática. En varios países impulsaron incluso nuevas constituciones, de las que la venezolana es la más radical (mucho más que la estadounidense, por cierto, ya que no le da poder a una Corte Suprema, e incluye el derecho de revocar al presidente y muchas otras cosas así). Y los bolivianos hicieron lo mismo e incluso los chilenos, cuyo nuevo presidente no simpatiza en absoluto con la izquierda, tienen que tener una constitución y eso está produciendo grandes debates dentro de la izquierda por la forma en que se está haciendo. Boric es muy pro Estados Unidos y no simpatiza para nada con la Marea Rosa.

Pero ese modelo no ha muerto. Los Estados Unidos no han sido capaces de retrotraer todo. Llevaron a cabo un golpe de Estado en Honduras que ahora fue revertido, lucharon muy duro para evitar que Andrés Manuel López Obrador fuera elegido presidente en México y sufrieron otro revés, se deshicieron de Evo Morales, obligándolo a salir del país, pero el Movimiento al Socialismo ahora está ahora de vuelta en el poder y Evo en su casa muy correctamente, sin jugar un papel central porque otros pueden llevar adelante la gestión. Los resultados de las elecciones colombianas realmente dieron mucho placer a un gran número de personas que siguen las noticias de América del Sur, porque probablemente era el país más apegado a los Estados Unidos, con un Plan Colombia diseñado para desestabilizar a otros Estados,

por el que se hicieron cosas desagradables en Venezuela. Todos sabemos eso. Ahora bien, no estoy diciendo que la victoria de estos dos destacados compañeros en Colombia vaya a transformarlo todo, porque el ejército en particular es algo que habrá que vigilar, es un hueso duro de roer, pero es un indicio de que Estados Unidos no puede salirse con la suya, ya que si quiere derrocarlos mediante un golpe militar también pagarán el precio, porque a la gente de hoy en día no le gustan los golpes de Estado, excepto a las élites. Bolsonaro probablemente sea derrotado por Lula, que llegará al poder de nuevo. Así que, a pesar de los altibajos, América del Sur sigue siendo el continente más progresista, lo que la sitúa en el punto más atractivo del mundo actual. ×



**YO SOY UNO  
DE LOS QUE  
NUNCA HA CREÍDO  
QUE EL PODER  
ESTADOUNIDENSE  
ESTÉ EN DECLIVE. HA  
SUFRIDO REVESES,  
PERO ESO NO  
SIGNIFICA QUE SU  
PODER MILITAR ESTÉ  
SIENDO SUPERADO.**

# basurero

---

TROTSKI DIVERSIFICADO

# La era de la inestabilidad

---

El historiador del pensamiento económico Adam Tooze, que se especializa en el estudio de la influencia de las crisis económicas en la reconfiguración del mundo moderno, nos cuenta cómo la pandemia cambiará drásticamente la política y el comercio mundiales en las próximas décadas. En su opinión, estas transformaciones serán aún más importantes que las que produjo la crisis financiera de 2008 y darán comienzo a una época de inestabilidad.

**A**ntes de la pandemia, muchos analistas anticipaban una repetición del colapso financiero de 2008 fundada en los mismos factores que la primera. En cambio tuvimos una crisis de muy distinto tipo. En tu libro, *Shutdown: How Covid Shook the World's Economy*, escribiste que la amenaza de enfermedades infecciosas capaces de generar una pandemia había sido identificada hace mucho tiempo por distintas instituciones y especialistas. ¿Qué nos enseña sobre el

sistema mundial el hecho de que no se haya adoptado ninguna medida preventiva?

**AT.** Está en juego la naturaleza de la amenaza. Las enfermedades infecciosas pertenecen a la misma categoría que el cambio climático, son una amenaza poco convencional. Esto no significa que no haya saturado el discurso científico durante décadas antes de haberse vuelto un hecho. Pero sigue estando lejos de la imaginación de las personas que ocupan su tiempo pensando en los riesgos

financieros. Recién ahora las instituciones que regulan las finanzas y los bancos centrales están asimilando temas como el cambio climático.

Un teórico como Niklas Luhman diría que la eficiencia de los sistemas modernos depende en gran medida de su naturaleza cerrada. Esto permite que funcionen eficientemente. Las cosas deben aparecer en el código del sistema para ser registradas. Una vez que lo hacen, son procesadas de un modo hiper-eficiente. En un sentido, tanto el

riesgo del cambio climático como el de la pandemia son difíciles de comprender.

En términos más concretos podríamos decir que todos los estudios sobre el riesgo de una pandemia anteriores a 2020 tendían a asumir que afectaba a los países pobres. Como dice Andreas Malm en su panfleto *Corona, Climate, Chronic Emergency*, la magnitud de la respuesta a la crisis está muy vinculada con el hecho de que los países ricos necesitaban salvarse a sí mismos. Esto fue parte del impacto de 2020: en pocos meses golpeó a China, luego a Europa y después a Estados Unidos, que representan el 60% del PIB mundial, en cuestión de pocos meses.

Podemos agregar un tercer elemento —más banal— a la explicación, que es que los sistemas fundados en el mercado tienen dificultades para interiorizar una externalidad como esta. Es una externalidad, no solo desde la perspectiva de los actores privados que sistemáticamente generan este tipo de riesgos (el desarrollo inmobiliario, la expansión urbana o el complejo alimentario agroindustrial), sino también desde el punto de vista de los Estados nación. Es fácil para ellos hacer pasar esto como un problema ajeno.

Así terminamos con una institución como la Organización Mundial de la Salud, que está terriblemente subfinanciada en relación con las necesidades del sistema mundial. Quedé pasmado cuando descubrí que su presupuesto anual es más pequeño que el de algunos hospitales de Nueva York. Por supuesto, son instituciones dedicadas a cosas bien distintas, pero la comparación brinda una idea de la desproporción entre la medicina privada

altamente capitalizada y la salud pública mundial.

Basta pensar en los ejemplos recientes. El más importante de los últimos treinta años es, por supuesto, la total pasividad y negligencia con la que los países ricos respondieron a la epidemia de VIH/SIDA de África subsahariana. Simplemente la dejaron crecer. En última instancia esto terminó provocando un cambio de actitud y de políticas en cuanto a la medicación del VIH, pero solo después de que millones de personas hubieron muerto y enfrentando la resistencia legal de las empresas farmacéuticas.

**Durante las primeras etapas de la pandemia circulaba la idea de que terminaría siendo el equivalente chino de Chernobyl. Dos años después, está claro que esta predicción pegó muy lejos del blanco: en vez de perder apoyo popular a causa de sus primeros errores, la dirección comunista china ganó legitimidad en contraste con el archivo de los gobiernos occidentales. ¿Por qué China fue relativamente exitosa en el combate contra el COVID-19?**

**AT.** La salud pública es una de las cosas con las que el régimen comunista chino está comprometido. Es una de las grandes promesas que hace a su población desde la época maoísta. En los años 1980, cuando China empezaba a abrirse a los expertos occidentales, los primeros estudios del Banco Mundial lo confirmaron: China e India eran países extremadamente pobres, pero China había alcanzado estándares sanitarios y educativos similares a los de un país de ingresos medios. Parte de ese compromiso comunista con la salud pública es que tratan los riesgos

epidémicos con mucha seriedad. Aunque en un primer momento no lograron comprender la dimensión de este brote particular por temas vinculados a la cadena de información, en Pekín nunca confundieron el COVID-19 con la influenza.

Una vez aclarada, la identificación del riesgo es el punto de referencia relevante en toda comparación. Es verdad que queda el tema de por qué fracasó el sistema de informes. Pero después, el 20 de enero de 2020, cuando el asunto fue públicamente reconocido, ¿qué pasó? La respuesta en China fue muy distinta de la de cualquier otra parte. En febrero nos dormimos. Deberíamos haber reconocido que si estaban aislando Pekín de Wuhan, teníamos que reconsiderar las posiciones de Tokio, de Londres, de Nueva York, de Los Ángeles y de todos los otros grandes aeropuertos, que deberían haber sido sometidos inmediatamente a un sistema de control intensivo.

Cuando Pekín arrancó de nuevo, vimos en acción el patrón consistente de inversión del Partido Comunista de China durante los últimos diez o quince años en el mantenimiento, la expansión y la modernización de su aparato partidario en esta enorme y rápidamente cambiante sociedad. Era fácil imaginar un partido comunista vuelto casi obsoleto a causa de la enorme urbanización y mejora social de China. Pero las autoridades lograron actualizar continuamente las estructuras del partido y su control sobre la sociedad china. Los nuevos y lujosos complejos de viviendas tienen células del partido comunista con miembros activos.

Esto es lo que entró en acción en aquel momento. Es análogo a varios



→ proyectos y perspectivas de revitalización, estímulo y orientación de conducta de los gobiernos locales y del sector de la gestión pública que vimos en Occidente desde los años 1990 y 2000, como por ejemplo el esfuerzo por desarrollar enfoques coordinados frente a «problemas familiares» definidos por rasgos de conducta. Además de desarrollar con diligencia las estructuras partidarias que condicionan todos sus movimientos, eso es lo que está haciendo el Partido Comunista de China, a una escala todavía más amplia.

Es fácil imaginar a China como un monolito gigante y homogéneo, pero en realidad es una enorme masa de localismos y particularidades, con dialectos regionales fuertes y un sentido bastante pronunciado de identidad regional. Una de las cosas que ayudó a impulsar el cierre fue el hecho de que las personas de Wuhan y Hubei tienen acentos regionales bastante fuertes, por lo que fue fácil

identificarlos para las medidas de cuarentena.

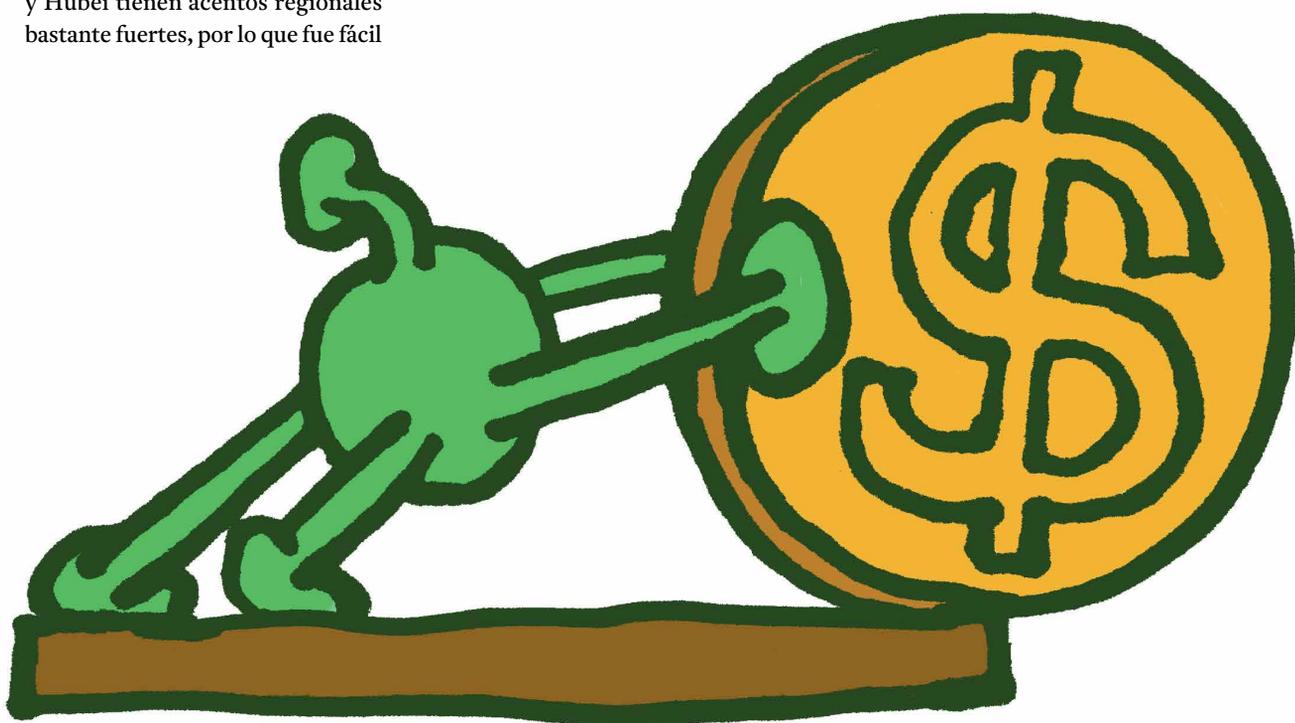
En febrero, en un par de semanas, Pekín tuvo que emitir órdenes antidiscriminación contra los comités locales y las organizaciones partidarias de China, que básicamente habían adoptado medidas de expulsión agresiva, control y vigilancia contra las personas que supuestamente habían llegado desde el sitio de la infección. A mediados de febrero, el régimen tuvo que compensar el volantazo hacia el confinamiento que había iniciado antes.

Todo esto configura un mecanismo muy efectivo para contener un virus que, en su primera variante, no era tan contagioso. Ahora nos damos cuenta de que nos contagiamos cuando estamos encerrados respirándonos en la nuca los unos a los otros. La gente no se enferma

cuando está en la calle, al aire libre. Pero esta primera oleada de drástico distanciamiento social bastó para interrumpir la pandemia en seco a mediados de febrero.

**En términos más amplios, ¿cómo se compara el impacto económico mundial inmediato de 2020 con el de 2008?**

**AT.** El impacto inicial fue mucho más salvaje, mucho más dramático y tuvo un alcance mucho más grande. La situación de 2008, más que como una crisis financiera mundial, se describe mejor como una crisis financiera noratlántica. Causó estragos en partes de la economía del Atlántico Norte. Lo que sucedió en 2020 fue bastante más amplio. La mayor parte de la fuerza de trabajo mundial interrumpió su actividad. El desempleo aumentó, con certeza,



más del 20% de India; en China los números están menos claros, pero dada la situación precaria de la enorme fuerza de trabajo migrante de ese país, 20% es una estimación razonable durante el período de finales de febrero o comienzos de marzo. En 2008 no vimos nada ni remotamente parecido.

Cuando llegó la segunda semana de abril, los cálculos indican que el PIB mundial había caído un 20%. Es la contracción más grave de la historia del capitalismo. No hubo nada como eso en 1929, 1907 o 1893. La verdad es que nada en la historia del capitalismo es comparable con este *shock*.

Pero también es impresionante la velocidad a la que se deshizo, en parte a causa de la naturaleza del *shock*, que fue una retirada deliberada del trabajo y del contacto social, en gran medida voluntario. Casi todos los datos, especialmente los de las economías avanzadas, sugieren que el aislamiento empezó a concretarse antes de las directivas gubernamentales. No voluntario en el sentido de que todo el mundo haya tenido la posibilidad de decidir libremente aislarse en el confort de un hogar bien equipado y comenzar a practicar nuevos *hobbies*. Pero las personas tomaron la decisión más o menos condicionada de que esta era la mejor alternativa dadas las circunstancias.

Esto cambió bastante rápido. Después, por supuesto, tuvimos la combinación de estímulo fiscal y monetario más grande que hayamos visto, sobre todo en Estados Unidos. En promedio, el estímulo terminó reemplazando el ingreso de las familias, especialmente las que viven con ingresos relativamente

bajos. La renta disponible aumentó en un momento en que el mercado de trabajo sufría un *shock* histórico, debido a la enorme escala de las asignaciones del Congreso

Ambas cosas son increíblemente inusuales. Aunque la recuperación está siendo un poco más decepcionante de lo que habíamos pensado, Estados Unidos terminó quedando por encima de la tendencia general, mientras que después de 2008 el proceso de recuperación fue dolorosamente prolongado. En un sentido, nunca volvimos a alcanzar la tendencia de crecimiento anterior a 2008. Pero esta vez parece que no es eso lo que estamos viviendo.

La experiencia de las economías de mercado emergentes y de bajos ingresos también fue bastante distinta. Después de 2008, en ninguna parte el impacto fue tan dañino como en 2020. En aquel entonces, estas economías se beneficiaron del *boom* de China, que continuó su curso hasta 2014 y arrastró a países como Brasil.

En cambio, esta vez las economías de mercado emergentes y de bajos ingresos recibieron cada golpe con la misma fuerza con la que lo recibieron los países de altos ingresos, y su recuperación hasta ahora viene siendo mucho más lenta. Aunque el año pasado en los países ricos merizó la desigualdad de los ingresos —lo hizo sin duda en Estados Unidos, a pesar de los beneficios exorbitantes que obtuvieron los sectores más acomodados a través de estímulo monetario—, el *shock* agravó la desigualdad en términos generales.

**En referencia a Daniela Gabor, usted habla en el libro sobre el «Consenso de Wall Street» que según ella y otros**

**estaría en marcha, y que aseguraría que hay suficiente crédito disponible para los mercados emergentes a pesar de la crisis. ¿En qué se diferencia este modelo del antiguo Consenso de Washington y cuáles son sus implicaciones políticas?**

**AT.** Es una modificación sutil y está cambiando constantemente. Todo el tiempo vemos nuevas iteraciones. Aunque no lo creas, existe algo denominado el «Consenso de Cornwall», bautizado así después de la cumbre del G7 del verano pasado, que reemplazó el Consenso de Washington. Todos estos conceptos intentan captar algo que está vinculado fundamentalmente con la esfera mundial.

Recién hablábamos de las intervenciones de la Reserva Federal en los mercados financieros estadounidenses. El Consenso de Washington fue un conjunto de prescripciones dirigidas a todo el mundo que tenían como fin regular la balanza de pagos y la cuenta financiera de las economías de mercado emergentes. Pienso que el concepto de Daniela intenta captar el desplazamiento a partir de un régimen orientado a disciplinar a los soberanos para que encajen con un marco dictado por normas de conductas financieras aceptadas y modos de integración con la economía mundial diseñados en Washington. «Washington», por supuesto, significa el Tesoro de Estados Unidos, el Departamento de Estado de Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, todas instituciones que funcionan, de hecho, en Washington, D. C. Hubo un desplazamiento que llevó de ese marco a un conjunto de modelos definidos por

→



los intereses de ciertas personas que trabajan a cuatro horas de Washington en el no tan veloz tren de Estados Unidos, en Wall Street.

En contra de lo que suele asumirse, Wall Street no quiere la política de austeridad fiscal clásica. Está interesado sobre todo en que el FMI y el Banco Mundial funcionen prácticamente como consultores o administradores que habilitan la emisión como respaldo y el crédito sin riesgo en los países de bajos ingresos y mercados emergentes. El desplazamiento nos aleja de un mundo en el que el objetivo principal es disciplinar a los deudores soberanos —como en el caso de Argentina, que es el fósil del Consenso de Washington y todavía suele acaparar los titulares de los diarios— y nos conduce a un modelo en el que el objetivo del juego es organizar respaldo público para la eliminación del riesgo en los créditos privados. Eso por un lado. Por otro lado, este modelo fortalece a los soberanos precisamente para que puedan tomar más deuda.

Esto significa que deben tener mercados de bonos en moneda nacional amplios y bien aceitados. No toman el riesgo insensato de endeudarse en dólares. En cambio, toman deuda en la moneda nacional y los inversores extranjeros absorben parte de ese riesgo mediante préstamos en moneda nacional. Hace un tiempo que los inversores extranjeros están dispuestos a hacer esto a gran escala porque estamos en un mundo en el que las tasas de interés son escasas.

Entonces, la pregunta es, ¿cómo equipar el Banco Central y el Ministerio de Finanzas de Indonesia con herramientas y habilidades que los conviertan en administradores confiables de un sistema como este?

Por un lado, tendrían que acumular una cantidad considerable de divisas extranjeras para amortiguar las devaluaciones. Por otro lado, Indonesia adoptó un régimen financiero bastante bien alineado con los criterios de Maastricht que utilizaron los europeos en 1992 para estabilizar el camino hacia la eurozona: límites de deuda, límites de déficit y todo el paquete. Es un ejemplo típico del modelo del Consenso de Washington.

El punto es alcanzar un entendimiento entre los grandes prestamistas de Wall Street y los gobiernos locales. Y los intermediarios del FMI y del Banco Mundial aceleran los acuerdos y permiten que funcionen como destinatarios de capital mundial. Por supuesto, esto requiere la colaboración de las élites locales, muchas de las cuales están formadas en las universidades de Estados Unidos o de Europa. Pero aun así no es más el modelo de los «Chicago Boys»: es una fusión de mucho más alto calibre entre las élites financieras de los mercados emergentes y sus colegas de Occidente.

En 2020, cada vez que esperábamos una crisis, la crisis no llegaba. En las economías de los mercados emergentes hubo una crisis de salud pública y un desastre macroeconómico, causados en parte por la resiliencia de este sistema. Si leemos las publicaciones del FMI o del Banco de Pagos Internacionales, reconocen que está desarrollándose algo parecido a este modelo, liberado de las ataduras de la panacea del Consenso de Washington. El nuevo modelo exige que de vez en cuando los países realicen intervenciones bastante importantes para conservar su viabilidad como deudores. Tuvieron éxito

en evitar la erupción de una crisis financiera abierta o de una enorme crisis de deuda en 2020.

### ¿En qué medida la pandemia aceleró la reconfiguración de las relaciones de fuerza entre China y los Estados Unidos?

**AT.** Lo hizo de modos bastante evidentes: la economía de China creció muy rápido y la crisis sacó a descubierto las profundas debilidades de la política nacional de Estados Unidos. Pero creo que lo más significativo, con diferencia, es que la crisis interna del último periodo de la administración de Trump se desbordó hacia una escalada externa, una escalada de las relaciones de Estados Unidos con China. La iniciativa vino del lado estadounidense y no parece encontrar un techo. Los demócratas pusieron toda su autoridad a disposición de esta lógica de recrudecimiento del conflicto.

Evidentemente, este proceso estaba en marcha. Remonta a las primeras etapas de la administración de Obama, más específicamente a 2009, cuando la primera visita del presidente a China salió muy mal y empezó a crecer la tensión. El giro a Asia fue anunciado en 2011, cuando Hillary Clinton era secretaria de Estado, y está claro que los militares estadounidenses empezaron a avanzar en esta dirección una vez que el agotamiento de la guerra mundial contra el terrorismo se volvió evidente en 2013 o 2014.

Trump heredó todo esto, pero está claro que los acontecimientos de 2020 imprimieron una torsión propia. La crisis del orden político nacional escaló a una retórica anti-china y a un discurso reaccionario y represivo dirigido incluso contra

los Estados Unidos. Este discurso apuntaba contra los liberales de Hollywood mediante una asociación cultural entre el antirracismo en Estados Unidos y la conciliación con el Partido Comunista de China. Tal vez el ataque contra los liberales y contra la izquierda no haya sido tan sorprendente, pero sí lo fue la presión que ejerció la administración Trump sobre el empresariado estadounidense. El procurador general William Barr lanzó amenazas increíbles contra el *lobby* de negocios de China.

Estamos observando una fisura profunda en la estructura de poder de los Estados Unidos entre la rama de la seguridad nacional y el aparato de gobierno económico y financiero, por un lado, y negocios e intereses económicos muy poderosos y bien arraigados, por el otro, que siguen profundamente apegados a profundizar su relación con China. Los acontecimientos de 2020 llevaron esta tensión a un nuevo nivel.

A la administración Biden le ha resultado difícil dar marcha atrás, y Pekín ha empezado a reaccionar. Si bien la iniciativa inicial correspondió, en términos generales, a Estados Unidos, ahora está claro que Pekín recogió el guante. Los Estados Unidos declararon una especie de guerra económica a China a través de sanciones tecnológicas, tratando de definir las áreas de desarrollo tecnológico que China no debe cruzar. Obviamente, esto es completamente inaceptable para Pekín.

Lo que estamos viendo ahora es un movimiento hacia el dominio del poder duro en su sentido más extremo. En aquel momento escribí un artículo sobre la retirada de Afganistán donde insistí en que bajo ningún

punto de vista indicaba el giro hacia un mundo posestadounidense, sobre todo teniendo en cuenta el presupuesto del Pentágono y su compromiso con las operaciones militares costosas, de alta tecnología y a gran escala. La escalada de la retórica sobre la competencia nuclear del jefe

del Estado Mayor Conjunto Mark Milley lo confirmó. Está claro que este es el rumbo adoptado, y es muy difícil compatibilizar una verdadera integración de las finanzas y de las cadenas de suministro con una carrera armamentística nuclear entre China y Estados Unidos. ✕



# Una guerra con historia

**Las responsabilidades por haber dinamitado la paz en Ucrania y azuzado los conflictos en la región son mucho más compartidas de lo que admiten políticos y periodistas occidentales.**

**L**a guerra de Ucrania es el más dramático de un reguero de conflictos que se remontan a la desintegración de la URSS, a la restauración del capitalismo en esa zona del mundo y al cierre en falso de la Guerra Fría a principios de los años noventa. El Estado creado en octubre de 1917 pasó de ser un instrumento al servicio de la revolución obrera y campesina internacional y una unión libre de repúblicas socialistas hasta mediados de los veinte (no sin problemas, dramas y contradicciones) a convertirse en una maquinaria subordinada al nacionalismo panruso de Stalin y a una política despótica en lo político, faraónica e

ineficiente en lo económico y conservadora en lo social. Si a ello le añadimos los efectos catastróficos de la contrarrevolución estaliniana (terror, deportaciones y liquidación de todo vestigio de democracia obrera) y la colectivización forzosa, en la URSS en general y en Ucrania en particular, daremos con las heridas abiertas que nunca sanarían tras la muerte del «Padre de los pueblos» en 1953.

Pero la vieja herencia del zarismo no solo resurgiría en la práctica de la burocracia estaliniana, sino que también las tradiciones anticomunistas y antisemitas subsistirían en los movimientos nacionalistas

antirrusos y antisoviéticos de no pocas repúblicas. El hecho de que un sector de la sociedad ucraniana recibiera a los nazis como fuerzas liberadoras en 1941 (recordemos que el mito del «judeobolchevismo» no era patrimonio exclusivo de los nazis sino compartido por buena parte de la derecha en la Europa de entreguerras) y que participara en el conflicto de la mano de la *Wermacht* también ha dejado huella en determinadas zonas de Ucrania.

Pues bien, como es sabido, la dominación soviética sobre las repúblicas no rusas es uno de los elementos clave de la crisis de la URSS y, unida al largo estancamiento brezneviano de los años setenta, a la catastrófica invasión de Afganistán y al agotamiento provocado por la carrera armamentística que impuso la segunda guerra fría de los tiempos de Reagan, conducirá a los intentos reformistas fallidos de la perestroika de Gorbachov primero y su estallido caótico cinco años más tarde. Con la perestroika en la URSS, la buena voluntad y la

generosidad pacifista y reformadora demostrada por Gorbachov no solo no despertó ningún tipo de reciprocidad entre las potencias occidentales sino que fue percibida como una gran oportunidad para completar un proyecto de dominación global y como un signo de debilidad que solo merecía gestos de desprecio y prepotencia, sobre todo por parte de Estados Unidos.

Otro elemento clave de la situación actual —las crisis políticas siempre están relacionadas con problemas materiales— es que Ucrania es la única exrepública soviética que no ha logrado superar el nivel de vida anterior a 1991, puesto que la desaparición de la URSS dislocó enormemente su tejido productivo y propició un saqueo oligárquico comparable al de Rusia pero con una particularidad importante: jamás logró un nivel de cohesión en torno a un régimen autoritario como el que impuso Putin desde los años 2000.

Dicho «pluralismo oligárquico» explica en parte las tensiones que estallaron primero en 2004 y posteriormente, con más virulencia, en 2014. De hecho, las zonas occidentales del país son las que más poder adquisitivo perdieron tras la desaparición de la URSS y, por consiguiente, aspiran a entrar en la UE como modo de alcanzar un nivel de vida superior o lograr la libertad de movimiento necesaria para establecerse en países vecinos con salarios más altos. Las zonas tradicionalmente rusoparlantes y con lazos económicos más estrechos con Rusia son las más industriales y las menos proclives a subordinarse a los dictados de la UE.

Las divisiones culturales y lingüísticas, los difíciles equilibrios en

política internacional y las disputas en el terreno comercial y diplomático en un contexto geopolítico de tensiones crecientes entre Rusia y Occidente desde 2008 estallarán en 2014 con el derrocamiento de Yanukovich y el viraje decidido del país hacia la Unión Europea y la OTAN. Si bien la revuelta, en un primer momento, respondía a aspiraciones emancipatorias, en buena medida fue recuperada por partidos teledirigidos por las fracciones más prooccidentales de la oligarquía ucraniana, con la ayuda decidida de agencias oficiales para el desarrollo y el apoyo manifiesto de la diplomacia y la inteligencia americana y alemana.

Sin duda, la represión de las protestas y su radicalización violenta otorgó un protagonismo muy importante a organizaciones de extrema derecha como el *Pravy Sektor* y *Svoboda*, embrión del tristemente célebre Batallón Azov (unidad militar integrada en las fuerzas armadas ucranianas desde entonces y que tendrá un papel clave en la guerra en el Donbas y en Mariupol tras el inicio de la invasión del 24 de febrero).

Como es sabido, el desarrollo del movimiento del Maidán conocerá un ascenso de la represión policial hasta culminar, durante la noche del 22 de febrero de 2014, en una masacre que acabará con la vida de más de 60 personas (tanto de manifestantes como de policías antidisturbios) por parte de francotiradores apostados en una azotea. Hasta el día de hoy todavía no han sido identificados los autores de la matanza, entre otras cosas porque las nuevas autoridades en ningún momento iniciaron una investigación de los hechos, pero ya existen

gran cantidad de evidencias y testimonios que atribuyen la autoría de la masacre a miembros de las promilicias de ultraderecha.

Tras la caída de Yanukovich, el nuevo gobierno de Poroshenko pisoteó algunos derechos culturales y civiles de la población rusoparlante y, en 2015, impuso leyes de descomunización —incluyendo la ilegalización del partido comunista, que contaba con el 14% de los votos—, política que está siendo profundizada y generalizada por el gobierno Zelenski so pretexto de la resistencia a la invasión en curso. Además, Poroshenko convirtió en héroe nacional al antiguo ultranacionalista pronazi (y, en tiempos de la Guerra Fría, protegido de la CIA) Stepan Bandera.

El hecho de que el Euromaidán no lograra una profundización democrática significativa de la política y la economía en un sentido antioligárquico ha llevado a las nuevas élites ucranianas a exacerbar el nacionalismo prooccidental y antirruso —sin que falte cierta promiscuidad entre fuerzas liberales y de extrema derecha— para mantenerse en el poder. Las ha conducido también a aplicar las políticas de ajuste estructural neoliberal dictadas por sus aliados del FMI y a mantener un conflicto armado con sectores reacios a la ruptura de relaciones con Rusia (desde la toma de Crimea por las tropas de Putin y la proclamación de las repúblicas prorrusas del Donbas, guerra civil alimentada desde entonces tanto por la intervención rusa de un lado como por la asistencia militar americana por otro)... sin que falte un ambiente antimarxista muy intenso que dificulta

→



la recomposición de la izquierda, tildada a menudo de «prorrusa».

Este fenómeno del transformismo ultranacionalista de una *no-menklatura* cleptómana, oligárquica y procapitalista no es exclusivo de la ex URSS. El estallido de la ex Yugoslavia durante los años noventa

también tiene mucho que ver con la adhesión de la antigua burocracia a un nacionalismo etnicista que conduciría a las masacres que tan bien aprovecharía la OTAN para perpetrarse tras el fin de la Guerra Fría, sobre todo en el caso del conflicto de Kosovo en 1999 (primer aviso

serio para Rusia de cómo la Alianza Atlántica imponía los «derechos humanos» y el cosmopolitismo liberal en suelo europeo).

La falta de voluntad política de alcanzar un acuerdo para concluir el conflicto del Donbas y, sobre todo, la aproximación a la OTAN a través de una estrecha cooperación militar con Estados Unidos por parte de los sucesivos gobiernos ucranianos posteriores al Maidán son los pretextos utilizados por Putin para lanzar la invasión en curso, tras años de reconstrucción del imperialismo ruso que —conviene recordar— tampoco es ajeno a la ampliación de la OTAN hacia el este, contraviniendo los acuerdos con Gorbachov que pusieron fin a la Guerra Fría.

Nunca se insistirá lo suficiente en la influencia que ha tenido en el resurgimiento del nacionalismo panruso la sensación de acorralamiento que ha generado la ampliación de la OTAN hacia el Este de Europa, no solo incluyendo a los países de la antigua zona de influencia soviética sino también a las exrepúblicas soviéticas del Báltico. La Cumbre de 2008 de la OTAN, en la que los americanos presionaron para hacer pública una declaración que prometía la entrada de Georgia y Ucrania en la organización militar, se ha convertido en un punto de no retorno en la degradación de las relaciones entre Occidente y Rusia.

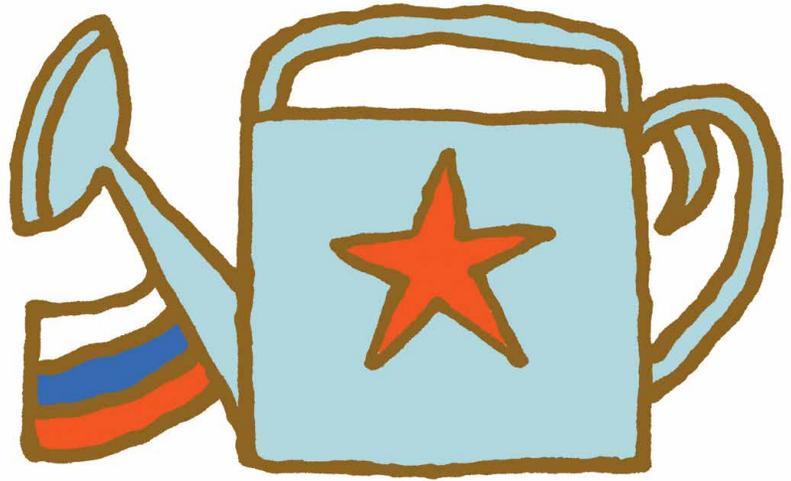
La mutación hacia el nacionalismo etnicista de Putin y su creciente agresividad (Siria, Kazajstán, zonas del Sahel donde opera con compañías mercenarias oficiosas como Wagner, etcétera) pasó desapercibida para la mayoría de los mandatarios occidentales, muy acostumbrados a ignorar las exigencias



diplomáticas rusas y seguir con el piloto automático de la etapa anterior, sin darse cuenta de que dichas promesas constituían una línea roja infranqueable para el Kremlin.

El crecimiento de la tensión internacional, la inestabilidad económica y política de las principales potencias y los cambios de correlación de fuerzas que se dan entre bloques imperiales —con un papel central del ascenso de China como gran potencia mundial y la voluntad de Estados Unidos de contener dicho proceso por todos los medios—, finalmente, también son factores cruciales para comprender la guerra en curso. Estas tensiones atraviesan todo el planeta: desde la zona de Asia-Pacífico hasta Oriente Medio y Asia Central, desde África hasta Europa del Este, y explican el creciente acercamiento entre Rusia y China, a pesar de que todavía pesan las viejas rivalidades y enfrentamientos que tan hábilmente explotó Washington desde principios de los años setenta (y que contribuirían decisivamente al laceraimiento del movimiento comunista internacional, al debilitamiento de los movimientos antimperialistas en el Tercer Mundo y a propiciar la restauración capitalista por el partido único en Pekín primero y la implosión de la URSS después).

Según no pocos analistas, el apoyo armamentístico decidido de Estados Unidos y la OTAN a Ucrania para que libere una guerra por procuración contra la invasión rusa (hasta constituir una especie de Afganistán eslavo para los rusos —no faltan declaraciones de responsables políticos en este sentido—) solo se entiende en este contexto y se explica por la voluntad de



Washington de debilitar al máximo militar y económicamente a Rusia y como aviso a China de lo que podría suceder si algún día decidiera lanzarse a invadir Taiwán, un contencioso clave en el equilibrio de fuerzas en la zona Asia-Pacífico.

Es indudable, a su vez, que Rusia ha perdido influencia en Ucrania desde 2014 y que es política y económicamente incapaz de contrarrestar la creciente penetración occidental en el país. El Kremlin carece del *soft power* propio del imperialismo occidental en general y americano en particular, y no tiene un «modelo de sociedad» que ofrecer que resulte atractivo desde el punto de vista económico (extractivismo corrupto), político («democracia de imitación») y autocracia en los hechos) ni social (con desigualdades casi equivalentes a las de Estados Unidos). Esto explica en parte que sus relaciones con Ucrania hayan transitado hacia una diplomacia coercitiva en 2021 primero y hacia la aventura militar lanzada el 24 de febrero después —tan catastrófica para Rusia o más de lo que lo es

para Ucrania misma—, con la vana ilusión de lograr dichos objetivos.

Todo ello es indiscutible, pero no es menos cierto que Rusia, a su vez, consideraba *cassus belli* desde hacía años la integración de Ucrania en la OTAN. Se repite muy a menudo desde el inicio de la invasión de Putin que Ucrania no estaba en la OTAN, pero sobran datos para corroborar que la OTAN sí estaba en Ucrania y, además, con un papel muy activo de asesoramiento, adiestramiento e inteligencia, como ponen de manifiesto las enormes e inesperadas dificultades con las que se ha topado la invasión rusa en estos meses de guerra.

Si bien Putin es el único culpable de la guerra en curso, las responsabilidades por haber dinamitado la paz en la región y azuzado los conflictos son mucho más compartidas de lo que admiten políticos y periodistas europeos y norteamericanos, ya que no se remontan solo a la guerra atroz librada en los últimos meses, sino a la acumulación de tropelías y políticas reaccionarias padecidas en la región durante los últimos treinta años. ×







**No solo no sabemos  
adónde nos dirigimos,  
sino tampoco adónde  
deberíamos dirigirnos**

— Eric Hobsbawm

ISSN: 2718-6466

